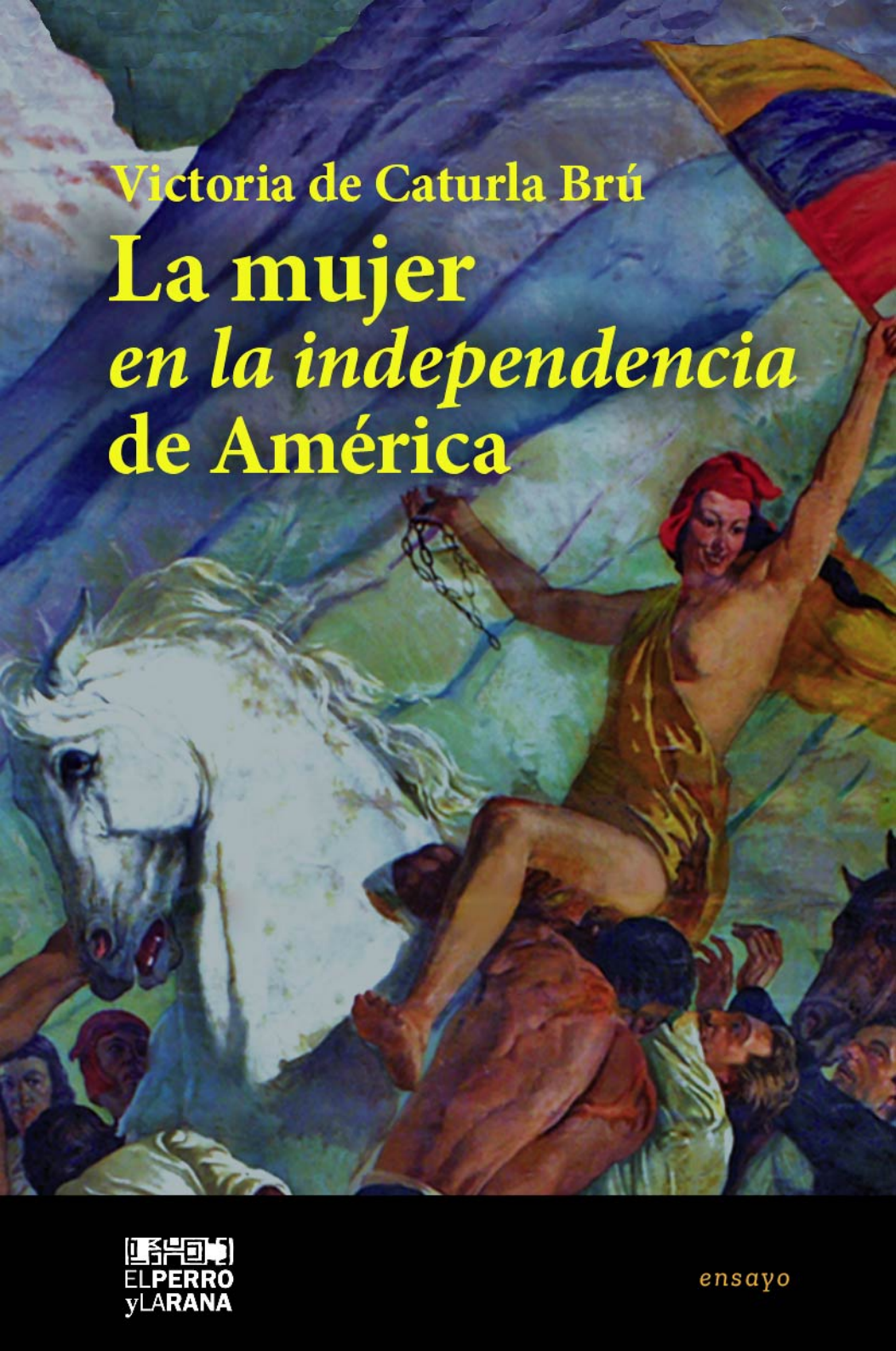




Victoria de Caturla Brú

La mujer *en la independencia* de América



La mujer en la independencia de América


EL PERRO
y LARANA

1ª edición Fundación Editorial El perro y la rana, 2022
1ª edición Jesús Montero Editor, 1945

© **Victoria de Caturla Brú**

© **Fundación Editorial El perro y la rana**

Edición y corrección

Coral Pérez Gómez

Diagramación

Vilma Jaspe

Diseño de portada

Arturo Mariño

Imagen de portada

Detalle de la obra *Apoteosis del Libertador*, 1942. Tito Salas. Mural, nave central del Panteón Nacional.

Hecho el Depósito de Ley:

ISBN: 978-980-14-5029-0

DC2022000528

Victoria de Caturla Brú

La mujer en la independencia de América

PRÓLOGO

No se puede hablar de la Independencia de América sin reconocer la participación de las mujeres y contar sus historias de vida. De Norte a Sur estuvieron involucradas activamente. Algunas actuaron desde las sombras, asumiendo trabajos secretos, y en espacios íntimos como sus hogares. Otras lo hicieron de frente, llegando incluso a los campos de batalla. Eso sin contar la labor de aquellas que quedaron anónimas, sin nombre y sin rostro. Sin importar el origen, el color de piel o el estatus económico desafiaron los paradigmas impuestos por la sociedad. Con sacrificio y determinación lucharon por la Independencia de sus naciones y por su propia emancipación. Victoria de Caturla Brú, nos presenta una perspectiva de nuestra historia alejada de la *teoría del gran hombre*.

Para muchas personas es difícil imaginarse a las mujeres desempeñando un papel fundamental en el desarrollo de la Independencia de sus países. No es casual esa visión. Es consecuencia de la consolidación de las historias de grandes hombres en los estados nacientes. Se trata de un enfoque de la historia que permitió la difusión de las hazañas, cualidades,

victorias y batallas relevantes de los conocidos héroes nacionales que pasaron a formar parte de la identidad de cada uno de sus pueblos. Por el contrario, la participación de la mujer dentro de ese complejo proceso histórico quedó en segundo plano, minimizada o invisibilizada. Sumado a eso, en aquel momento, la mujer estuvo limitada a nivel social, político y económico. Por lo tanto, sus aportes no fueron tan evidentes, pero sí importantes y desencadenantes. Basta con indagar en la vida de las mujeres que solo con su influencia impulsaron o frenaron cambios. Tal como lo expone Victoria de Caturla Brú, al aproximarnos a la vida de Abigail Adams, quien desde su intimidad alentó a su esposo a luchar por sus ideales; influencia que John Adams reconoce. Mientras que Mary Norris, esposa de John Dickinson, hizo lo contrario. Ella pretendía mantener su estatus y consideraba innecesario rebelarse contra el sistema colonial. Finalmente, Dickinson escuchó sus peticiones. Igual de importantes fueron las hazañas de Juana Azurduy, Manuelita Sáenz y las guachas mexicanas. Sin su influencia y acciones la historia que conocemos sería otra.

Victoria de Caturla Brú hizo una selección de historias de mujeres americanas que estuvieron vinculadas a los distintos procesos independentistas del continente. Cada una de ellas permite hacer una reconstrucción de la historia de la Independencia de América desde la perspectiva de la mujer, demostrando que la participación femenina fue variada y que estuvo presente durante las distintas etapas de la lucha. No son simples biografías. La autora introduce al lector en sus vidas y va dando pistas sobre su condición social, política y económica. Además, muestra características de la personalidad

de cada una de ellas; elementos que nos brindan un panorama sobre el hecho de “ser mujer” en una época de cambios.

Es necesario comprender lo que implicaba ser mujer durante ese período. De otra manera, no se puede colocar en una balanza los sacrificios y el peso de las acciones de estas heroínas. Recordemos que durante el período colonial y preindependentista, la sociedad en general estaba estratificada en función del color de piel, el origen y la riqueza. Por este motivo, las mujeres que participaron en la lucha de la Independencia lo hicieron desde su realidad o condición social. El campo de acción de una indígena no fue igual al de una blanca con privilegios, una negra esclava o una mestiza. Eso sin contar con las particularidades de las colonias y los territorios, así como de la situación económica de cada una de las mujeres. Por la tanto, las acciones y aportes de Micaela Bastidas (compañera de Túpac Amaru) son diferentes a las de Martha Washington, María Leopoldina, en Brasil, o las comuneras. Aunque son diferentes, todas resultaron ser relevantes y se correspondieron con las necesidades de cada uno de los procesos independentistas.

En medio de la complejidad de la lucha queda claro que las mujeres asumieron distintos roles, más allá de los domésticos asociados al canon del “bello sexo”. Actuaron como combatientes, administradoras, coordinadoras de logística, reclutas, enfermeras, espías, informantes, financistas, relacionistas públicas, etcétera. Hicieron sacrificios por la causa independentista. Muchas se convirtieron en mártires después de ser apesadas y torturadas. Otras perdieron a sus seres queridos, sus comodidades y fortunas. Honorablemente, todas

se mantuvieron firmes en su postura. La obra de Victoria de Caturla Brú resalta que la mujer desafió el régimen colonial sin importar la condición social, política y económica. Las mujeres se adaptaron a su contexto y contribuyeron de manera eficiente desde sus propias capacidades. Lo que muestra que lograr la emancipación era una meta común, una necesidad que iba más allá de las limitaciones y la diversidad.

Los aportes fueron variados, unos más evidentes que otros; directos e indirectos. Cada lector podrá evaluar el peso de las acciones y la contribución de las mujeres seleccionadas por la autora. La boliviana Juana Azurduy y la argentina Macacha Güemes forman parte del grupo de combatientes que tomaron las armas, lideraron tropas y enfrentaron al enemigo en el campo de batalla. Hay vestigios claros de sus hazañas. No se quedan atrás las que se atrevieron a alzar sus voces contra de los abusos cometidos por las autoridades y quienes organizaron revueltas en espacios públicos, tales como Manuela Beltrán y Marcela Castro. También son evidentes las acciones de las enfermeras y curanderas que decidieron ir al campo de batalla para ayudar a los heridos y enfermos. Entre ellas, la negra Rosa Castellanos e Isabel Rubio, ambas cubanas, con un sentimiento de justicia y humanidad. Las guachas mexicanas son un típico ejemplo de mujeres que trabajaron arduamente por la Independencia, asumiendo distintos roles. Acompañaron a las tropas, mostraron dotes de curanderas, cocineras y combatientes.

Desafiando al régimen colonial y derrumbando paradigmas, se encuentran las féminas conspiradoras, espías, mensajeras y reclutas. Mujeres ingeniosas, inteligentes y valientes. Innegable

es la participación de Policarpa Salavarrieta, quien a un paso de la muerte continuó la lucha y se convirtió en un ejemplo digno de seguir. No menos digna fue Antonia Santos, una de las tantas ejecutadas públicamente por su espíritu rebelde. Dentro de este grupo se pueden incorporar a las peruanas Brígida Silva de Ochoa, Andrea Parado de Bellido, Melchora Balandra y Juana Manrique de Luna. Mujeres atrevidas que mantuvieron comunicaciones con los independentistas, en un territorio considerado el bastión más fuerte de los realistas: el Virreinato del Perú. Es reveladora la imagen proyectada por la argentina Juana Moro, una mujer adinerada que constantemente se disfrazaba de vendedora de alfajores para mantener informado al líder Güemes. No podemos dejar de mencionar a la mambisa cubana Ana Betancourt de Mora, quien tempranamente decidió luchar por los derechos de la mujer.

Entre los aportes *indirectos* aparecen comúnmente los realizados por las blancas, mujeres adineradas y con privilegios; consideradas conservadoras y opuestas al cambio, reflejo ideal del llamado “bello sexo”. Pero no siempre fue así. Estas mujeres tenían poder, influencia y recursos suficientes que utilizaron en favor de la causa independentista. Así lo muestra Victoria de Caturla Brú, una vez más, desafiando la visión conservadora del papel de la mujer en la Independencia. En realidad, pusieron en riesgo el orden establecido. Desde sus hogares ejercieron una influencia notable sobre aquellos hombres que fueron clave en la lucha por la Independencia. En los roles de madre, esposa, hermana o hija se encargaron de educar, aconsejar y exponer sus ideas libertarias. Así lo hizo María Antonia Bolívar cuando aconsejaba y alentaba a su

hermano, Simón Bolívar, el Libertador, a continuar la lucha por la Independencia. De igual forma trabajaron Josefa Ortiz de Domínguez, en México, y Mary Ball Washington, en los Estados Unidos. Gran parte de estos hogares se convirtieron en centros de conspiración. Lugares secretos que facilitaron el desarrollo de reuniones estratégicas. Un claro ejemplo lo encontramos en la vida de la neogranadina María Ignacia Obregón o la mexicana Gertrudis Bocanegra. Sin dudarlo pusieron en riesgo su vida, estatus y la vida de sus familiares.

También fueron excelentes comunicadoras y relacionistas públicas. La mayor parte de ellas tenían acceso a espacios sociales importantes donde el poder del público asistente era notorio. Durante el desarrollo de fiestas o reuniones en salones reconocidos consiguieron promover las ideas, establecer contactos y conseguir apoyo. Conocían la importancia de influenciar y promover la lucha en esos exclusivos grupos sociales. Leona Vicario es una de ellas, al igual que la estadounidense Martha Washington. Esta última ayudó a mejorar las relaciones sociales de George Washington. Como si fuera poco, otras sacrificaron sus fortunas. Entregaron sus propiedades y bienes personales de gran valor como sus joyas. Antonia Santos, en Nueva Granada, sacrificó toda su fortuna por la causa. La dinámica de la historia llevó a varias mujeres a convertirse en administradoras y coordinadoras de la logística necesaria para hacer posible la Independencia. Por ese motivo, mujeres como Remedios Escalada de San Martín asumieron la tarea de conseguir fondos para comprar armas, uniformes y alimentos.

La mujer en la Independencia de América expone otro enfoque de la historia independentista americana. Presenta a la mujer como la impulsora de cambios con acciones trascendentales y consecuentes. Demuestra que la historia sería otra sin la contribución de las mujeres. Es un trabajo que invita al lector a continuar la investigación en este campo porque despierta el interés de indagar y profundizar el estudio de esas valientes luchadoras. Para los investigadores curiosos y buscadores de retos surge la posibilidad de darles nombres y rostros a aquellas heroínas de nuestra historia, que por mucho tiempo han sido silenciadas y que ameritan ser reconocidas.

NOELIS MORENO PEÑA

Historiadora

INTRODUCCIÓN

Nuestra época, que ha presenciado la conquista de los derechos femeninos en todos los órdenes, asiste al mismo tiempo a una revisión de la posición de la mujer en la historia.

Con excepción de un pequeño grupo de figuras sobresalientes, reinas y heroínas que la tradición popular se encargó de glorificar, los historiadores han ignorado o subestimado generalmente la influencia femenina en el desenvolvimiento de la vida de las naciones, sin llegar nunca a justipreciarla en su verdadero valor y significación.

Este criterio tradicional, que está siendo hoy revalorizado, correspondía al concepto aristocrático-individualista de la historia que culminó en la teoría del gran hombre y que pretendía interpretarla como la obra de personalidades egregias. Pero, como ha dicho un filósofo contemporáneo¹ “el individuo señero es una abstracción, ya que vida histórica es convivencia”.

1 Ortega y Gasset, José: *El tema de nuestro tiempo*.

El nuevo concepto democrático-social de la historia, aunque no desestima la importancia de la acción individual, busca en la entraña de los pueblos la realidad histórica profunda, sacando a la luz la trascendencia de la acción tesonera, pero casi siempre callada, de la mujer.

La mujer madre, que moldea el carácter de los hijos y que siendo el alma del ambiente doméstico contribuye a imprimirle su tono vital a las épocas históricas; la mujer del pueblo, elemento integrante de esas multitudes anónimas donde se incuban los grandes movimientos históricos, cuyo comportamiento tiene un carácter eminentemente femenino, ya que, según Gustave Le Bon², no están regidas por la razón sino por la intuición y obedecen a factores afectivos y místicos; la compañera del gran hombre, que es su sostén espiritual y su más fiel y modesta colaboradora; la mujer líder, en fin, cuya propia acción individual ha repercutido en un proceso histórico importante, representan algunos de los diversos aspectos en que se proyecta la influencia femenina en la historia, que no por diferente es menos efectiva y valiosa que la del hombre.

Otro concepto erróneo ha sido considerar a la mujer conservadora y reaccionaria por naturaleza, opuesta a todo cambio que atente contra la estabilidad del orden establecido. Nada más lejos de la verdad histórica, según puede comprobarse si se analizan detenidamente las grandes revoluciones que han determinado el curso de la evolución de la humanidad.

2 Le Bon, Gustave: *La psicología de las revoluciones*.

En la revolución que culminó con la independencia del Nuevo Mundo la mujer desempeñó un papel de primer orden junto al varón, de tal manera que, sin su concurso, muy difícil, si no imposible, hubiera sido llevar a término la obra libertadora.

Lo que sucede es que, por razones inherentes a la propia condición femenina, la mayor parte de las veces su acción no se manifiesta de una manera ostensible en esos hechos en los que, guiados por un sentido espectacular de la historia, enfocan su atención preferentemente los eruditos.

A menudo la acción femenina se ejerce de una manera indirecta, como en el caso antes referido de la mujer madre y de la compañera del gran hombre; su ámbito propio se encuentra en el medio más íntimo donde se forjan las ideas y las opiniones, donde se forman los hombres y se incuban los pueblos y las naciones, en las llamadas épocas de gestación histórica en que se preparan los movimientos que impulsan el progreso de la humanidad.

No faltan, sin embargo, los caracteres femeninos resueltos y emprendedores capaces de avanzar al primer plano de la acción directa, rivalizando con el varón en la intrepidez y el coraje que este siempre se ha abrogado como algo de su exclusiva pertenencia.

Reconocidos han sido tradicionalmente la abnegación y el espíritu de sacrificio de la mujer, cualidades de valor inestimable en las heroínas de todas las revoluciones. No así su firmeza de convicciones e integridad moral —las que demostramos en el presente estudio— que todos los castigos imaginables no han hallado coyuntura capaz de hacerla claudicar. Y eso en épocas

en que la educación y la situación social y jurídica de la mujer tendían a hacer de ella un ser irresponsable.

En este ensayo, concebido en los momentos de crisis bélica porque hemos atravesado y en que ha sido posible apreciar palpablemente la importancia que revisten las actividades femeninas, nos proponemos demostrar que las mujeres rusas y chinas como soldados militantes en los ejércitos de su patria, las guerrilleras de los países invadidos por Hitler en Europa: yugoeslavas, francesas, corsas, griegas, etc., las norteamericanas y las inglesas en la retaguardia apertrechadora produciendo armamentos y provisiones y conduciendo aviones a bases estratégicas; las mujeres de todos los países democráticos organizadas en cuerpos auxiliares del ejército, la marina y la aviación y en servicios femeninos de defensa civil, no constituyen un caso nuevo en la historia, sino la renovación de la tradicional actitud femenina en defensa de los principios democráticos por cuya supervivencia hemos luchado ahora y en cuya conquista jugaron un papel tan decisivo nuestras progenitoras.

Por eso hemos considerado oportuno lanzar una mirada retrospectiva a nuestras revoluciones libertadoras para destacar la cooperación femenina a la lucha por la independencia de América.

Victoria de Baturo

LAS PRECURSORAS DE LA INDEPENDENCIA DE SURAMÉRICA

La mujer en la revolución de los comuneros

A lo largo del siglo XVIII tienen lugar en la América del Sur una serie de movimientos populares que son los preludios de la revolución libertadora que culminará en el siglo siguiente con Bolívar³.

La explotación económica del régimen colonial, que con sus cargas y monopolios ya hace más de dos siglos que viene gravitando sobre las espaldas de los pueblos de América, llega a hacerse tan pesada que los oprimidos no hallan al cabo otra salida que la rebelión.

En las “misiones” del Paraguay, donde los jesuitas han establecido una organización teocrática que mantiene al pueblo sometido a la más inicua expoliación, el movimiento llega a adoptar un contenido tan avanzado que entraña hasta el

3 Germán Arciniegas: *Los Comuneros*.

principio de la soberanía popular. Después de denunciar cómo “los religiosos de la Compañía de Jesús tienen y han tenido siempre a esta miserable provincia sujeta, abatida y arruinada” y que “usufructúan lo pingüe de sus riquezas a costa del sudor, cuidado y desvelo de sus vecinos”, en el conflicto planteado entre el gobernador nombrado por el rey y el Cabildo de la Asunción, los que se apoyan en este último para reclamar los fueros municipales de los colonos llegan a declarar que “la autoridad del común es superior a la del mismo rey”.

La primera etapa de esta revolución termina con la muerte del líder José Antequera, ajusticiado en compañía del alguacil mayor Juan de Mena en 1731. Este hecho dio coyuntura para que se revelase “por la primera vez la pasión femenil por la libertad de América”⁴ en la persona de la hija de Juan de Mena, que al recibir la noticia de la ejecución en vez de vestirse de luto se adornó con sus más hermosas galas manifestando: “No debe llorarse una muerte tan gloriosamente sufrida en servicio de la patria”.

En distintas provincias se manifiestan esporádicamente otros movimientos de protesta, ora en Caracas contra los privilegios de la Compañía Guipuzcoana (1733), ora en Quito contra los estancos (1765), pero es a partir de 1780 cuando la protesta parece cobrar un sentido más definido y en cierto modo una unidad continental.

Las masas populares, los “comuneros” de América, se congregan para manifestar su inconformidad con los nuevos

4 Bartolomé Mitre: *Historia de San Martín y de la emancipación sudamericana*, tomo I, p. 39.

impuestos, gritando mueras al mal gobierno que los tiraniza y dispuestos a hacer valer sus derechos por la fuerza si es necesario.

Y quienes primero levantan la voz en las plazas son, precisamente, las mujeres. Ellas, que siendo administradoras en el hogar a fuerza de pagar diezmos, almojarifazgos, alcabalas y pechos, ven sumirse a sus familias en la miseria más espantosa, son las que más hondamente pueden palpar la garra de la rapiña colonial. Seguras de sí mismas, impulsivas y llenas de resolución van a la cabeza de la plebe sin tener en cuenta los peligros que se interpongan en su camino, marchando ciegamente sobre los obstáculos sin que nada logre quebrantar su decisión, según puede apreciarse en la comunicación dirigida por los comuneros de Matanza a los del Socorro y en muchos otros documentos de la época. Dice este así: “Fiamos en el día tan solo a un corto número de nuestras mujeres la acción de romper el papelón de la sisa, las que aun siendo cortas en número se portaron con bizarría, arrebatando el papelón de las manos del que dictaba al pregonero y haciéndolo menudos pedazos”. Hermoso gesto simbólico de aquellas mujeres iletradas, pero conocedoras de la vida por el contacto directo con la dura realidad, que se rebelan fieramente contra la tiranía destruyendo los papeles que representan la miseria y la esclavitud de ellas y de sus hijos.

Tal es el predominio femenino en estos movimientos, que llegan a destacarse verdaderas capitanas, mujeres bravías que cuando el pueblo flaquea lo alientan a continuar la empresa sirviéndole de ejemplo. Una de estas fue la Manuela Beltrán, cuyo nombre quedó consignado en un polvoriento legajo de

los escribanos coloniales entre las listas de revoltosos junto a los del Zarco Ardila, Roque Cristancho y Miguel de Uribe.

Manuela Beltrán era hija del Socorro, la ciudad de piedra que desde los contrafuertes andinos atalaya altivamente la región circundante. Tiene en su porte el mismo aire de arrogancia que inspira el paisaje en que se ha criado. Cuando llega a sus oídos la noticia de que acaban de promulgar nuevos impuestos, se pone a la cabeza de los vecinos del Socorro, que poco a poco se van reuniendo en compacta muchedumbre, y dirigiéndose a las puertas del Cabildo se detiene frente a la tabla donde está fijado el edicto. Hay un momento de expectación. El papel está amparado por la sagrada majestad de las armas reales. Con gesto desafiante Manuela arranca de pronto la tabla y pisotea el edicto. El primer paso está dado.

Actos semejantes se repiten en otros lugares y la revolución va tomando proporciones insospechadas.

En el virreinato de Nueva Granada la revolución se propaga corriente arriba del Magdalena, arteria vital del país en aquella época de comunicaciones difíciles —circunstancia que perdura aún hoy—. Al hacer su irrupción en Honda, es notorio que una líder femenina se puso al frente del movimiento, arrojando al pueblo a atacar los estancos y romper con las trabas y abusos del opresor. Las autoridades dan orden de disparar sobre la multitud, caen hombres y mujeres a granel, mártires anónimos de aquella generosa revolución precursora, y sus compañeros se apresuran a recogerlos, cuidando de los heridos y arrojando los muertos al río.

Otro tanto ocurre en Neiva, en las apartadas regiones del Sur. Allí Teresa Olaya reúne en su casa a los descontentos concertando la rebelión contra el gobernador y cuando este

sale a contener el motín lo atraviesan de una lanzada, recibiendo a su vez las descargas de sus esbirros que hacen gran mella en los sublevados.

Atravesando los pasos de la cordillera la revolución comunera hace su aparición en los Llanos, donde las misiones religiosas son los principales representantes del despotismo. Los bravos llaneros, denominación genérica que comprende también numerosas llaneras, reciben jubilosos el toque de liberación y destituyen por la fuerza a los tenientes del rey para poner en su lugar a sus propios capitanes, entre los cuales se cuentan algunas mujeres.

Sobre todos los dirigentes locales se destaca la figura de José Antonio Galán, el bravo jefe de Charalá, en quien se posan las miradas femeninas que con certera intuición han visto en él al líder natural de los humildes.

Pero cuando la ola de los comuneros, convertida ya en imponente marejada, amenazaba inundar la capital del virreinato de Nueva Granada, las altas autoridades de Santa Fe, acobardadas ante el peligro inminente, fraguan un maquiavélico plan para escapar a la justificada ira de las muchedumbres. Envían a Zipaquirá como parlamentarios al Arzobispo, al Alcalde Mayor, a Oidores y Capitanes para que detengan la marcha de los sublevados a cualquier precio, contando con que una vez desaparecida la amenaza bastará con desconocer todo lo pactado bajo la presión de las circunstancias.

Como hicieron efectivamente, sin que sus beatíficas conciencias tuvieran escrúpulo alguno en pisotear lo que antes juraran cumplir ante los Evangelios: la abolición de diversos impuestos y la rebaja de otros, la desaparición de las alcabalas sobre los comestibles, la devolución de sus tierras a los indios

que no se hubieran ausentado del territorio, reconocimiento de las nuevas autoridades nombradas por el pueblo, en fin, como dice Arciniegas⁵: “la carta de libertad que pide el pueblo”.

La prometida “absolución de todos los que han cometido desafueros” se convirtió, una vez desaparecido el peligro cuando ya las fuerzas rebeldes se habían dispersado, en feroz cacería de los cabecillas de la revolución, solos y desamparados por haber vuelto a sus casas y a sus faenas cotidianas sus seguidores, en la confianza de que se respetaría lo pactado.

¿Pero, por qué no seguirían el parecer de las mujeres, que más impulsivas se obstinaban en continuar la marcha hasta Santa Fe?

Micaela Bastidas, la compañera de Túpac Amaru

Mientras en la Nueva Granada y sus provincias adyacentes se desarrollaba el movimiento de los comuneros, el Perú ardía también en revolución.

En el Cuzco ha surgido un renuevo del viejo tronco incaico que extiende sus ramas protectoras sobre los indios que en otros tiempos cobijara el ayllu secular. José Gabriel Condorcanqui, bajo el nombre de Túpac Amaru II, revive las leyendas heroicas de los quechuas y parece el predestinado a inaugurar una nueva era de libertad en la vida americana cuyos derechos tradicionales hollara la bota implacable del conquistador. Junto a él está su esposa Micaela Bastidas, la

5 Arciniegas, *op. cit.* p. 21.

dulce y leal compañera que comparte con él todos los peligros y todas las fatigas.

Micaela Bastidas es también la secretaria y confidente de Túpac Amaru; conoce tan bien como él el lenguaje de los quipus y es la encargada de despachar los “chasquis” o mensajeros que mantienen en comunicación a los revolucionarios.

Y no fue solo en la hora de gloria de esta revolución, que por un momento pareció triunfante, cuando las mujeres brillaron en posición prominente. Es en la hora dolorosa del sacrificio cuando mejor supieron demostrar su verdadero temple moral.

El suplicio de Micaela Bastidas es un hermoso ejemplo del espíritu de sacrificio de la mujer. Cayó junto con su compañero Túpac Amaru cuando este noble jefe indio fue sorprendido por los españoles gracias al aviso de un traidor. Sus verdugos la atormentaron, no solo física sino moralmente, sin lograr que flaqueara en su actitud digna y responsable y no pudieron arrancarle confesiones que comprometieran a sus partidarios. La hicieron asistir primero al sacrificio de su pequeño hijo y luego se la sometió a los más crueles tormentos a la vista de Túpac Amaru, quien pudo sentirse orgulloso al contemplar el estoicismo con que ella los supo soportar. Le arrancaron la lengua y la pusieron en el garrote, pero como tuviera el cuello muy delgado y este no alcanzara a darle muerte, la remataron dándole puntapiés en el pecho y retorciéndole el cuello por medio de dos cuerdas de las que tiraban en sentido opuesto varios hombres.

Junto a Micaela Bastidas sufrió el martirio en el Cuzco la joven india Tomasa Condomaita, ardiente propagandista de

la redención de su raza. Unas veces en compañía de la esposa del Inca, y en ocasiones ella sola, sublevaba a las tribus hablándoles del resurgimiento de la grandeza de sus antepasados y haciéndoles comprender que de ellos dependía iniciar una nueva etapa de vida independiente.

Hecha prisionera, las autoridades le ofrecieron libertarla si denunciaba el plan revolucionario, pero Tomasa Condomaita soportó todas las bárbaras torturas heroicamente, sentando un ejemplo de firmeza femenina en las tradiciones de su pueblo.

Repeticiones de estos movimientos

La “ejemplaridad” de estos inhumanos castigos no logró, sin embargo, extirpar de raíz la simiente revolucionaria lanzada por los comuneros contra el más despótico de los regímenes coloniales.

La revolución de Túpac Amaru fue reanudada por su hermano Cristóbal Condorcanqui, entre cuyos propagandistas se contó la joven mestiza Marcela Castro. Ardiente de indignación contra los verdugos de Túpac Amaru y de Micaela Bastidas, juró ella no descansar un instante y dedicar todas sus energías a la causa por la que aquellos sufrieron el suplicio.

Según cuenta la tradición, Marcela Castro tenía una personalidad avasalladora y cuando llegaba a un poblado indio, tras de arengarlos con sus “cortos, pero elocuentes discursos”⁶, arrebatava a las multitudes que la seguían con una fe ciega.

6 Elvira García: *La mujer peruana a través de los siglos*.

Cuando este movimiento fracasó por falta de organización y recursos sus principales dirigentes fueron hechos prisioneros y entre estos Marcela Castro. Tal parece como si los administradores españoles de las colonias americanas hubieran aguzado su imaginación al imponer los más crueles castigos a los que justificadamente se les rebelaban, encarnizándose en el sexo femenino para dar un rotundo mentís a sus pretendidas cualidades tradicionales de hidalguía y caballeridad.

Marcela Castro fue metida en un saco atada de pies y manos, y en estas condiciones de indefensión absoluta arrastrada de la cola de un caballo hasta la plaza del Regocijo donde estaba levantada la horca. De esta manera creían doblegar su ánimo indomable, pero nada pudieron contra ella los tormentos físicos y cuando fue colgada no llegó a exhalar una sola queja. Así ofrendó su vida esta mártir silenciosa, digna de ser recordada siempre entre los que han luchado por la libertad de la América.

En la Nueva Granada la protesta se refugió entonces en sociedades secretas que tenían albergue en la intimidad del hogar, ambiente propicio a las actividades femeninas.

Prueba de ello fue una de las conspiraciones descubiertas, que según los alegatos del fiscal pretendía crear una especie de república bajo la presidencia de doña María Ignacia Obregón. Esta vez las autoridades actuaren con menos ensañamiento y se limitaron a enviar a los revoltosos a las cárceles de Cartagena de Indias.

En la provincia de Quito el nuevo movimiento se inició ante el anuncio de un recudimiento de diezmos. Los sacerdotes católicos, siguiendo su política tradicional de alianza con la

reacción, fueron los encargados de leer estos decretos desde el púlpito a la propia hora de la misa, manifestando que su cumplimiento era un acto grato al Señor.

Cuando una de estas escenas tiene lugar en Guaitarilla los fieles se levantan exasperados, prorrumpen en atronador vocerío y dos mujeres, Francisca Aucú y Manuela Cumbal, avanzan hasta el altar mayor y le arrebatan al cura el decreto, haciéndolo pedazos con gesto análogo al de aquellas primeras cabecillas comuneras.

Y el levantamiento crece entre los pueblos como las espigas de maíz en campo abonado. De nuevo cunde la alarma entre las autoridades. En Túquerres, donde los sublevados asaltan los estancos, al párroco se le ocurre sacar una procesión para calmar los ánimos. Una india, mujer de mente primitiva y candorosa pero que intuitivamente se hace cargo de la situación, se empeña en arrebatarle al sacerdote la custodia de las manos.

La historia se vuelve a repetir. El recudimiento de los diezmos se suspende hasta que se aplaquen las pasiones y se disuelva la multitud; momento en que ya pueden comenzar las represiones. Represiones que añaden nuevos mártires de todos los sexos y razas a la naciente tradición de las naciones americanas.

LA MUJER EN LA REVOLUCIÓN NORTEAMERICANA

Mary Ball Washington

Mary Ball Washington es venerada en los Estados Unidos como la madre del primero de sus ciudadanos, George Washington, el patriota integérrimo que, después de conducir a los ejércitos de las Trece Colonias a la victoria con que alcanzaron su liberación, echó las bases de la gran república norteamericana dando un hermoso ejemplo de civismo y desinterés a sus conciudadanos desde la primera magistratura a que fuera por ellos exaltado.

Pero si Washington pudo llegar a ser “el primero en la guerra, el primero en la paz y el primero en el corazón de sus conciudadanos”, ello se debió principalmente a su sólida formación moral adquirida por influencia de la educación materna.

Mary Ball no era un tipo de mujer brillante, dotada para distinguirse en un salón palaciego, dirigir intrigas o ilustrar

la literatura⁷. Poseía solo la escasa instrucción que se daba comúnmente a la mujer de la Nueva Inglaterra en aquella época. Pero en lugar de todo esto atesoraba cualidades inapreciables por su gran valor humano: una voluntad firme y vigorosa y un alto concepto del deber, guiados siempre por un generoso espíritu de servicio social. Lo mismo que Martí, su vida ejemplar fue una realización perfecta de la norma dorada de nuestro Apóstol: “El deber debe cumplirse sencilla y naturalmente”.

De su matrimonio con el hacendado virginiano Agustín Washington tuvo seis hijos, dos hembras y cuatro varones, el mayor de los cuales fue George, nacido el 22 de febrero de 1732. Habiendo enviudado en 1743 quedó sola para cuidar de sus hijos, aun todos menores y por encauzar en la vida y con muy escasos recursos a su disposición, ya que las extensas posesiones rurales que le dejara su esposo eran capital improductivo si no se disponía de suficientes brazos para explotarlas. En este difícil trance fue cuando Mary tuvo ocasión de desplegar sus grandes dotes de carácter, poniéndose al frente de la administración de la hacienda y preparando a sus hijos para la lucha por la vida inculcándoles que la nación del deber habría de ser el principio rector de todos sus actos.

George era por entonces un muchacho lleno de vitalidad y de audaces arrestos, propios de su edad, pero de temperamento violento, por lo que necesitaba una voluntad fuerte que disciplinara sus impulsos. Su madre, mujer estricta que

7 Henry Cabot Lodge: *George Washington*, vol. I, p. 137.

se hacía respetar extraordinariamente, logró imponerse a esta cualidad del joven enseñándolo a dominarse a sí mismo, clave de su futuro éxito en la vida.

Washington siempre conservó una gran afección por esa madre cariñosa y recta que templó su carácter, llamándola a su lado en la hora del triunfo a compartir unos honores que a ella también correspondían. Los enviados franceses contemplaron con asombro y veneración a la anciana que aparecía junto al héroe, cuya majestuosa figura contrastaba con sus modestos atavíos: el traje típico de las campesinas de Virginia. Ella, por su parte, al verlo en el pináculo de la fama solo se limitó a decir con esa sencillez que la caracterizaba que George no la había decepcionado, “ha sido un buen muchacho y estoy segura de que cumplirá con su deber”.

Martha Washington

George Washington no tuvo siempre el carácter sereno y reservado con que aparece en los retratos de su madurez y que ha pasado a la posteridad en sus representaciones y monumentos.

Sobre su primer encuentro con Martha Dandridge, la futura Martha Washington, existe una curiosa leyenda que ha sido recogida por muchos de sus biógrafos para ilustrar una faceta poco conocida de su personalidad.

Un día de primavera del año 1758 cruzaba el joven oficial por la plantación de su amigo M. Chamberlaine, cuando fue detenido por este, deseoso de brindarle el homenaje de su hospitalidad. Washington gozaba ya de renombre en el país por sus hazañas en la guerra colonial que sostenían por entonces Inglaterra y Francia y en la que había servido a las

órdenes del general inglés Braddock. Ofreciéndole el reconocimiento por su atención, Washington trató de excusarse con M. Chamberlagne diciéndole que asuntos urgentes lo requerían en Williamsburg, pero al fin, para no desairar su insistencia, consintió en acompañarlo a tomar una taza de té para charlar unos instantes.



Martha Washington.

Cortesía de la Revista Mc Call'S, Dayton, Ohio

El asistente de Washington quedó a la puerta de la casa sujetando el caballo de la brida, listo para ofrecerle el estribo apenas terminase. Pero pasó la tarde y se puso el sol y el coronel no aparecía. Su asistente, acostumbrado a una puntualidad escrupulosa, empezó a inquietarse. Era ya bien entrada la noche cuando Washington se acordó de que lo esperaban y vino a liberrar a su asistente de su incómoda posición.

¿Qué había sucedido en el entretanto?

En casa de M. Chamberlagne le fue presentada a Washington la joven viuda Martha Dandridge Custis, mujer bella y atractiva que desde el primer momento lo cautivó. Encantado de su amable compañía las horas se le habían ido volando y en su

bolsillo yacía olvidada la comunicación que había de entregar al Gobernador de Williamsburg.

Este amor súbito y vehemente puede parecerle a muchos algo inconcebible en la personalidad de Washington, pero es una buena muestra de la influencia que puede tener lo eterno femenino en el destino de los grandes hombres.

En noviembre del mismo año de 1758, pocos meses después de conocer a Martha Dandridge, Washington decidió renunciar a su carrera en las milicias coloniales y al casarse con ella, el 6 de enero de 1759, la llevó a su hacienda familiar de Mount Vernon para dedicarse al cultivo de la tierra de sus mayores.

Washington había encontrado en ella, a la vez que una criatura adorable, su tipo de mujer ideal amante de la vida del hogar —el tradicional “home”—. Martha, nacida el 2 de junio de 1731, era unos meses mayor que su esposo. Hija primogénita del coronel John Dandridge, hacendado de New Kent, y de Francis Jones, había sido educada para ser una buena ama de casa y entendía muy poco de Gramática pero mucho de costura. También sabía música —adorno imprescindible de una joven aristocrática— y se cuenta, que llegó a tocar muy bien el clavicordio. Aunque de estatura más bien baja, tenía un porte sumamente distinguido y elegante y bellas facciones, sobre todo hermosos ojos de color castaño de mirada dulce y comprensiva.

El matrimonio tuvo aun otras resonancias en su destino que Washington no fue capaz de prever por entonces. Su esposa, viuda rica e influyente en la sociedad de Virginia, contribuyó mucho a extender y afianzar sus relaciones sociales

en toda aquella comarca. Ella lo hizo más humano y con su gran don de gentes en muchas ocasiones “suplía la rigidez taciturna de su marido con atenciones y miramientos hacia las personas”⁸. Hecho significativo es su elección como miembro de la Cámara de Ciudadanos de Virginia, verdadera “escuela de política práctica” –según la acertada expresión de Mc Laughlin⁹–, donde el Libertador de Norteamérica comenzó su entrenamiento cívico en el difícil arte de gobernar.

Durante la guerra de independencia de las Trece Colonias, Martha Washington supo ser en todos los momentos la digna compañera del General en Jefe del ejército libertador. Cuando Washington marcha a ponerse al frente de las fuerzas, se despide de ella con una carta (la única dirigida a su esposa que de él se conserva, fechada en 18 de junio de 1775) en la que, a pesar de su forma grave y lacónica, se nos revela un esposo tierno y apasionado: “Yo gozaría de más felicidad real en un mes contigo en nuestro hogar, que la que me podría ofrecer, según las más remotas perspectivas, mi estancia lejos de allí si esta fuera a prolongarse siete veces siete años”.

A pesar de sus ideas tradicionalistas sobre la mujer confinada al hogar, a la llegada del invierno sin la menor esperanza de visitar a los suyos, Washington lo escribe a su esposa –cuya referencia encontramos en una carta dirigida a su hermano Juan Agustín fechada en 13 de octubre de 1775– invitándolo a visitarlo en los cuarteles de invierno de Camp Cambridge:

8 Cornelio de Witt: *Historia de Washington y de la fundación de la República de los Estados Unidos de América*.

9 Andrew Mc Laughlin: *A History of the American Nation*.

“Le he expuesto todas las dificultades que presenta la jornada” —le dice a su hermano refiriéndose a Martha—, pero déjalo a su libre elección”.

Ella no reparó en peligros. Todos los inviernos atravesaba los caminos helados, al igual que otras muchas mujeres, para ir a reunirse con su compañero a llevar un poco de calor de hogar al medio inhóspito de los campamentos.

Se conserva un curioso relato de las actividades auxiliares femeninas en la guerra de independencia, ejemplificadas en Martha Washington, que fue recogida por Lossing de labios de una anciana que había sido protagonista de los hechos en su juventud¹⁰. “Nunca en mi vida conocí —dice esta— una mujer tan ocupada desde la mañana hasta tarde en la noche, como la Sra. Washington procurando el bienestar de los soldados enfermos. Todos los días, excepto los domingos, invitaba a las esposas de los oficiales, y a las otras mujeres para que la ayudaran a tejer calcetines, remendar uniformes y hacer camisas para los soldados pobres cuando se podían conseguir materiales. Todos los días se la podía ver, con un cesto en la mano y acompañada de una sola ayudante, visitar las cabañas de los dolientes más necesitados para darles todo el alivio que ella podía procurarle”. Y agregar “Yo iba a veces con ella, porque entonces era una robusta muchacha de dieciséis años”. Y no solo prodigaba el alimento material, sino también los consuelos espirituales de su alma bondadosa y tierna, como puede apreciarse en esta otra anécdota de la misma veterana:

10 Citado por Rupert Hughes en: *George Washington, the Human Being and the Hero*, vol. III, pp. 326-327.

“En una ocasión fue a la choza de un soldado agonizante, cuya esposa estaba con él. Este caso pareció impresionar particularmente el corazón de la buena señora y, después de haberle dado algunos alimentos sanos que ella había preparado con sus propias manos, se arrodilló al lado de su lecho de paja y oró por él y por su esposa con su voz dulce y solemne”.

Se cuenta que, un día que los campamentos patriotas estaban amenazados por el enemigo, los oficiales aconsejaron al General en Jefe que alejara a su esposa del lugar de la acción junto con sus valientes compañeras, a lo que Washington contestó asumiendo la responsabilidad: “No, nos batiremos mejor en presencia de nuestras mujeres”.

Las virtudes públicas y el desprendimiento de que dio tantas pruebas Washington como ciudadano y Presidente de la nueva República, respondían a los sentimientos compartidos con su esposa en el hogar, como muy bien puede apreciarse leyendo una carta de Martha Washington cuando era la Primera Dama de los E. U. —la cual está dirigida a su amiga Mrs. Warren¹¹—. Le habla de su satisfacción al ver a su esposo querido y admirado por todo un pueblo, pero declara que la aspiración de ambos es gozar de la vida tranquila del hogar una vez terminada su misión. Comprendo —le dice a su amiga francamente— que a muchas otras mujeres les agradaría disfrutar de mi posición actual, pero ella ya no ambiciona los halagos y la ostentación de una posición preminente, sino que

11 Reproducida por Jared Sparks en: *The Writings of George Washington with a Life of the Author*.

aprecia por sobre todas las cosas los goces sencillos e íntimos de la vida hogareña.

Compañera de Washington en todas las situaciones, ella ejemplificó el apotegma de que detrás de las acciones de un grande hombre siempre ha habido una mujer.

Abigail Adams

Abigail Adams, la esposa de uno de los más notables fundadores de la democracia norteamericana, John Adams, dio pruebas de ser “una eficazísima colaboradora y compañera de su marido a través de sus trances más difíciles, lo mismo que en los brillantes triunfos de su. larga carrera”¹².

Su nombre de soltera era Abigail Smith, hija de Elizabeth Quincy y del Reverendo William Smith, Ministro de la Congregación de Weymouth, donde ella naciera el 11 de noviembre de 1774. Por su madre era nieta del Coronel John Quincy, quien había sido Presidente de la Cámara y miembro del Concejo.

Criada en un ambiente de cultura y distinción, propicio al desarrollo de sus facultades intelectuales, Abigail fue una de las mentes femeninas más brillantes y cultivadas del período revolucionario.

Débil y enfermiza de niña, no asistió apenas a la escuela donde impartían la elemental instrucción que entonces se daba comúnmente a la mujer, sino que fue su abuela, ingeniosa señora que tenía un modo original de mezclar la educación

12 John T. Morse, Jr.: *John Adams*.

con el juego –anticipo de la pedagogía moderna– la que la inició en el secreto de las primeras letras. Provista de estos instrumentos, su insaciable curiosidad se dirigió a la bien provista biblioteca de sus mayores donde solía permanecer durante largas horas. Los grandes clásicos de la literatura inglesa, Shakespeare, Addison, Milton y Pope llegaron a serle familiares, así también como algunas obras de la filosofía política, especialmente Locke.

Para cambiar impresiones con sus familiares y amistades, cuyos domicilios quedaban muy alejados en aquel sistema de residencias campestres (*cotages*) del condado, empezó a escribir largas cartas en las que se iba mostrando la escritora en ciernes.

Cuando se une al joven abogado John Adams el 25 de octubre de 1764, convirtiéndose en Abigail Adams, ella representaba un partido ventajosísimo, siendo numerosas sus relaciones sociales y muy grande la influencia de su familia en toda la provincia, lo que en seguida se tradujo para su marido en un considerable aumento de sus negocios y nuevos clientes. Mujer inteligente y laboriosa, sin desatender a los cuidados del hogar lo ayudaba en múltiples ocasiones y –como el mismo John Adams declara en su correspondencia– él se acostumbró a consultarle todos sus problemas, obteniendo siempre opiniones sensatas y acertadas.

Libre de ambiciones y egoísmos, cuando Adams, que se hallaba entonces en el pináculo de su profesión (1768), es elegido representante de Boston para la Corte General y confronta el dilema de sacrificar su carrera y servir los intereses públicos o desoír la llamada de sus conterráneos para mejor atender sus propios intereses, ella no vaciló en aconsejarle

que cumpliera con su deber desempeñando la misión que la providencia le había asignado.

Sobre esta época crítica, en la que se decidió su porvenir como hombre público, Adams nos dice en su autobiografía: “Por la tarde expresé a Mrs. Adams todas mis aprensiones. Esta excelente señora, que siempre me ha alentado, dijo que ella pensaba que yo había hecho lo que debía, que estaba ansiosa de compartir conmigo todo lo que pudiera sobrevenir y ponía su confianza en la providencia”.

Poco después la salud de Adams se quebrantó notablemente, lo que también afectaba su moral inclinándolo a adoptar una postura pesimista que lo hacía declarar: “Desearía que estuviera en mí poder servirlos (a los habitantes de Boston) tanto como es mi deseo. Pero no sucede así, mis deseos son impotentes, mis esfuerzos infructuosos e ineficaces para ellos y ruinosos para mí”.

Rebasada esta crisis gracias a los cuidados de su esposa. Adams pudo consagrarse de nuevo al servicio público, siendo designado representante al Congreso Continental que iba a reunirse en 1775 para discutir la actitud de las Trece Colonias frente a las imposiciones de la Metrópoli.

Y Abigail queda sola al frente de la hacienda mientras se desarrolla la revolución “en condiciones que hubieran agotado los recursos del hombre más animoso”¹³. Tiene que cuidar de sus cuatro hijos, aun niños, y desempeñar por sí misma la mayor parte de los trabajos de la hacienda, ya que la guerra

13 James Truslow Adams: *The Adams Family*.

hacía escasear mucho la mano de obra, pero todavía conserva bastante fuerza y entereza para convertir su casa en refugio de sus vecinos en desgracia. “Me acuesto después de las doce —anota en su Diario— pero no obtengo descanso; el cañón continúa haciendo fuego y mi corazón lo sigue con sus latidos toda la noche”.

En cambio, jamás se queja cuando le escribe a su marido; procura darle las noticias familiares que él tanto ansía, pero cuida mucho de omitir las dificultades que confronta y le expresa su opinión sobre cuestiones políticas en la misma forma sencilla, pero llena de penetración, que cuando conversaban al rescoldo del hogar. Y si él se muestra agobiado, sin fuerzas bastantes para llevar el peso de tantos problemas, bien puede descansar en ella sus confidencias en la seguridad de que su respuesta habrá de confortarlo.

Del papel decisivo que juega la influencia familiar en los hombres públicos, se nos presentan aquí dos casos típicos: Adams, sostenido en sus opiniones por una esposa valiente y entusiasta, encaró de frente los problemas fundamentales demandando soluciones definitivas, habiendo sido uno de los primeros que se atrevió a proponer el rompimiento con la Metrópoli, paso previo de la independencia; Dickinson, otro de los representantes del Congreso Continental, cuya esposa lo abrumaba echándole en cara que si perseveraba en su actitud rebelde solo conseguiría ser ahorcado, dejándola a ella viuda y a sus hijos huérfanos y mendigos, hizo de él un espíritu apocado e irresoluto, el líder de los conciliadores, empeñado en tenderle al rey de Inglaterra una nueva corona de olivo obstaculizando las resoluciones del Congreso. A propósito de este compañero Adams escribió en su Diario: “Si mi madre

y mi esposa me hubieran expresado sentimientos tales, estoy seguro de que, si no hubieran anulado completamente mi actitud viril y hecho de mí un apóstata, me habrían convertido en el hombre más miserable de la Tierra”. Pero él, que podía declarar: “Mi esposa siempre me ha alentado”, lo que sentía era verse requerido para desempeñar solamente las tareas civiles de la revolución, cuando ambicionaba participar en las escenas más activas, animadas y peligrosas.

Mientras tanto, en el frente doméstico Abigail soportaba en silencio otras escenas, que no por menos emocionantes que las del campo de batalla, dejaban de requerir un verdadero temperamento heroico. Una de las secuelas más temidas de la guerra, las epidemias, pronto hicieron presa en su hogar. Enferma ella misma se mantuvo en pie para prodigarle las atenciones necesarias a los suyos y, en medio del dolor que le produjo la muerte de su madre, todavía sacó fuerzas para luchar hasta devolverle la salud a sus hijos.

Lo que nos lleva a concluir con Morse que Abigail Adams no hubiera sido menos distinguida que el propio John Adams de no haber tenido en su contra las limitaciones impuestas a su sexo en aquella época. “Fue una mujer de extraordinario intelecto, ¿mimo levantado y de un patriotismo no menos intenso y ferviente que el de los héroes de la revolución”¹⁴.

14 Morse, John T., *op. cit.*

Lydia Darragh

Lydia Darragh, de cuya personalidad solo ha conservado la historia un borroso recuerdo, prestó un importantísimo servicio a la revolución norteamericana.

Se sabe que era una modesta comadre cuáquera, una de aquellas “housewives in Calico”¹⁵ de que nos hablan los cronistas, tronco sano y robusto que dio origen al substrato principal de la gran Nación del Norte.

Al estallar la guerra de independencia de las Trece Colonias, por defender precisamente los derechos que auspiciaran las fundaciones en sus orígenes, derechos que los peregrinos trajeron consigo como una parte de su propia tradición liberal en la Metrópoli, Lydia Darragh, aunque su religión le prohibía inmiscuirse para nada en la guerra, simpatizó desde un principio con la justicia de la causa revolucionaria y, aunque no lo exteriorizara, se sentía animada de rebeldía heroica en lo profundo de su pecho.

Así fue que, como su hijo mayor le manifestara que iba a unirse a los ejércitos patriotas, ella no trató de disuadirlo recordándole los principios de su religión como hizo el padre, concretándose a permanecer neutral en el asunto.

Lydia Darragh era una excelente ama de casa en la Filadelfia provinciana del invierno de 1777, primero capital rebelde donde se dictara la Declaración de Independencia y a la sazón en poder de las tropas inglesas. Mientras desempeñaba los deberes domésticos con ayuda de una criadita, preparando la comida para el esposo y sus hijitos incluyendo la cocción del

15 Eleanor Sickels: *In Calico and Crinoline*.

pan, pensaría a menudo en el hijo rebelde que en el no muy distante campamento de Whitemarsh atravesaba privaciones y sufrimientos en una de las horas más difíciles del Ejército Continental.

Un día, estando ocupada en sus faenas, llamó a su puerta un oficial inglés que ya en otras ocasiones le había pedido un cuarto para alojarse con sus ayudantes. Ella asintió como de ordinario, pero se sintió intrigada por la recomendación expresa de que cuidara de que todos estuviesen en cama a su llegada a las ocho de la noche.

Después de acompañarlos a subir la escalera llevando el candelabro hasta la habitación asignada, regresó a su cuarto, pero no pudo conciliar el sueño pensando qué planes estarían fraguando con tanto secreto. Al fin, venciendo sus escrúpulos de conciencia, subió muy calladita y pegó el oído al ojo de la cerradura. Al principio no pudo entender nada pues hablaban a la vez como discutiendo, pero al cabo callaron todos excepto el jefe que se puso a leer una orden. Lydia Darragh contenía la respiración trabajosamente y su corazón dio un salto al enterarse de su contenido: la concertación de un ataque por sorpresa al campamento de Washington la noche siguiente.

No necesitaba oír más. Se fue a su cuarto, se puso su larga bata de dormir y la cofia y se tendió en la cama procurando calmar la excitación.

Media hora más tarde el oficial tocaba a su puerta repetidas veces, hasta que al cabo de un buen rato Lydia salió enfundada en su capa restregándose los ojos como el que acaba de salir de un profundo sueño. Los acompañó hasta la salida para pasar el cerrojo y de vuelta a la cama no pudo pegar los ojos en toda la noche. Se imaginaba a los patriotas hambrientos y

tiritando en el campamento de Whitemarsh, entre los que se encontraba su propio hijo. Comprendía claramente que una sorpresa de esta índole podría significar un revés decisivo para el Ejército Continental, ya decaído por las recientes derrotas. ¿Qué podría hacer ella para evitarlo?

Se levantó al amanecer, como acostumbraba, y le dijo su esposo que la víspera se le había agotado la provisión de harina así que iba a buscar un saco al molino de Franklin. Este le aconsejó que llevara consigo a la criadita para que la ayudase, a lo que Lydia objetó que podía valérselas por sí misma como otras veces y que mejor dejaba a la muchacha al cuidado de los niños.

No tuvo dificultad en conseguir un pase del General Howe, que se alojaba en la taberna de enfrente y acicalada convenientemente, cubierta la cabeza por el típico gorro cuáquero y con un saco vacío al hombro, comenzó la jornada con el paso ligero, aunque sintiendo el gran peso de la responsabilidad que sobre ella llevaba.

En el molino dejó el saco para que se lo fueran llenando, prometiendo recogerlo a la vuelta de una visita a su comadre. Ya de aquí se dirigió directamente a las líneas patriotas. Iba consciente de los peligros que la acechaban, sabía que su tardanza podía levantar sospechas, pero lo que más la inquietaba era que su aviso llegara a tiempo para que Washington pudiera prepararse. Por momentos sus piecitos parecían deslizarse sobre la nieve y el aliento casi le faltaba.

Divisa un grupo y se le acerca un jinete. Es el Coronel Craig, a quien meses antes viera por las calles de Filadelfia en un desfile militar de los patriotas. Él se extraña de ver a Mrs. Darragh en ese sitio, pero Lydia le hace señas de que quiere

comunicarle algo importante. Y en pocas palabras, rogándole que no la descubra, le encarga prevenir a Washington de la sorpresa que le prepara el enemigo. Quiere volverse inmediatamente, pero Craig, que la ve extenuada, la conduce a un rancho cercano y hace que le ofrezcan una taza de leche caliente.

Prepuesta por el alimento emprende el regreso con el corazón tan ligero, que más tarde ella misma se asombraba de la rapidez con que cubrió tal jornada. Al llegar a Filadelfia con la harina nadie fue capaz de suponer que había hecho un viaje extra de tal naturaleza.

Pasaron varios días sin que tuviera noticia alguna de los sucesos y aunque se moría de impaciencia, sin atreverse, como es natural, a preguntarle a nadie sobre ello.

Una mañana llamó el oficial británico de nuevo a su puerta y le dijo que quería hablar privadamente con ella. Procurando aparecer lo más serena posible, Lydia Darragh accedió con esa amabilidad llana y franca tan peculiar de los

cuáqueros. El oficial, que era nada menos que el jefe de los ayudantes del General Howe, le preguntó en tono grave si alguien había permanecido levantado en la casa después que ellos llegaron, obteniendo por toda respuesta que su orden había sido cumplida estrictamente, según él mismo había comprobado. El permaneció cavilando unos momentos y luego Lydia le oyó musitar, como hablando consigo mismo, “tal parece que estas paredes hubieran tenido oídos, pues de otro modo no se explicaría que nos recibieran apuntando con los cañones”.

El General Howe, en vez de darle una sorpresa a los patriotas, resultó sorprendido él mismo y tuvo que retirarse.

El efecto material y moral de esta escaramuza, que a no haber sido por el oportuno aviso de Lydia Darragh hubiera resultado muy distinto, influyó notablemente en la futura campaña del Ejército Continental.

Mucho después, cuando los ingleses ya habían sido expulsados de Filadelfia y no existía peligro alguno para Lydia Darragh en que el hecho fuera divulgado, George Washington le envió oficialmente un mensaje agradeciéndole el gran servicio que había prestado a la patria con su advertencia sobre la sorpresa que les preparaba el enemigo.

Todos fueron entonces a congratularla, pero sus propios vecinos se contaban entre los más admirados.

Y no faltarían comadres que dijeran, moviendo la cabeza incrédulamente: Quién hubiera imaginado a Mrs. Darragh capaz de esas andanzas. ¡Y parecía tan entregada a los quehaceres de su casa!

Dicey Langston

Aunque sin la trascendencia de la acción de Lydia Darragh, muchas otras mujeres coadyuvaron al triunfo de la revolución norteamericana desempeñando análogas comisiones, desafiando los mayores peligros por mantener informadas las fuerzas patriotas de los movimientos del enemigo.

Otra de estas heroínas, completamente desconocida fuera de los EE. UU., es Dicey Langston, la pequeña rebelde de la Carolina del Sur.

En la época de la guerra de independencia de las Trece Colonias la región occidental de las Carolinas era “país fronterizo”, zona muy poco poblada y falta de caminos y senderos

accesibles para el hombre blanco, existiendo en general en estas Colonias muy pocas colectividades urbanas. Debido a estas condiciones la guerra allí no se llevaba a cabo en forma organizada, sino que las fuerzas contendientes estaban representadas por partidas volantes que asaltaban de vez en cuando los poblados desapareciendo con la misma, y solo en ocasiones llegaban a enfrentarse en escaramuzas o sorpresas de escaso valor táctico. Lo cual no quiere decir que la guerra se hiciera con menos ardor, sino al contrario, con un encarnizamiento extraño en las colonias septentrionales más civilizadas.

Dicey Langston vivía con su anciano padre en un pequeño poblado de la Carolina Occidental cercano a Spartanburg. En contraste con la mayoría de sus vecinos, que eran “tories” o partidarios del Rey, ellos simpatizaban con la causa de la independencia y su hermano James se había alzado con una partida patriota que operaba por los alrededores.

Aunque en los comienzos de la guerra de independencia Dicey era una chiquilla, ya desde entonces comenzó su tarea de advertir a las partidas rebeldes de los movimientos del enemigo.

La tradición ha conservado muchas anécdotas referentes a las aventuras de que fue protagonista en el desempeño de estas misiones. Una de las veces que regresaba de territorio rebelde se encontró en medio del camino con una partida de los “Exploradores Sanguinarios” (“The Bloody Scout”), los que poniéndole la escopeta al pecho la conminaron a descubrir el escondrijo de los patriotas. Quitándose la pañoleta que echada sobre los hombros anudaba en el pecho, como para mejor descubrirlo a las balas, su única respuesta fue: “Tírenme si se

atreven”. Y aquellos hombres desalmados, llenos de asombro ante el valor de la jovencita, la dejaron marchar sin hacerle daño.

Otra vez rindió sola una larga jornada de noche, a través de caminos inextricables y vadeando el río Tigre con el agua hasta el cuello, para advertir a la partida de su hermano que habían averiguado su lugar de refugio y marchaban a sorprenderlos. Como le objetaran que acababan de regresar de una fatigosa excursión y estaban rendidos de hambre y cansancio para emprender de nuevo la marcha, ella les dio el ejemplo poniéndose a prepararles algo de comer aterida como estaba. Poco después los miembros de la partida se desbandaban en todas direcciones, ya que, siendo muy inferiores en número, no les era posible presentar batalla formal.

Por todo esto, los muchachos de la partida rebelde solían decir: “James Langston es un buen soldado, pero no lo es mejor que su hermana”¹⁶.

Betsy Ross

Betsy Ross es la creadora legendaria de la bandera de las barras y las estrellas, enseña nacional de los Estados Unidos.

La historia de como ella confeccionó la primera bandera de los EE. UU. a petición de Washington, basada en una tradición familiar, fue expuesta públicamente por su nieto William Canby en un trabajo leído ante la Sociedad de Historia de Pennsylvania en 1870.

16 Eleanor Sickels: *In Calico and Crinoline*. p. 95.

Nació en Filadelfia en 1752, dando tempranas muestras de una gran disposición para las labores finas de aguja.

Es de notar en ella un rasgo nada común en las jóvenes de su época, criadas en estrecha sujeción al yugo familiar, y de acuerdo con la severidad de costumbres imperante entre los cuáqueros de Nueva Inglaterra: la independencia de criterio frente a los prejuicios sociales.

Así fue que, habiéndose enamorado de John Ross, no tuvo reparos en fugarse de la casa paterna en 1773 para contraer matrimonio con él en Gloucester. La Sociedad de los Amigos a que pertenecía, enterada de ello, la expulsó de su seno por haberse casado fuera de su congregación. Más tarde ingresó en la Sociedad de Cuáqueros Libres.

John Ross, su esposo, tenía un negocio de tapicería. Al irse a pelear por la independencia la dejó encargada del mismo y, según consta en las actas del Departamento Naval del estado de Pennsylvania, el hacer banderas formaba parte también de su oficio de tapicera.

En enero de 1776 muere John Ross a consecuencia de la explosión del polvorín que custodiaba y la joven viuda, atribulada por la pérdida de su compañero, al recibir el encargo de Washington confiándole la confección de la primera bandera americana, pondría en este trabajo toda su alma meditando en la significación del sacrificio de todos los que, como su esposo, exponían su felicidad y su vida por la causa de la libertad.

La bandera de las barras y las estrellas fue adoptada como enseña nacional de los EE. UU. el 14 de junio de 1777 por una Resolución del Congreso Continental.

LA MUJER EN LA INDEPENDENCIA DE MÉXICO

Las “guachas”

Las mujeres de México, que como dicen allí con orgullo fundado se cuentan entre las más abnegadas y valerosas de América, han contribuido en gran medida a la conquista de la independencia de su patria.

Una investigación minuciosa de las actividades revolucionarias de la mujer mexicana llenaría muchos volúmenes.

Al tratar de la mujer mexicana en la independencia queremos referirnos en primer término a las “guachas”, las humildes mujeres del pueblo que acompañaban al ejército revolucionario sirviéndole de cantineras, cuidando de los heridos y enfermos y hasta en ocasiones, cuando fue necesario, lucharon codo con codo con los soldados, como en la memorable resistencia del fuerte del Sombrero, último reducto de Francisco Javier de Mina y de Pedro Moreno en una hora crítica de la revolución.

Heroínas anónimas y silenciosas, que no esperaban ni la recompensa de la gloria, fueron las compañeras de fatigas del soldado mexicano y la sonrisa de sus pocas horas libres, animándolos siempre, siempre a su lado dispuestas a servirlos con un desinterés que solo igualaba su constancia y su lealtad.

Si en los momentos de descanso ellas imprimían un suave sello de dulzura femenina en el campamento, confortando y distrayendo a los heridos y enfermos, sabían enardecerse en la hora del combate para animar a gritos a los soldados y, al verlos caídos indefensos ante la furia del enemigo, despreciando las balas lanzarse a rescatarlos de la muerte y el dolor.

Y hasta hubo algunas guachas que para debilitar al enemigo osaban introducirse en sus puestos para hacer propaganda revolucionaria, logrando que algunos soldados desertaran y fueran a engrosar el ejército libertador. Labor en la que más de una perdió la vida, como la Carmen Camacho que fue fusilada en Acámbaro, “porque intentó seducir al dragón José María García para que se pasara a las filas insurgentes y para que otros soldados la siguieran”.

Heroínas anónimas y silenciosas, que todo lo ofrendaron sin esperar ni la recompensa de la gloria, fueron las guachas las más valiosas auxiliares de los insurrectos mexicanos en la lucha por la independencia, a las que la historia debe hacer justicia reconociendo la importancia de la labor que ellas llevaron a cabo.

Josefa Ortiz de Domínguez y el Grito de Dolores

Cuando en nuestros países se trata sobre el Grito de Dolores, que marca el comienzo de la guerra de independencia de México, es lo usual referirse a la personalidad del cura Hidalgo como figura principal e inspiradora de este movimiento. Pero apenas se llega a mencionar siquiera a Josefa Ortiz de Domínguez, ferviente revolucionaria sin cuya oportuna intervención, “animosidad y sangre fría habría muerto en flor la independencia y ahogándose en la sangre de aquellos valientes queretanos” (P. Mariano Cuevas).

María Josefa Ortiz, esposa del Corregidor de Querétaro Miguel Domínguez, es la célebre “Corregidora” de la tradición popular mexicana. Mujer toda corazón, buena y generosa con los humildes, no pasaban inadvertidos para ella las injusticias y los abusos del régimen colonial y —como quedó consignado en una denuncia— acostumbraba expresarse “con la mayor locuacidad contra la nación española y contra algunos ministros dignos”.



María Josefa Ortiz de Domínguez.

Cortesía de la Secretaría de Educación Pública de México.

Mujer de escasa cultura, hecho frecuente en la sociedad de la época en que no se le concedía importancia a la instrucción femenina, suplía esta deficiencia con un carácter activo y entusiasta, llevando a buen término todas las empresas que se proponía.

Habiendo tenido contacto con el capitán Ignacio Allende, uno de los primeros iniciadores de la revolución, debido según algunos historiadores a que este visitaba su casa para cortejar a una de sus hijas, abrazó en seguida la causa de la independencia con aquel dinamismo que acostumbraba poner siempre en sus trabajos. Criolla exaltada y viva de genio, empleó la influencia que ejercía sobre su esposo el Corregidor para inducirlo a tomar parte en los planes libertadores, a los que este podía prestar una ayuda valiosísima dada su alta posición oficial.

El levantamiento, cuyo comienzo había sido fijado para los primeros días de octubre de 1810 por sus dirigentes el Capitán Allende y el cura Hidalgo, parece que trascendió al gobierno virreinal por las denuncias de algunos conspiradores poco leales.

El Corregidor Domínguez en su carácter de autoridad se vio obligado a practicar algunas investigaciones y registros en casa de los acusados, tratando, desde luego, de evitar las complicaciones en lo posible. Como su situación era tan difícil no se atrevió a avisarles de antemano temiendo hacerse sospechoso él mismo.

Pero la Corregidora no se amilanó, tomó entonces la iniciativa y su oportuna actuación decidió el porvenir de la revolución mexicana. Aunque había sido encerrada en su casa por el marido temeroso de su fogosidad, se puso en comunicación

con el Alcaide de la Cárcel, la cual ocupaba la planta baja de la Casa de Gobierno, por medio de una señal convenida para que viniera a verla inmediatamente.

Cuando el alcaide Ignacio Pérez llegó ante su puerta, Josefa Ortiz acercó los labios a la enorme cerradura del palacete colonial –cuya llave se conserva en el museo de Querétaro– Josefa Ortiz de Domínguez y le explicó en pocas palabras que la conspiración había sido descubierta y era necesario notificar a Allende y a Hidalgo para que se levantaran inmediatamente o serían aprehendidos.

Ignacio Pérez tomó su caballo y partió para San Miguel el Grande donde se hallaba de guarnición el capitán Allende, pero al llegar allí le informaron que había ido a Dolores. Buscó entonces a una persona de toda confianza, Juan Aldama, y le traspasó su delicada misión.

En la madrugada del 16 de septiembre de 1810 recibieron Hidalgo y Allende el mensaje de la Corregidora en el curato del poblado de Dolores. Comprendiendo ambos la gravedad de la situación por las encarecidas palabras del mensaje femenino resolvieron actuar en el momento y, reuniendo todas las fuerzas disponibles, se levantaron en armas ¿contra el gobierno colonial para reclamar la libertad de la nación mexicana.

Y mientras las insurgentes de Dolores después de tomar esta población avanzaban triunfantes hacia San Miguel el Grande, Josefa Ortiz era detenida junto con su esposo y encarcelada en el Convento de Santa Clara, aceptando gustosa este sacrificio por la causa de la independencia de su patria.

Temiendo las autoridades que el pueblo de Querétaro se amotinara para reclamar la libertad de la Corregidora, dada la

popularidad de que gozaba, la trasladaron a México custodiada por una fuerte escolta.

En vez de acobardarse, la Corregidora se enardeció aún más en vista de los hechos. “En el camino era una proclama viviente: venía seduciendo a los soldados y jefes, y aún los denostaba llamándolos cobardes y menguados, incapaces de comprender y de volver por sus derechos; diciéndoles que ellos eran mexicanos y que debían trabajar por la independencia”. (González de la Torre).

Cuando Itúrbide triunfa y declara la nación mexicana independiente de España, pero constituye con ella un Imperio a cuya cabeza se pone él mismo con el nombre de Agustín I, la Emperatriz, pensando premiar los servicios patrióticos de doña Josefa Ortiz de Domínguez, le ofrece el cargo de primera dama de honor, pero esta, que sigue manteniendo firmemente sus ideas democráticas que están en pugna con el nuevo régimen, rehúsa indignada el ofrecimiento imperial.

A la caída de Itúrbide por una revolución encabezada por los caudillos de la independencia, y al constituirse en 1823 la República de los Estados Unidos Mexicanos, se forma una Junta de Notables para premiar a los que habían contribuido a la liberación de México, la cual quiere hacer patente el reconocimiento de la patria a doña Josefa Ortiz de Domínguez. Pero esta noble mujer, que había puesto su persona y sus bienes al servicio de su amado México en las horas difíciles del sacrificio, rehusó toda recompensa en la hora del triunfo, declarando que su mayor satisfacción era haber contribuido a fundar una nación libre y soberana.

Leona Vicario

Leona Vicario es una de las figuras femeninas de mayor relieve de la revolución mexicana y ejemplifica los esfuerzos y sacrificios de que fueron capaces estas mujeres por conquistarse una patria libre.

A pesar de haber nacido en un medio desahogado que le hubiera podido proporcionar una vida fácil y libre de preocupaciones, ardiente demócrata como Josefa Ortiz de Domínguez, sintió en su carne las penas y los anhelos de su pueblo y renunciando a todas las comodidades prefirió seguir la áspera senda de la lucha y el sacrificio por un ideal.



Leona Vicario

Nació el día 10 de abril de 1789 en la capital del virreinato de la Nueva España, siendo la hija única del rico comerciante español Gaspar Martín Vicario y de su esposa Camila Fernández, esta de rancia estirpe mexicana y descendiente –según la tradición– del rey azteca Netzahualcóyotl. De acuerdo con esta creencia, en Leona Vicario iban a revivirse las virtudes de la reina madre Matlazihuatzin, que a la muerte de Netzahualcóyotl veló por los destinos del pueblo de Tezcoco.

Según parece. Leona debió recibir una educación superior a la de la mayoría de las señoritas de su época, a las que bastaba saber “aliñarse al estilo del día, tocar el fortepiano, cantar una polaca, danzar con compás un campestre y bailar una contradanza”. (Fernández Lizardi en el Suplemento al *Pensador Mexicano*). Doña Camila, dedicada por completo a la educación de su hija pudo comunicarle alguna ilustración que había recibido en el ambiente familiar, donde sus hermanos eran graduados universitarios. El talento natural de Leona y su amor a los libros hicieron el resto, llegando a poseer una cultura media general notabilísima para su tiempo en una mujer.

Le interesaba sobre todo la historia de su país, por la que podría comprender cómo la conquista española había frustrado los destinos de los pueblos del Anáhuac interrumpiendo la evolución natural de su cultura y convirtiéndolos en elementos pasivos, simples instrumentos de sus propósitos de explotación. Entre sus papeles se encontraba un escrito anónimo en el que se “combatía tan rudamente la conquista de México”, que según el Oidor Berazueta “podía causar a la religión y al Estado su total ruina”. También se entusiasmaba leyendo los discursos de Feijoo, esa notable figura del criticismo español del siglo XVIII, especialmente aquéllos en que combatía las rutinas, errores y supersticiones que entorpecen el progreso y los dedicados a hacer la defensa de los criollos y de las mujeres de América, de los que se han encontrado copias hechas por su mano. En sus estantes había una extensa y variada colección de obras literarias que serían objeto de sus frecuentes lecturas, figurando en ellas autores españoles, franceses, ingleses y alemanes.

Pero esta muchacha singular, que sobresalía entre sus contemporáneas por su cultura y su talento, era al mismo tiempo una figura femenina dotada de múltiples encantos. De estatura regular, robusta y bien formada, coronada por una hermosa cabeza erguida y elegante; en su rostro, de líneas suaves y redondeadas, lucían en gracioso contraste sus grandes ojos oscuros, luminosos y enérgicos y una boca pequeña y sonriente, que denunciaba cierto candor infantil.

Sus dotes intelectuales no le impedían a Leona ser una muchacha muy humana. Con un padre rico, que sentía satisfacción y orgullo en que ella pudiera ver realizados todos sus caprichos, vestía elegantemente eligiendo las prendas más finas sin reparar en precios. Gustaba de salir a pasear con su madre o sus amigas en su coche tirado por magníficos caballos y asistir a bailes y reuniones sociales en los que esperaban una verdadera corte de jóvenes ansiosos su aparición. En las veladas musicales se destacaba extraordinariamente entonando bellas canciones con su voz plena de cálida emoción.

Muy joven se vio privada del apoyo de sus padres. Apenas había cumplido los dieciocho años cuando murió don Gaspar, al que siguió al poco tiempo su amante esposa, dejando encargada a Leona al cuidado de su tío materno Agustín Pomposo Fernández como su administrador o curador.

En el ambiente de la joven adolescente se agudiza la vivencia de la gran soledad. Y aquellas ideas y sentimientos que han ido madurando en ella como un producto de sus propias observaciones y de sus lecturas, encarnan en el ideal patriótico que se convierte en su sostén espiritual en estos momentos de crisis psicológica.

Cuando sus salones vuelven a abrirse son frecuentados por jóvenes de ideas progresistas en los que alienta el sentimiento nacionalista. Entre ellos se encuentra el estudiante de leyes Andrés Quintana Roo, a quien ha conocido como pasante en el bufete de su tío Agustín. En seguida se establece entre Leona y Andrés una perfecta compenetración de sentimientos e ideales, pero no llegan a comprometerse ante el porvenir incierto de la patria.

El grito de Dolores resuena con ecos de clarín en las tertulias de Leona Vicario. Ella se exalta y sus amigos le aconsejan que tenga prudencia, pero siente rebeldía contra los convencionalismos que oprimen su sexo y les dice que hubiera querido ser hombre para lanzarse a la lucha con las armas en la mano.

¿Pero, acaso no dispone ella de otras armas también muy eficaces?

La propaganda tiene un valor incalculable en manos de una mujer entusiasta dispuesta a sacrificarse por una causa justa. Leona Vicario, que había puesto su alma en la obra revolucionaria, empleó toda su seducción y su elocuencia en atraer prosélitos y en formar un ambiente favorable a la revolución en todas las esferas sociales. Y los jóvenes que convencidos por ella ingresan en las filas del ejército libertador, ya van equipados con todo lo necesario, les hace uniformes y compra de su propio peculio armas y municiones que guarda en su casa hasta el momento oportuno de enviarlos, haciendo caso omiso del peligro a que se expone. Al mismo tiempo, lleva a cabo una paciente propaganda ilustradora aprovechando todas las coyunturas favorables y trata de convencer a los fanáticos y retrógrados de su error al sentirse cohibidos por los edictos

eclesiásticos que condenan la revolución, ya que si Dios es la encarnación de la suprema justicia no puede sino bendecir la buena causa de la patria.

Desde un principio trató de establecer contacto con los jefes revolucionarios, pero no pudo comunicarse ni con Hidalgo ni con Allende. Al fin, logró entablar correspondencia con Morelos y la Junta de Zitácuaro, la que mantuvo constantemente por un habilidoso sistema de correos que ella misma organizó, escogidos personalmente como hombres bien probados y a quienes recompensaba con largueza. En todo momento estaba alerta para captar cualquier noticia de interés para los insurrectos y gracias a los informes que envió a los campos de Zitácuaro, Tlalpujahua y Tenango evitó muchos reveses al ejército patriota. En realidad, fue “la correspondiente general de los insurgentes”, como la llamó al instruirla de cargos el Auditor de Guerra licenciado Foncerrada.

Ingeniosa y audaz, concibió un plan para atraerse a un grupo de los mejores armeros vizcaínos que trabajaban en la Maestranza del Virreinato, plan que coronado por el éxito culminó en la instalación en los campos de Tlalpujahua de un taller que suministró gran cantidad de fusiles a los patriotas.

Pero a pesar de todas sus precauciones Leona fue descubierta al cabo por las autoridades, que al capturar uno de sus correos tuvieron conocimiento de sus actividades revolucionarias. Afortunadamente, no se encontraba en su casa cuando fueron a detenerla y pudo ser prevenida durante su paseo por una india desconocida que le aconsejó que huyera.

Su fuga fue una verdadera odisea. Como ya no tenía coche, pues lo había suprimido para poder dedicar todas sus rentas a ayudar a la revolución, tomó un coche de alquiler y le indicó

que la llevara a la feria de un poblado cercano. Una vez allí emprendió una penosa caminata a través de los campos de la meseta mexicana y al llegar la noche se alojó en el jacal de unos indios labradores. Con el nuevo día volvió a partir acompañada de un guía hasta que sus pies hinchados y adoloridos por una jornada de cuatro leguas no le permitieron andar más y tuvo que pedir albergue en casa de una modesta familia en el poblado de Huisquilucán, donde cayó enferma por las fatigas pasadas. Si contrastamos este cuadro con el de su vida pasada podemos comprender cómo se sacrificaba y exponía por la patria.

Por entonces su tío Agustín Fernández, realista recalcitrante de quien había tenido que ocultarse Leona en sus actividades revolucionarias, estaba haciendo múltiples pesquisas para averiguar su paradero, y en cuanto supo donde se hallaba fue a buscarla dándole la seguridad de que por su influencia se le iba a permitir volver libremente a México sin ser molestada. Pero, tan pronto se repuso su salud tuvo que comparecer ante la Junta de Seguridad, donde le demandaron que diera el nombre de sus cómplices ofreciéndole a cambio el indulto total. En esos momentos de prueba, en los que hasta algunos hombres llegan a flaquear, el temple del carácter femenino dio un alto ejemplo de integridad moral en Leona Vicario. No solo se negó en absoluto a hacer delaciones, sino que se mantuvo firme en sus ideas sin retractarse o aparentar arrepentimiento por su conducta como le aconsejaban.

Probada su participación en el movimiento revolucionario, Leona fue internada en el Colegio de Belén en calidad de presa e incomunicada bajo la vigilancia directa de la Preposición y

de dos matronas. Ya lo había ofrendado todo a la revolución: hasta su propia libertad. Pero la revolución no la olvidó.

La historia de su rescate fue un golpe tan audaz que parece un caso novelesco. Tres jefes insurrectos se presentaron un anochecer a la puerta del Colegio de Belén y, mientras uno mantenía encañonadas a las porteras, los otros penetraron en el patio y siguiendo las instrucciones que habían obtenido previamente corrieron hacia la celda de Leona. La Prepósito quiso resguardar la puerta con su cuerpo, pero ante el requerimiento de una pistola se apartó, entregándoles la llave. Minutos después la joven heroína era conducida a través de calles extraviadas a una casita de los barrios extremos.

Apenas llegó al conocimiento de las autoridades la noticia de la evasión de Leona Vicario, se iniciaron toda clase de investigaciones y registros, pero sus salvadores ya lo habían previsto todo y gracias a hábiles maniobras de cambios de domicilio pudieron evadir la justicia colonial.

Días más tarde, cuando ya se creía que Leona debía estar lejos de ciudad México y habían cesado las pesquisas, salían de las puertas de la capital varios arrieros entre los que iba una “negra haraposá” llevando huacales de frutas y un cuero de pulque en la muía que montaba. Nadie fue entonces capaz de imaginar que bajo la tez oscura de ese tipo vulgar de mujer se escondía la figura distinguida de una mujer extraordinaria por su valor y su talento; Leona Vicario, la famosa “heroína insurgente”.

El recibimiento de Leona en Oaxaca constituyó un acontecimiento memorable para las huestes revolucionarias. Todos querían saludar y reverenciar a aquella infatigable bienhechora

que les mandaba ropas y pertrechos, por cuyo intermedio se habían mantenido en contacto con sus familias y a la cual debían tantas noticias de importancia estratégica gracias a las cuales habían salvado la vida en múltiples ocasiones. Al mismo tiempo, la historia de las penalidades sufridas y los detalles de su fuga y rescate habían tejido un halo de leyenda en la imaginación popular.

El contacto directo con la personalidad real y humana de Leona Vicario no hizo sino acrecentar su prestigio ante el Congreso de la revolución, que se reunía poco después en Chilpancingo. Habló a los representantes del pueblo mexicano con fogosa elocuencia para “alentarlos con decisión varonil y exhortarlos a concluir la empresa, despreciando la muerte y los cadalsos” (Carlos María de Bustamante, Representante del Congreso en *Cuadro Histórico de la Revolución Mexicana*).

Morelos encargó a una comisión que le buscara alojamiento adecuado en un poblado próximo que se hallaba en poder de sus ejércitos.

Fue entonces cuando Andrés Quintana Roo, ya figura sobresaliente de la revolución y vicepresidente del Congreso, unido a la joven heroína por el común ideal patriótico, imploró de ella el cumplimiento de aquella promesa tácita que se hicieron al conocerse. Y unidos en matrimonio. Leona Vicario fue desde aquel día su fiel compañera y confidente, prestando siempre sus valiosos servicios a la patria desde su nueva posición.

Perseguido constantemente el Congreso de México Independiente, empezó una era de penalidades para los nuevos esposos, en la que Leona tuvo ocasión de demostrar

su fortaleza de ánimo confortando a su compañero y compartiendo con él las horas de abatimiento. Marchando junto con los Diputados tenía que rendir diariamente larguísimas jornadas a pie desde las siete de la mañana hasta el anochecer, acampando al raso y recibiendo ración como simple soldado.

Y así fue como Leona Vicario, la joven nacida entre finos encajes en opulenta casona de la capital, tuvo su primera hija en una oscura cueva del lugar conocido por Achipixtla el 3 de enero de 1817. No fue menor por esto su orgullo materno y, conduciendo a la pequeña Genoveva en un huacalito, la llevó a un pueblecito cercano donde la apadrinó el general Ignacio Rayón.

Dispersados los Representantes del Congreso, y como la presencia de la niña les impedía seguir esa vida errante de fuga continua, Leona y Andrés determinaron establecerse en un lugar apartado que les brindara condiciones de seguridad. Hicieron un pequeño rancho en una abrupta barranca de la sierra de Tlatlaya, donde solo tenían lo estrictamente necesario para vivir en la mayor estrechez. Pero hasta allí fueron a perseguirles implacablemente, conducidos por la execrable traición de dos antiguos jefes insurgentes que conocían su escondite. Estando a la puerta de su rancho, seguramente acariciando a la pequeña Genoveva mientras admiraba sus gracias infantiles. Leona advirtió a lo lejos movimiento de extraños que se dirigían hacia ellos. Rápida como el rayo buscó a su esposo para comunicarle lo que pasaba. Después de una discusión acalorada lo convenció de que les era imposible escapar a los tres, y haciéndole firmar una petición de indulto para ambos con fecha atrasada, se despidió de él asegurándole que este era el único camino a seguir.

Leona fue entonces “aprehendida, maltratada y vejada”, sin que el llanto de la niña fuera capaz de suscitar la piedad de sus guardianes. Quintana Roo, indagando sin cesar sobre ella, se presentó a las autoridades al saber lo acaecido, declarando que se acogía al indulto y que si fuesen necesarios algunos sacrificios quería sufrirlos en su persona exclusivamente con tal de que no se siguiera el menor perjuicio a su esposa. Confirmado el indulto, se les ordenaba disfrutar de la gracia en España, pero el destierro no pudo ponerse en ejecución por su falta de recursos pecuniarios, ya que los bienes de Leona habían sido confiscados.

Ya nada puede hacer Leona por la revolución, estrechamente vigilada y falta de los medios de otras épocas. Ademéis, la insurrección parece terminada, habiendo perecido o sido hechos prisioneros casi todos sus jefes. El sorprendente viraje de Itúrbide, que en lugar de combatir a los mexicanos se une a ellos, constituye un cambio inesperado.

El triunfo de Itúrbide termina con el establecimiento de un Imperio Mexicano, producto de sus ambiciones para coronarse Agustín I, pero el nuevo estado viene a ser en realidad una continuación del régimen virreinal.

Andrés Quintana Roo fue nombrado en un principio Subsecretario de Estado, pero al convocarse a un congreso de la nación mexicana por el gobierno, las restricciones que el Emperador le impone en materia de tolerancia religiosa y forma de gobierno resultan inadmisibles para los partidarios de la democracia y Quintana Roo publica una exposición, inspirada en los ideales sustentados por él y Leona, en la que re clama una absoluta libertad de acción para el Congreso, que debe ser el supremo intérprete de la voluntad popular y

escoger en definitiva la forma gubernamental más acorde con las condiciones del país.

Itúrbide reaccionó violentamente ante esta crítica destituyendo a Quintana Roo y mandando que se le siguiera la responsabilidad consiguiente.

Andrés y Leona confrontan de nuevo la persecución por defender los ideales democráticos y tienen que huir en compañía de sus hijos, refugiándose en Toluca.

A la caída de Itúrbide, el Congreso proclamó a Leona Vicario “honra de su sexo y ejemplo de constancia y patriotismo”.

Gertrudis Bocanegra

Aunque menos conocida que la Corregidora o Leona Vicario, es Gertrudis Bocanegra una figura notabilísima de la revolución mexicana, heroica mártir que todo lo sacrificó por sus ideales y que sirvió a la patria por cuantos medios ponía a su alcance su condición de mujer.

Fue su cuna el pintoresco pueblecito de Pátzcuaro, situado entre las colinas que rodean el lago de este nombre reflejando en sus aguas el perenne verdor de sus pinares.

En medio de esta naturaleza libre y generosa, a medida que crecía se desarrollaba en su alma el amor a su hermoso país y concebía para él los más altos ideales. Se dolía al ver la miserable condición de los indios labradores y en más de una ocasión su indignación se levantó ante la explotación y los atropellos que con ellos cometían las autoridades coloniales. La observación de estos hechos le hizo pensar en la necesidad ineludible de un cambio de régimen y llegó a preguntarse por

qué no habían de manejar sus propios asuntos los nativos de la tierra, a la que se hallaban más vinculados que los administradores advenedizos enviados por una metrópoli lejana.

Hija de un humilde matrimonio español y viviendo en un apartado pueblo de provincias, sus sentimientos no podían canalizarse hacia la acción directa, reconcentrándose en un odio sordo hacia los opresores de su pueblo.

Joven y bonita, sus atractivos no pasaban desapercibidos y un joven oficial del regimiento de Pátzcuaro, el Alférez Lazo de la Vega, que la contemplaba a menudo cuando ella iba camino de la iglesia con su madre, se enamoró de Gertrudis y quiso obtenerla en matrimonio.

Observando todas las formalidades entonces vigentes, fue llevado a casa de la muchacha por un amigo y una vez presentado dio a conocer sus pretensiones. Los padres de Gertrudis respondieron que querían antes consultar el parecer de su hija, pero ella, ante una alianza que cualquier otra muchacha de su medio hubiera considerado ventajosa, declaró que nunca uniría sus destinos a un militar español y que solo lo aceptaría por esposo si dejaba de servir al gobierno de la Metrópoli. El joven alférez, que cuenta con una limpia hoja de servicios y un porvenir brillante ante sí, trata de convencerla, pero todas sus reflexiones se estrellan ante la decisión inquebrantable de Gertrudis. Por fin el amor triunfa y Lazo de la Vega renuncia a su carrera para adoptar los ideales de la que va a ser su mujer...

Gertrudis Bocanegra se convierte en la esposa modelo con que el antiguo alférez había soñado. Estrechamente compenetrados nada turba su felicidad. Y al paso de algunos años

la familia se ve aumentada con la venida de un hijo y tres hermosas niñas, que son educados en ese amor fervoroso a la patria del que su madre ha hecho una religión.

Llega al fin la hora de la rebeldía y el hogar de Gertrudis Bocanegra se convierte en centro de conspiración. Y al estallar la guerra de independencia su esposo y su hijo no tardan en incorporarse a las filas insurgentes, sirviendo al ideal que ella misma les inculcara.

Gertrudis reza por sus seres queridos. Pero la patria exige sacrificios y cuando le comunican la muerte de ambos sabe aceptar los hechos sin quejarse, soportando en silencio su dolor.

Consuela a su anciano suegro hablándole de la gloria de morir por la patria y le pide que la acompañe a prestar su ayuda en los campos de batalla. Llevan recursos a los soldados y ella les cura las heridas con una amorosa solicitud que ve en cada insurrecto a su propio hijo. Expone la vida constantemente, rescatando a los heridos bajo las descargas del enemigo. Cuando sus familiares le imploran que regrese les contesta: “Moriré al lado de los que defienden a la patria”.

Pero cuando vuelve es solo para preparar una nueva conspiración. Descubierta esta fue hecha prisionera junto con sus hijas. La conminan a que confiese, pero ella se mantiene inquebrantable en afirmar que no tiene cómplices.

El día de la ejecución la sacan vendada del calabozo. Ante la voz de “preparen” se arranca la venda y, encarándose al pelotón formado, grita para que la oiga el pueblo, ese pueblo por cuya felicidad lo ha sacrificado todo: “¡No desmayéis, seguid luchando por la patria. Llegará el día de la libertad!”.

Rafaela López Aguado

Rafaela López Aguado, la madre del general insurgente Ignacio Rayón, nos da el prototipo del espíritu de sacrificio de las madres mexicanas que tanto contribuyeron a la independencia.

Mujer de carácter íntegro y austero, educó a sus hijos para que fuesen fieles cumplidores del deber, ofreciéndoles ella misma el ejemplo con su abnegación y rectitud.

Apenas estalla la guerra de independencia sus cinco hijos se lanzan a la lucha animados por ella a responder a la llamada de la patria. El más joven, impetuoso e inexperto, cae pronto prisionero y es condenado a muerte. Entonces las autoridades, que comprenden el inmenso valor que hombres de esta clase representan para la revolución, conciben un plan para obligarlos a regresar y privar al ejército libertador de su valioso concurso.

Rafaela López es informada de la situación de su hijo menor, ofreciéndosele su vida a cambio de que convenza a sus otros hijos para que abandonen el campo revolucionario y se acojan a la legalidad. Pero, ante el asombro de los españoles la madre mexicana no vacila un momento. Y con un gesto semejante al de Carlos Manuel de Céspedes, el Padre de la patria cubana, rechaza de plano tal proposición.

Ella no representa solamente a la madre del general Rayón y sus hermanos: es el prototipo del “alma mater” de la nación mexicana.

LA MUJER EN LA INDEPENDENCIA DE COLOMBIA

La tradición comunera

La hermosa tradición de rebeldía de las neogranadinas, que en la revolución de los comuneros del siglo XVIII personifica la figura de la líder del Socorro Manuela Beltrán, revive pujante en el siglo XIX con la legión femenina de las luchas por la independencia.

Aunque aquí podríamos repetir que quizás la contribución femenina más importante está en la labor silenciosa de la multitud de heroínas anónimas, el valor y la abnegación de las mujeres de la Nueva Granada pueden simbolizarse en la personalidad vibrante y gallarda de Policarpa Salavarrieta, popularmente conocida por la Pola.

La Pola Salavarrieta

Policarpa Salavarrieta era de origen humilde, habiendo sido sus padres los criollos Joaquín Salavarrieta y Mariana Ríos. En 1795 vio la primera luz en el pueblecito de Guaduas, situado

en un fértil valle de la Cordillera Oriental en el camino de Bogotá a Honda, donde en 1782 había sido exhibida en una escarpia la cabeza del jefe comunero José Antonio Galán “para ejemplo y escarmiento de los rebeldes”.

Todos los cronistas la describen como una muchacha hermosa y arrogante, de clara inteligencia y carácter enérgico.

Apenas se manifiestan los primeros movimientos revolucionarios de 1810 en el Virreinato de Nueva Granada, Policarpa Salavarrieta acoge con el mayor entusiasmo la causa de la independencia y para mejor servirla se traslada a la capital.

En Santa Fe de Bogotá se aloja primero en casa de la familia Herrón y Zaldúa, pero decide trasladarse a una modesta vivienda de los suburbios donde puedan reunirse los conspiradores sin despertar sospechas. Vive estrechamente con el producto de su trabajo, haciendo costuras por encargo a las familias ricas y al mismo tiempo sostiene correspondencia con los insurrectos, cuyas noticias comunica a los patriotas de la ciudad que acuden a sus reuniones y a su vez despacha los partes de los movimientos de las tropas realistas. Alrededor de su personalidad avasalladora se organiza una vasta conspiración, en la que es secundada por esposas y hermanas de famosos guerrilleros: Andrea Ricaurte de Lozano, Carmen Rodríguez de Gaitán, Petronila Nava de García Hevia, Eusebia Caicedo de Valencia. Compraba pertrechos con el dinero que recogía y los enviaba a los campamentos rebeldes. Y no solo atraía a los jóvenes para que se alistaran en las huestes libertadoras, sino que les proporcionaba todos los medios para que lograran salir de la capital hasta que pudieran incorporarse a las guerrillas.

Corría el año de 1817. La guerra de independencia de la Nueva Granada atravesaba una de sus mayores crisis. Pasado había la época brillante de las polémicas constitucionales de Nariño en la república de Santa Fe y de Camilo Torres en el Congreso de Tunja, cuando acogiendo al futuro Libertador las tropas neogranadinas triunfantes se habían lanzado en ayuda de los patriotas venezolanos hasta alcanzar las márgenes del Orinoco. Las disensiones internas entre federalistas y unitarios y los recelos entre los jefes militares habían quebrantado la naciente República, frustrando los grandiosos planes de Bolívar. Con la toma de Cartagena por Morillo los patriotas habían sido desalojados de sus últimas posiciones y solo las guerrillas aisladas que operaban por su cuenta en los llanos de San Martín y Casanare lograban mantener en alto la protesta revolucionaria.

Al pasar el general Morillo a Venezuela dejó en Nueva Granada al brigadier Juan Sámano con el título de Gobernador en lo político y militar, con poderes y facultades tan amplios que la autoridad del Virrey Montalvo quedaba casi anulada.

Juan Sámano era un hombre de edad avanzada y carácter agrio, que por su fanatismo religioso y por la sanguinaria ferocidad con que perseguía a los conspiradores ha sido comparado por algunos historiadores con el duque de Alba. Así como este en tiempos de Felipe II constituyó en los Países Bajos el tristemente célebre Consejo de los Desórdenes, que ha pasado a la Histeria como el “Tribunal de Sangre”, Sámano restableció con su Consejo de Guerra Permanente los tradicionales procedimientos españoles de represión.

En este año crítico de 1817, en el que hemos visto que la lucha por la independencia estaba confinada al dominio de los llaneros donde su conocimiento del terreno y sus cualidades de centauros natos les daban la supremacía sobre las fuerzas regulares españolas, Policarpa Salavarrieta trabajaba febrilmente en la capital reclutando jóvenes para las guerrillas del Casanare. Su entusiasmo patriótico y su voluntad indomable la hacían redoblar sus esfuerzos ante la adversidad y, convencida de la invencibilidad de los llaneros, confiaba en que reforzando sus contingentes algún día podrían avanzar desde sus apartadas regiones llevando la libertad a todo el país.

Además de la patria, la Pola tuvo otro gran amor en la vida: Alejo Sabaraín. Este joven, después de servir valerosamente en el ejército libertador hasta alcanzar el grado de Subteniente, tuvo la desgracia de caer prisionero en el combate de las Cuchillas del Tambo. Viendo sus grandes condiciones los españoles lo condenaron a servir de forzado en las milicias de la capital.

Valiéndose del influjo que sobre él ejercía la Pola persuadió a su novio a que escapara de su degradante situación. Planeó cuidadosamente todos los detalles de la fuga y, poniéndolo al mando de un grupo de alzados, lo envió a los llanos

de Casanare con valiosos documentos sobre el estado de las fuerzas realistas.

Fatalmente, todas sus precauciones se estrellaron esta vez frente a los peños de presa de Sámano, que sorprendieron a los fugitivos cayendo en sus manos los documentos que comprometían a Policarpa Salavarrieta.

El famoso Consejo de Güeña se reunió esta vez para juzgar a una mujer. Rompiendo todas las leyes el juicio tuvo lugar en la residencia del jefe Tolrá. Llamada la primera a responder de cargos, la Pola se presentó arrogantemente mirando frente a frente a los miembros del tribunal. Estaba bellísima con su bata azul y blanca de zaraza –anota un cronista– y tal parecía la encarnación viviente de la patria. No comprometió a nadie en sus declaraciones, aun sabiendo que en ello le iba la vida. Durante todo el tiempo mantuvo su presencia de ánimo y un valor inalterable.

El feroz Sámano se apresuró a firmar la sentencia del Consejo en que se condenaba a Policarpa Salavarrieta y a ocho de sus cómplices a ser pasados por las armas. Entre estos se encontraba Alejo Sabaraín.

José Hilario López, más tarde presidente de la República de Colombia y que entonces servía como forzado, habiendo sido testigo presencial de los hechos nos refiere los últimos momentos de la Pola en sus *Memorias*. Considerando que el suplicar a los opresores de su patria era claudicar en sus principios, no quiso oír al sacerdote que le aconsejaba comportarse humildemente mostrándose arrepentida y aun tuvo valor para increpar a sus verdugos. “¿Pero Uds. conciben que yo desearía conservar la vida a cambio de implorar clemencia?” –se cuenta que decía–. “No, señores, no pretenderé nunca semejante cosa, ni deseo que se me perdone porque el cautiverio es todavía peor que la misma muerte”. Y agregaba: “Hoy sois tigres, mañana seréis carneros”.

El día 14 de noviembre de 1817, a las nueve de la mañana, tuvo lugar la ejecución. Al llegar a la plaza mayor le habló

al pueblo allí congregado: “Pueblo indolente: ¡Cuan diversa sería hoy tu suerte si conocieras el precio de la libertad! Pero no es tarde. Ved que aunque mujer y joven me sobra valor para sufrir la muerte y no olvidéis este ejemplo”. “Ninguna muerte hizo en aquella época desastrosa una impresión tan profunda sobre los habitantes de Nueva Granada, ni demostró más claramente hasta donde llegaba la crueldad de los jefes españoles como la de Policarpa Salavarrieta”¹⁷.

Y su ejemplo no fue olvidado. Las conspiraciones se multiplicaron en la Nueva Granada y una copla popular reflejaba el sentir del pueblo enardecido:

Granadinos la Pola no existe,
por la patria su muerte llorad,
por la patria a morir aprendamos
o juremos su muerte vengar.

Aunque el caso de Policarpa Salavarrieta es el más conocido, muchas otras mujeres murieron por la independencia de Colombia.

La plaza del Socorro, donde Manuela Beltrán capitaneó la protesta de los Comuneros en el siglo XVIII, fue testigo el 28 de julio de 1819 de la ejecución de Antonia Santos.

17 José Manuel Restrepo: *Historia de la Revolución de Colombia*, p. 454.

Antonia Santos

Antonia Santos, señorita de familia rica y distinguida de Charalá, laboró activamente a favor de la independencia sacrificando fortuna y posición por ayudar a las guerrillas que se habían levantado en la provincia del Socorro, distinguiéndose en reclutar jóvenes para las mismas.

Ya en estos momentos se hallaba Bolívar en la Nueva Granada, después de haber atravesado de nuevo los Andes, esta vez en sentido inverso para pagar la deuda de gratitud contraída por Venezuela. Sus ejércitos diezmados por aquella terrible jornada a través de escarpadas montañas y de páramos desolados encontraron a los pueblos dispuestos a incorporarse en las filas del Libertador, gracias a la actividad de aquellas abnegadas mártires que no dejaron que se extinguiera la lucha contra la opresión.

La victoria definitiva de Boyacá, alcanzada por el Libertador el 4 de agosto de 1819, selló la independencia de Nueva Granada y las autoridades españolas, con el Virrey Sámano a la cabeza, se apresuraron a huir del país sin darle tiempo a Bolívar para negociar un intercambio de prisioneros. La profecía de la Pola Salavarrieta se había cumplido: los tigres de ayer, convertidos en medrosos carneros, se daban a la desbandada.

LA MUJER EN LA VIDA DEL LIBERTADOR

En este capítulo no intentamos desarrollar el tema de la vida amorosa de Simón Bolívar, sino tratar solamente sobre las mujeres cuya influencia tuvo una repercusión más honda en su carrera de Libertador.

Naturaleza voluntariosa y rebelde, era Bolívar incapaz de dejarse dominar por yugo alguno. No obstante, en su vida obraron poderosas influencias femeninas que afectaron el curso de la gloriosa misión histórica que le tocó desempeñar.

María Antonia Bolívar, hermana y consejera

María Antonia Bolívar, su hermana mayor, fue la persona con quien Simón Bolívar estuvo vinculado más estrechamente durante toda su vida y en quien depositó siempre toda su confianza, como puede apreciarse leyendo las “Cartas del Libertador”¹⁸.

18 Vicente Lecuna: *Cartas del Libertador*. Véase también el Boletín de la Academia Nacional de la Historia de Venezuela, tomo XVI.

Naturaleza gemela a la de Simón Bolívar, solo atemperada por su condición femenina, era María Antonia un carácter extraordinario mente enérgico y activo. En el físico también se parecía mucho a su hermano: enjuta de carnes y porte arrogante, cabellera negra rizada y ojos oscuros y brillantes que denotaban en su mirada una voluntad fuerte y dominante.

Cinco años y medio mayor que su hermano Simón, sería para él una segunda madrecita al morir su padre cuando este contaba solo tres años (1788), dejando una joven viuda de veintisiete abriles. Los otros dos hermanos intermedios, Juan Vicente y Juana, de carácter más débil y tranquilo, se plegaban fácilmente a los caprichos de aquel voluntarioso hermanito menor, pero aun así este prefería a María Antonia que, vi-varacha y emprendedora, gustaba de temar la iniciativa en los juegos y era una compañera incansable. La plaza de San Jacinto de Caracas, escenario de sus diversiones infantiles, sería testigo muchas veces de las explosiones del pequeño “polvorín”, que al cabo consentiría volver a la casa llevado del brazo por María Antonia.

Aunque alejados luego materialmente por el escenario de sus actividades, ella, como mujer y madre confinada en su hogar de Caracas y él, enfrascado en sus viajes por Europa y luego en sus campañas libertadoras a través del continente suramericano, siempre se mantuvieron en estrecho contacto espiritual. Simón Bolívar escribía a su hermana comunicándole sus inquietudes, sus victorias y sus reveses y descargando en ella el manejo de sus intereses personales, ocupación que esta, con su gran capacidad para los negocios, desempeñó como un experimentado administrador.

Solo una vez pudo acompañar María Antonia a su hermano por la áspera senda de los libertadores de pueblos, pero esta jornada era bastante para poner a prueba el temple de su espíritu.

Eran los primeros días de Julio de 1814. Hacía un año que Bolívar entrara en Caracas proclamando la segunda República después de haber derrotado las fuerzas del general español Monteverde obligándolas a abandonar la capital. Atravesando los altos páramos andinos que separan a Nueva Granada de Venezuela, Bolívar había vuelto a su patria a romper las cadenas del coloniaje y, al entrar triunfante en su ciudad nativa, lo habían aclamado con el título de Libertador. En la vieja casa señorial de los Bolívar se reunieron los hermanos para celebrar en la intimidad las glorias de aquel triunfo. Al lado de Simón, el héroe del día, tomó asiento María Antonia que para ellos representaba la matrona cuya autoridad moral había reemplazado a la de la madre prematuramente desaparecida. Pero la situación había cambiado ahora y la suerte adversa asediaba a los patriotas. Las rivalidades de Marino que, celoso del Libertador, se negaba a colaborar con este, le restaban una ayuda tanto más necesaria cuando el ejército realista estaba rehaciéndose con grandes refuerzos. Sobre todo, el feroz Boves que, ofreciendo a los llaneros un rico botín, había conseguido formar una nutrida caballería que arrollaba a su paso como una verdadera “legión infernal”. Después de alcanzar una brillante victoria en Carabobo (donde siete años más tarde se sellaría la independencia de Venezuela) Bolívar fue vencido por Boves en La Puerta y, en vista de la imposibilidad de cerrarle el camino de la capital a los realistas, el Libertador decidió

la evacuación acompañando a los habitantes que quisieran seguirlo a las regiones del este rumbo a Barcelona.

Fue esta una de las marchas más penosas que la historia recuerda. En plena estación de las lluvias los caminos agrestes y escarpados se hacían intransitables; los riscos, convertidos en despeñaderos; la selva, impenetrable en su espesura, y a esto había que agregar las condiciones de los fugitivos entre los que iban mujeres y niños que en su vida habían pasado más allá de los alrededores de la capital, seres delicados acostumbrados a la vida muelle y retraída. Muchas mujeres, rendidas por el hambre y la fatiga, caían en una desesperación rayana en la locura. Entre ellas iban las hermanas de Bolívar y María Antonia, siempre animosa, era un ejemplo vivo del espíritu heroico sobreponiéndose a las flaquezas corporales; atendía solícita a sus compañeras procurando aliviarlas en lo posible y, recordándoles los días de gloria, las incitaba a resistir reafirmando su fe en la victoria final. El Libertador, que marchaba apesadumbrado abriendo el camino, al mirarla se sentiría levantado por el orgullo de su estirpe...

Los ideales democráticos de María Antonia Bolívar, que la hacían estimar la libertad de los pueblos por sobre todas las ambiciones humanas, se proyectaron siempre como una conciencia reveladora a lo largo de la carrera del Libertador para recordarle su juramento de 1814: "Libertador o muerto".

Después de Ayacucho, cuando consumada la independencia de Suramérica Bolívar se hallaba en el apogeo de

su fama, María Antonia le escribe desde Caracas al Perú¹⁹: “Mandan ahora un comisionado a proponerte la corona. Recíbelo como merece la propuesta, que es infame, y parto de las potencias de Europa, a ver si concluyen con nuestra existencia miserable a manos de los partidos, pero di siempre lo que dijiste en Cumaná en el año de 1814: que serás “Libertador o muerto”. Ese es tu verdadero título, el que te ha elevado sobre los hombres grandes y el que te conservará las glorias que has adquirido a costa de tantos sacrificios. Detesta al que te proponga corona porque ese procura tu ruina. Acuérdate de Bonaparte e Itúrbide y de tantos otros que tú no ignoras; estoy bien satisfecha de tu modo de pensar y te creo incapaz de permitir semejante cosa, pero no puedo menos de declararte los sentimientos de mi corazón por el interés que tengo en tu felicidad”.

Pocos documentos conservará la historia tan hermosos y llenos de elevación moral como la carta transcrita, en la que la ternura maternal de una hermana, apelando unas veces al juicio de la historia y tocando otras, con ese tacto exquisito genuinamente femenino, los resortes más íntimos de la conducta humana, procura alejar de un hombre célebre las múltiples tentaciones que el poder le ofrece desde su elevada posición.

Considerando que las leyes son esenciales en el funcionamiento de los estados democráticos, en otra carta²⁰ le recuerda: “También es preciso se piense en el código de leyes que deben

19 *Cartas del Libertador*, tomo V, pp. 225-227. Fechada en 30 de octubre de 1825.

20 *Idem*, fechada en 26 de junio de 1825.

gobernar". Y con una clara visión política opina "que no sean estas (las leyes) generales para todas las repúblicas, sino cada una análoga y conforma al país, clima y costumbres donde deban regir", por lo que lo felicita más tarde "por la instalación del Congreso de Perú" y al mismo tiempo le informa de la favorable reacción que ha producido en la opinión pública de su país su gesto de desprendimiento: "Por acá se ha celebrado mucho la renuncia que hiciste del millón de pesos que te dieron los peruanos, particularmente los extranjeros".

Durante sus largos años de ausencia ella fungió como la delegada del Libertador para velar por la suerte de sus antiguos camaradas de armas que enfermos o pobres solicitaban su ayuda, así como para atender a las viudas o huérfanos de los que habían muerto por la patria. En unos casos intercedía ante el gobierno para que les hicieran justicia, pero otras veces, cumpliendo sus indicaciones, los favorecía con las rentas de las propiedades que ella le administraba, que casi se consumían en estas atenciones.

María Antonia Bolívar desempeñaba su noble ministerio sin ostentación alguna, ajena a las envidias que la asediaban y sin mezclarse jamás en las luchas de partidos que desgarraban su país. Nunca se le ocurrió emplear la influencia de su hermano para obtener ventajas para ella o para sus hijos y allegados, mientras vivía con el dolor de ver como otros se dedicaban a destruir la obra del Libertador por causa de la ambición.

Quizás si Bolívar siguiendo sus consejos hubiera apresurado su vuelta de Perú, aquella concepción grandiosa de la Gran Colombia no se habría desmoronado tan pronto a los embates de la anarquía y el caudillismo. Ella lo advirtió a

tiempo (30 de octubre de 1825): “Esto está muy necesitado de tu presencia: hay mil picardías y partidos, pero en el momento que te presentes desaparece todo” y poco después: “No dejes de venir, mira que es indispensable tu venida aquí, la estás retardando mucho de modo que después será difícil la curación de un mal envejecido”.

Teresa del Toro, la esposa malograda

A los diecisiete años Bolívar era un joven elegante y divertido que mataba sus ocios en la frívola vida de sociedad de la corte madrileña, muy lejos todavía de la senda de sacrificios y renunciamentos que han de recorrer los que dedican su vida a la liberación de los pueblos. Sus inquietudes de adolescente, no encontrando cauce en que volcarse, rebullían sin objeto en su alma apasionada.

Fue entonces cuando se interpuso en su camino una joven delicada y gentil, que en su gracia lánguida le recordaba el encanto de las criollas de su tierra. María Teresa del Toro, aunque nacida en España, era de rancia estirpe caraqueña y por su educación y sus maneras pertenecía al círculo de aquella sociedad colonial.

El amor de Teresa del Toro, haciéndolo reaccionar contra “la vida licenciosa, pervertida y falsa de la corte española”²¹ significó para Bolívar como una revelación de la patria lejana, de la que se había distanciado no solo física sino espiritualmente.

Apenas obtuvo el consentimiento del padre de ella, don Bernardo del Toro, quien se opuso en un principio objetando

21 Thomas Rourke: *Bolívar: el hombre do la gloria*, p. 31.

la extremada juventud del novio, Bolívar se desposó con María Teresa a fines de mayo de 1802 e inmediatamente embarcó para Venezuela, soñando con el hogar que iba a fundar en la hacienda de sus mayores.

En el camino de la capital encontraron algo que hizo estremecer de horror a los recién casados y ella, tan delicada y pálida, estuvo a punto de desvanecerse ante la visión del blanco esqueleto de José España que colgaba encerrado en una jaula de hierro. La patria los saludaba mostrándoles uno de sus hijos que había muerto por su libertad.

En Caracas fueron recibidos con grandes agasajos por la sociedad aristocrática a que ambos pertenecían, siendo ella sobrina del marqués del Toro, uno de los hombres más ricos e influyentes de la Colonia. Pero, para ilustrar el cambio que había operado en Bolívar este amor, bástenos decir que rehuyendo fiestas y ceremonias se apresuró a disponerlo todo para instalarse con su esposa en su hacienda de San Mateo. Allí, en contacto con la libre naturaleza, Bolívar se sentiría echar raíces en su tierra.

Interrumpiendo bruscamente todos estos planes y ensueños, María Teresa cayó víctima de una fiebre tropical y, aunque trasladada a Caracas donde la trataron los mejores médicos del país, falleció el 22 de enero de 1803 dejando al joven viudo sumido en la desesperación.

Refiriéndose a la muerte de su esposa, Bolívar dijo más tarde que había sido un acontecimiento decisivo en su vida y su carrera y que para aliviar el dolor causado por tan grande pérdida su espíritu se volvió hacia los problemas de su país,

naciendo entonces su determinación de dedicar su vida a la causa de la libertad americana.

Contrariamente a lo que opinan algunos biógrafos de Bolívar²² no creemos que tal declaración haya sido un mero acto de exhibicionismo o autodramatización. Reacción típica de un alma adolescente que ve desaparecer de pronto lo que constituía el único objeto de su vida en ese momento, sublimaría el dolor de la amada muerta en otro ideal que llenara el vacío de un espíritu que se buscaba a sí mismo.

Comprendiendo que en su propia patria nada podría hacer por el momento, Bolívar embarca de nuevo para Europa.

Después de un dramático encuentro con su suegro a su llegada a Bilbao, Bolívar se dirige a Madrid. Los suramericanos allí residentes habían constituido logias y sociedades secretas para trazar planes para la emancipación y Bolívar se asoció a ellos tomando parte en sus reuniones. En estas trabó relación con Francisco Zea, neogranadino compañero de Nariño (el traductor de Los derechos del hombre); con el quiteño Carlos de Montúfar y con los caraqueños Mariano Mantilla y José Félix Ribas. Pero a fines de 1803, advertido el gobierno español de estas reuniones sediciosas, tomó el acuerdo de expulsar a todos los suramericanos de Madrid.

Bolívar decide entonces trasladarse a París, la capital de la Francia revolucionaria que había dictado al mundo la nueva doctrina de la libertad de los pueblos y los individuos.

22 Rourke, *op. cit.*, pp. 34-36.

En París, joven, rico y distinguido, fue acogido favorablemente en los salones donde se reunían los elementos más prominentes de la capital francesa. Sobre todo, en las tertulias de Fanny Trobriand du Villars, parienta suya lejana cuyo marido se hallaba en Italia en misión del Primer Cónsul, y que se prestó a convertirse en lo que más podría él desear entonces: una musa romántica.

Fanny du Villars, la musa romántica

Fanny era siete años mayor que Bolívar, bella, inteligente y comprensiva. Empezó por ser su confidente en la pena de amor que lo embargaba y para distraerlo leían juntos las últimas obras literarias, algunos de cuyos autores frecuentaban sus propias tertulias. El amor que así iba surgiendo adquiría un tinte novelesco muy de acuerdo con el ambiente en que se desenvolvía.

En los salones de Fanny se reunían distinguidos hombres de letras como Chateaubriand, políticos de la talla de Talleyrand, los mariscales Ney y Oudinot y el gran sabio alemán Alejandro de Humboldt. Se cuenta que Bolívar sostuvo un cambio de impresiones con Humboldt sobre los problemas de Suramérica, a la que este acababa de visitar, y que al preguntarle si juzgaba a aquellos países maduros para la independencia, el observador viajero asintió manifestando que solo les hacía falta un caudillo...

Por esta época volvió a encontrar Bolívar a su viejo maestro Simón Rodríguez, que le dio sanos consejos señalándole la necesidad de trazarse un plan de vida útil y fecundo. Pero si bien es verdad que la inspiración se la dio su maestro, al llevar

adelante estos propósitos pesó mucho la influencia de Fanny que lo instó a perseverar colaborando con él.

Cuando comentaban a Rousseau y a Montesquieu, analizando problemas políticos y sociales, ella sentía gran satisfacción al verlo concebir a su lado grandes ideales, consciente de su “papel de mujer amante, inspirando y alentando a un espíritu joven y brillante por la senda de elevados pensamientos, de hermosos sueños y de hechos grandiosos”²³.

Al cabo de este período de preparación, Bolívar decide recorrer Europa en compañía de Rodríguez. Al pasar por Italia hizo su célebre juramento del Monte Sacro prometiendo libertar su patria de la tiranía española.

La musa inspiradora, que esperaba ansiosa su llegada, solo recibió entonces una visita de despedida que ponía fin a las relaciones que durante dos años habían sostenido. Sola en su palacio recordaría aquellos hermosos sueños de gloria que ella había visto nacer y, como humana al fin, se dolería ahora egoístamente de que lo arrebatasen de su lado.

Manuelita Sáenz, la Libertadora

De todas las mujeres que pasaron por la vida de Simón Bolívar, Manuela Sáenz fue probablemente la que mayor dominio llegó a ejercer sobre él. Lo que se debe a que el Libertador encontró en ella no solo una mujer de poderosos atractivos, sino también —como ha dicho Ludwig— “un amigo de espíritu superior”²⁴.

23 Rourke, *Op. cit.*, p. 41.

24 Emil Ludwig: *Bolívar: el caballero de la gloria y de la libertad*, p. 242.

Al entrar vencedor en Quito, en medio de las aclamaciones de todo un pueblo, Manuelita Sáenz le arrojó desde su balcón una corona de laurel. En la recepción que aquella noche se celebraba en su honor en el Palacio de Gobierno le fue presentada la belleza quiteña y pasaron juntos toda la fiesta entregados al baile, que era una de las pasiones favoritas del Libertador.

Manuelita Sáenz había nacido en Quito a finales del siglo anterior y recibido educación en un colegio de monjas de esa misma ciudad. Al casarse con el médico inglés Jaime Thorne pasó a residir a Lima, donde giró en el ambiente de libertad de costumbres que imperaba en la brillante sociedad de la capital del Virreinato de Perú. Desde los principios de la revolución se dedicó a trabajar por la causa de la independencia, habiendo recibido del general San Martín la orden de las Caballerías del Sol. Vuelta a su patria tuvo lugar el encuentro con Bolívar a que antes hemos hecho referencia.

El amor de aquel hombre genial fue para ella desde entonces el hecho decisivo de su vida. Haciendo caso omiso de “las convenciones inventadas por los hombres para atormentarse a sí mismos” —según sus propias palabras— abandonó la posición segura de su hogar para seguir los azares de aquella gloriosa aventura.

Manuelita Sáenz, aunque muy femenina en sus afectos y en su trato íntimo, tenía un temperamento heroico de amazona. Era una jinete consumada y sabía manejar el sable y las armas de fuego con certera precisión.

Sentía el orgullo de reinar en el corazón del Libertador de la América y quiso ser también la compañera de sus campañas. Vestida con el uniforme de dragón y armada de una lanza acompañó a Bolívar durante la guerra de Pasto hasta que vio anulado completamente el poder realista en esta región. En las cargas se batía valerosamente junto a los soldados, que la conocían por “la Libertadora”.

Al embarcar para el Perú Bolívar dejó tras sí a Manuelita, quizás sintiendo que este amor lo iba atando demasiado. Pero ella no permaneció inactiva en Quito y se dedicó a fiscalizar la marcha política del país. Con ocasión de haber estallado un motín se le presenta la oportunidad de demostrar todo el empuje y la resolución de que era capaz y poniéndose al frente de un escuadrón de caballería dominó la situación en la plaza y en las calles de Quito. Ricardo Palma, que la conoció ya anciana en 1856, todavía encontraba que en el acento de la Señora había algo de la mujer superior acostumbrada al mando”²⁵.

Durante el tiempo que dura esta separación Bolívar se debate entre dos sentimientos encontrados. Unas veces trata de romper definitivamente y le dice a Manuelita que en vista de que nunca podrán unirse “bajo los auspicios del honor”, el mejor partido para ella es volver al hogar donde la espera su esposo dispuesto a perdonarla, pero acto seguido le encarece la necesidad de su presencia.

En medio de la situación turbulenta de Perú, donde las traiciones menudean y las luchas de partido presentan un

25 Ricardo Palma: *Tradiciones peruanas*, tomo IV, p. 166.

obstáculo casi insuperable a la obra de gobierno del Libertador, Manuelita es para él un refugio en las horas de desaliento y una persona de confianza probada tan necesaria a un hombre agobiado de responsabilidades. En la sociedad limeña era generalmente recibida con el homenaje que se le hubiera tributado a la esposa legítima del Libertador. Por las noches el General acostumbraba reunir en su mesa a los oficiales más distinguidos y Manuelita, ataviada con el refinado gusto de una gran dama, solía hacer los honores de la Resta luciendo las galas de su ingenio y distinción. Sus ideas eran muy progresistas y se la tachaba de librepensadora; por su cultura sobrepasaba a la mayoría de sus contemporáneas suramericanas, siéndole familiares Tácito y Plutarco entre los clásicos.

Al acentuarse los síntomas de desintegración en la Gran Colombia, aquella concepción ideal del Libertador en la que había soñado plasmar el modelo de las federaciones panamericanas, decide al fin abandonar el Perú confiando en resolver con el influjo de su personalidad las rivalidades caudillísticas de Páez y Santander. Manuelita Sáenz queda en Lima, muy probablemente como un agente de confianza del Libertador encargada de fiscalizar la situación. Estalla una rebelión y tratando de sofocarla penetra disfrazada de hombre en uno de los cuarteles para hacer reaccionar un batallón. Pero esta vez no tiene éxito como en Quito y el nuevo gobierno la obliga a abandonar el país.

En Bogotá vuelven a reunirse, donde Bolívar, decepcionado ante el cuadro político de la América que representa el fracaso

de su obra, necesita de ella mees que nunca para que su “cálida vitalidad” lo ayude a disolver “la escarcha de los años”²⁶.

Instalados en la quinta de Portocarrero, hermosa residencia campestre que recibiera como un obsequio del pueblo colombiano a raíz de Boyacá, seis años atrás, el Libertador parece disfrutar al fin de la existencia idílica a que aspiraba al cabo de una juventud consagrada por entero a la causa americana.

Mas la quinta de Portocarrero es solo otro breve paréntesis en la agitada existencia del Libertador. Se va a reunir la Convención Constituyente llamada a decidir los destinos de Colombia. Esta tiene lugar en Ocaña y Bolívar se retira a Bucaramanga para contemplar desde lejos la marcha de los sucesos. La Convención culmina en un fracaso y ante la anarquía de la situación Bolívar es requerido para confiar en sus manos el poder supremo.

Desde el Palacio de Gobierno de Bogotá se esfuerza Bolívar en poner orden en el caos que amenaza adueñarse del país. Hasta allí van a buscarlo manos asesinas que pretenden tronchar un destino que ya pertenece a la Historia. Pero, al abrir la puerta —escribió Florentino González, uno de los jefes de la conjura— “nos salió al encuentro una hermosa señora con una espada en la mano, y con admirable presencia de ánimo nos preguntó qué queríamos”²⁷. Aquel día Bolívar había estado sufriendo accesos de fiebre y, como no lograra conciliar el sueño, Manuelita le había estado leyendo hasta tarde. Al sentir gritos a la puerta del Palacio comprendió de

26 *Cartas del Libertador*.

27 Ricardo Palma, *op. cit.*, tomo IV, p. 168.

lo que se trataba y miró desesperadamente a su alrededor: viendo una ventana abierta juzgó lo más oportuno la fuga y, casi obligándolo, lo ayudó a descolgarse por allí. Como los mismos conspiradores lo reconocieron luego, demostró un valor sereno inalterable; jugándose en ello la vida los engañó haciéndolos creer unas veces que defendía una puerta donde él se hallaba, indicándoles pistas faltas, hasta que juzgó que ya Bolívar habría tenido tiempo de escapar. El 25 de septiembre de 1828 Manuelita Sáenz salvó a la América de la mayor ignominia que podía haber manchado su Historia. En esta jornada fue, verdaderamente, “la Libertadora del Libertador” —palabras del propio Bolívar—.

Acrescia la gloria de esta mujer singular la magnanimidad que demostró después aun con los que más la habían ofendido, obteniendo que se le perdonara la vida a muchos conspiradores a cambio del destierro. Aunque ella, modestamente, declarara que solo había sido “el instrumento de la generosidad del Libertador”.

Pero ya Bolívar había sido “moralmente asesinado”. Apenas se reúne el Congreso en Bogotá renuncia a los poderes que se le habían conferido y se retira definitivamente de la vida pública. En la quinta de Portocarrero Manuelita se esfuerza en animarlo y cuida de su salud con una solicitud sin límites. Mas él comprende que ya no es posible rehacer su vida.

Venezuela se niega a tratar con Colombia mientras Bolívar se halle en el territorio de esta. Y el Libertador, que no quiere ser “un obstáculo a la felicidad de la República”, decide exilarse voluntariamente. Él que nunca aceptó pensiones ni el millón de pesos que le asignara el Perú, se halla ahora pobre

y enfermo. Decide dejar a Manuelita en Colombia en tanto no defina sus planes futuros y él baja por el Magdalena para dirigirse luego a Cartagena por donde ha de embarcar. No pudiendo resistir el calor de esta ciudad se traslada a Barranquilla, donde toma el navío que ha de conducirlo a Jamaica. Poco después de embarcar, su estado se agrava tanto que tiene que volver a la costa colombiana para desembarcar en Santa Marta. Al recibir estas noticias Manuelita emprende el viaje para reunirse con él. Mientras navegaba por el Magdalena se enteró de la muerte del Libertador.

Manuelita Sáenz hizo un verdadero culto de la memoria de Bolívar y se retiró a un lugar apartado, el pequeño puerto de Paíta en la costa peruana, donde vivió pobremente sus últimos años. De ella dijo O'Leary, el Edecán del Libertador, en sus *Memorias*...: "era el ser más desinteresado que he conocido"²⁸.

28 *Memorias del General O'Leary*, tomo III, apéndice, p. 423.

LA MUJER EN LA INDEPENDENCIA DE PERÚ

Antecedentes: motín de limeñas

Las limeñas se hicieron notar desde los primeros tiempos de la Colonia por su celo en defender sus libertades y en mantener sus derechos.

En una fecha tan temprana como los principios del siglo XVII, el 10 de febrero de 1601, la historia registra un motín de limeñas que hizo época, recogido por Ricardo Palma en unas páginas llenas de colorido de sus inimitables *Tradiciones peruanas*.

Si pasamos por alto lo frívolo de su causa material, la Pragmática de Felipe II que prohibía el uso de guardainfantes, jubones escotados y zapatos lujosos guarnecidos de piedras —prendas esenciales para las damas elegantes de la capital del Virreinato—, lo cierto es que la protesta iba en defensa de un derecho muy humano, como es el de vestimos en la forma que más nos guste o nos convenga siempre que no atente a la moral pública.

Pero fue tanta “la alarma y la agitación de la capital del Virreinato, que no parecía sino que se iba a armar la gorda y a proclamarse la independencia rompiendo el yugo de Castilla”, que “la Real Audiencia, después de discutirlo y alambicarlo mucho acordó dejar la Pragmática en la categoría de hostia sin consagrar. Es decir, que no se publicó por bando en Lima”²⁹.

En el capítulo dedicado a las “Precursoras de la Independencia de Suramérica” ya tuvimos ocasión de analizar la participación activa que le cupo a la mujer en la revolución de Túpac Amaru II, revolución pródiga en mártires femeninas como Micaela Bastidas, Tomasa Condomaita, Marcela Castro, que con su abnegación y estoicismo le marcaron una tradición heroica a la mujer peruana.

Joyas para la libertad

En la guerra de independencia de Perú la mujer prestó una contribución tan valiosa que San Martín pudo declarar más tarde que “sin su colaboración activa la causa de la libertad habría demorado mucho más tiempo”.

El Virreinato de Perú, centro principal de la dominación española en la América, se distinguía por su sociedad aristocrática y refinada, en la que brillaban las limeñas por su belleza y elegancia, por su trato exquisito y cortesano y por la frivolidad de las costumbres.

Sin embargo, cuando llega la hora del sacrificio estas mismas mujeres son las primeras en reaccionar al llamamiento

29 Ricardo Palma: *Tradiciones peruanas*, tomo IV, pp. 37-40.

de la patria y sin distinción de clases coordinan sus esfuerzos para luchar por la causa de la libertad.

Su primer acto es desprenderse de sus joyas, que “solo sirven para alimentar la vanidad” –según propia declaración–, para ofrendarlas al fondo militar destinado a proveer de armas a los patriotas. Angélica Zevallos, una bellísima joven de ilustre alcurnia, es la que convoca a una reunión de damas con este propósito y, mostrándoles su espléndido donativo constituido por un lote de gran valor, invitó a las presentes para que contribuyeran con “lo que estuviera en relación con su entusiasmo”.

Y en las primeras fiestas con que se celebraba la victoria de la libertad, las patriotas limeñas tuvieron a orgullo presentarse sin ninguna joya, joyas que convertidas en fusiles tanto habían significado en la adquisición de una patria libre.

Los obrajes como centro de conspiración

Las primeras reuniones de los conspiradores, que se celebraban con gran dificultad por el peligro de ser descubiertos, tuvieron el abrigo de una generosa figura femenina: María García Ciudad.

Estaba ella dedicada a una especie de comercio, los “obrajés”, tiendas en las que se expedían tejidos hechos por las indias. En esta actividad se había distinguido por su proceder justo y considerado con las humildes obreras indígenas, a las que cuidaba de remunerar con el valor preciso de su trabajo evitando que comerciantes sin conciencia las explotaran inicuaamente, como antes sucedía en las provincias apartadas por falta de una sucursal o representante en la capital.

Las visitas numerosas a su comercio no despertaban sospechas por lo mismo que se trataba de artículos muy solicitados por su fina calidad y las indias podían traer y llevar comunicaciones al mismo tiempo que iban a vender los tejidos hechos por ellas.

Las reuniones preparatorias de los primeros movimientos revolucionarios tuvieron también muchas veces albergue en Lima y luego en Trujillo –a donde se trasladaron por razones de seguridad– en la mansión de los marqueses de Bellavista, auspiciadas por el entusiasmo patriótico de una noble dama: Rosa Cavero y Tagle de Cavero y Muñoz. Revolucionaria ferviente, no vaciló en exponer la tranquilidad de su hogar por prestar su ayuda, aun sabiendo que los sospechosos eran sometidos a las más severas represiones. Al mismo tiempo, su clara inteligencia estaba ocupada incesantemente en el estudio de los planes revolucionarios, que muchas veces se combinaron –según Elvira García³⁰– “siguiendo sus consejos e indicaciones”.

Propaganda y espionaje

El servicio de propaganda y espionaje que llevó a cabo la mujer peruana fue una de sus contribuciones más eficaces al triunfo de la revolución.

Como el Virreinato de Perú era el baluarte más fuerte de la dominación española en América, donde el poder colonial concentraba sus más poderosos recursos, era necesario, como

30 Elvira García: *La mujer peruana a través de los siglos*.

paso previo a su vencimiento, minar los cimientos morales de esta fortaleza.

Atraer prosélitos, convencer a los vacilantes, formar un ambiente favorable a la causa, son misiones para las que está especialmente dotada la mujer. Su fina intuición, su tacto. exquisito, sus grandes dotes diplomáticas, unidos al ardor y a la actividad que pone en todo lo que acomete, hacen de ella un instrumento incontenible en la propagación de la llama revolucionaria.

Las damas peruanas, acostumbradas a desarrollar las dotes de su carácter en una sociedad brillante y mundana, se lanzaron a la revolución con las armas más formidables de lo eterno femenino.

Brígida Silva de Ochoa

Brígida Silva de Ochoa es solo una de las que encabezan la lista que podía hacerse interminable de relatar.

En los tiempos del Virrey Abascal, cuando se empieza a sentir el murmullo de las primeras rebeldías, se hacen numerosas detenciones entre los que se cuentan Mateo y Remigio Silva. Su hermana doña Brígida, que no despierta sospechas porque su hijo Manuel Ochoa presta servicios como oficial del cuerpo del rey, aprovecha la entrada franca que tiene en la fortaleza para servir de intermediaria entre los detenidos y las fuerzas patriotas, trayendo y llevando comunicaciones de gran valor para la marcha de la revolución.

Al mismo tiempo, desplegaba una intensa labor de propaganda encargándose de repartir los boletines de Paredes y García entre los vecinos de la capital. Con audacia y habilidad

inauditas entregaba estos por las calles y las iglesias, desafiando la estrecha vigilancia de las autoridades coloniales.

A raíz de la victoria de Chacabuco en Chile, San Martín envió un emisario al Perú con el propósito ostensible de negociar un intercambio de prisioneros y acordar la regularización de la guerra con el Virrey, pero su verdadero objetivo —como indica Mitre³¹— era establecer contacto con los patriotas peruanos y obtener el mayor número posible de datos sobre el estado político y militar del Virreinato. Encargó de esta comisión al Mayor argentino Domingo Torres, pero al llegar este a Lima el Virrey ordenó que lo mantuvieran incomunicado en la fortaleza de la ciudad mientras duraran las negociaciones, medida de precaución que parecía echar por tierra todos los planes de San Martín.

Allanando todas las dificultades entra entonces en escena doña Brígida Silva, que se presta a servir de intermediaria entre Torres y los patriotas peruanos, a los que transmite las instrucciones de San Martín y la palabra de orden convenida y a su vez entrega a Torres datos completos sobre las fuerzas que guarnecían el Perú, la situación de los arsenales y parque y los planes del Virrey.

Apenas desembarca San Martín en el Perú dirige desde Pisco una proclama “al sexo bello peruano”, en la que exhorta a las peruanas a que le presten su valiosa ayuda para llevar a buen término la lucha por la independencia.

31 Bartolomé Mitre: *Historia de San Martín y de la emancipación sudamericana*, tomo III, pp. 258-259.

La mujer peruana no se mostró remisa a la llamada del héroe argentino. Y el general San Martín tuvo siempre en ellas sus más entusiastas y decididas colaboradoras.

A pesar de ser San Martín sobre todo un genio militar, es notorio que en sus campañas de Perú empleó más las armas de la diplomacia que las de la guerra, hilvanando sus planes de acuerdo con un bien organizado servicio de propaganda y espionaje en su mayor parte femenino.

Los sutiles hilos de esta red estaban tendidos a través de todas las capas sociales, uniendo en estrecha connivencia a la dama más encopetada con la humilde mujer del pueblo en el común anhelo de libertar a la patria. Tal es el caso de Melchora Balandra y Juana Manrique de Luna.

Melchora Balandra y Juana Manrique de Luna

Melchora Balandra era una india miserable y rústica, miembro de la raza que en otros tiempos formara el floreciente imperio del Tahuantisuyo y que fuera reducido al estado de paria por la explotación de los conquistadores. Si en la superficie parecía un ser indiferente o impasible, abandonado al fatalismo de su destino, en su alma latía un profundo amor a la libertad que solo esperaba la ocasión propicia para manifestarse.

Un día recibió Melchora una visita inesperada. La distinguida dama Juana Manrique de Luna quería tener una entrevista con ella, recomendándole la mayor reserva. Sorprendida en un principio no se le ocurría en qué podría servir ella a tan ilustre señora, pero en seguida surgió el entendimiento entre ambas al tratar de los problemas de la patria. La señora Manrique era una de las encargadas de mantener en comunicación a las fuerzas patriotas con la capital y debía enviar

regularmente los partes de los movimientos del enemigo. El hijo de Melchora, José Olaya, tenía un comercio de pescado por cuyo motivo hacía frecuentes viajes a la costa, pudiendo servirles de mensajero sin despertar sospechas. La madre no vaciló; aunque tenía en él su único sostén, su única alegría, bastaba que pudiera serle de utilidad a la patria para que ella estuviera dispuesta a ofrendarlo.

“Heroína anónima –como acertadamente la llama Elvira García– su acción estuvo encamada dentro de la de su hijo, siguiéndolo pacientemente y ayudándolo en cuanto podía en medio del más grande silencio, y de la más grave prudencia, que jamás comprometió ninguno de los actos que debían realizarse”.

En uno de los viajes que hizo José Olaya en su canoa a la isla de San Lorenzo llevó valiosos informes sobre las unidades de la escuadra española fondeadas en el puerto del Callao, cumpliendo así las instrucciones que había recibido de Juana Manrique de Luna. Con estos datos pudo el almirante Cochrane combinar su atrevido plan de ataque y abordar una noche por sorpresa la fragata Esmeralda, logrando apoderarse de ella.

Pero a pesar de todas las precauciones y el secreto con que estas comisiones se llevaban a cabo, llegó un día en que la vigilancia española descubrió al mensajero de los patriotas. José Olaya y su madre fueron detenidos, intimándoseles a que hablaran bajo las más terribles amenazas. Nada pudo quebrantar la lealtad de su silencio. El hijo subió al cadalso y ella fue encarcelada. Melchora Balandra contempló impasible la consumación del sacrificio con gesto espartano. En sus labios estaban mudas las palabras que hubieran podido salvarlo.

Rosita Campusano, la Protectora

Rosita Campusano, llamada “La protectora” por las relaciones que, según la tradición, sostuvo con San Martín –el Protector de Perú–, desempeñó un papel importantísimo en el desarrollo de la política de atracción y espionaje preconizada por este. Aunque guayaquileña de nacimiento, puede considerársele entre las peruanas por el medio en que giró y en el que se desarrollaron sus actividades desde los primeros años de su juventud.

Al comenzar las reuniones preparatorias de la conspiración Rosita se mostró desde un principio entusiasta de la independencia, siendo su tertulia frecuentada por figuras notables como Mariátegui, Boqui, el caraqueño Cortínez y el marqués de Villafuerte.

La bellísima cortesana, que se trataba con figuras prominentes del gobierno colonial, tenía múltiples ocasiones a su alcance para estar al tanto de los planes y manejos de las autoridades.

Según nos cuenta Ricardo Palma³², hasta el propio Virrey La Serna se llegó a contar entre los que quemaban el incienso del galanteo ante la linda Rosita y no pocos secretos de los planes realistas pasaron así desde su casa hasta el campamento de los patriotas en Huaura.

Otro dato que nos ofrece el autor de las *Tradiciones...* se refiere a la defección del batallón realista Numancia, formado de tropas escogidas y criollos en su mayor parte, que se incorporó

32 Ricardo Palma, *op. cit.*, tomo IV, pp. 37-40.

al ejército rebelde hiriendo de muerte el poder español en el Perú. En estas intrigas figuró Rosita Campusano. Según parece, el capitán del batallón don Tomás Heres estaba irresoluto y no acababa de acceder a las insinuaciones de los amigos que querían atraerlo al partido patriota. Y, concluye Palma, “los encantos de doña Rosa acabaron de decidirlo”.

Cuando se habla de las comisiones secretas y de la labor de propaganda con que San Martín llevó a cabo su “batalla” de Lima, obligando al Virrey La Serna a evacuar la capital ante la hostilidad del pueblo, no pueden olvidarse las figuras de las “hermanas heroicas” y de Manuela Estacio.

Permítasenos ahora un breve paréntesis para analizar esta política de San Martín a la luz de los sistemas actuales. En cierto sentido se le puede considerar como un precursor de las prácticas “quintacolumnistas” que tan gran papel desempeñaron en la invasión de Europa por el nazismo; aunque, desde luego, sus fines hayan sido diametralmente contrarios: el nazismo, para esclavizar, y San Martín para despertar en el pueblo peruano el amor a la libertad y la conciencia de lucha para alcanzarla.

Juana y Candelaria García, las hermanas heroicas

Juana y Candelaria García, conocidas por “las hermanas heroicas”, tenían a su cargo el reparto de los impresos en que se incitaba a los vecinos de Lima a cooperar con los libertadores, lo que dio por resultado numerosas desertiones entre los oficiales y clases criollos, así como la formación de un ambiente tan hostil a los opresores que hizo imposible el mantenimiento del gobierno virreinal en Lima. Descubiertas

en su tarea por la delación de un traidor, fueron conducidas a la cárcel donde las sometieron a los más crueles tormentos, pero todo lo soportaron con verdadero estoicismo, sin que de sus labios escapara la menor frase que pudiera comprometer el secreto fue se les había confiado.

Manuela Estacio

Otra hábil colaboradora de San Martín fue Manuela Estacio que, en medio de la estrecha vigilancia reinante, “consiguió desempeñar comisiones secretas que ningún hombre habría podido poner en acción”³³.

Al entrar San Martín en la Capital proclamando la independencia de Perú, es aclamado jefe del gobierno con el título de Protector y en seguida hace justicia a las patriotas creando la “Sociedad Peruana de Damas” para condecorar a las mujeres que tanto lo habían ayudado.

No faltaron mártires en esta legión de peruanas revolucionarias, que supieron morir con entereza por la causa que habían abrazado sin que el castigo fuera capaz de hacerlas flaquear en lo más mínimo.

La mártir Andrea Parado de Bellido

Andrea Parado era una hermosa joven india, que al casarse con el español Mariano Bellido formó un modesto hogar al que ambos contribuían con el esfuerzo de su trabajo. Su negocio consistía en una organización de correos o “chasquis” que se

33 Elvira García, *op. cit.*

encargaban del servicio de la correspondencia entre los pueblos del Virreinato.

Su hijo Tomás se había alistado como voluntario en el ejército patriota del general Arenales, en el que se distinguía por el temple de su carácter, resultado de la educación materna.

En un momento difícil de la lucha, cuando los planes de San Martín habían sufrido un serio descalabro al ser sorprendidas las fuerzas de Tristán por el ejército realista de Canterac, los españoles ocuparon el pueblo de Huamanga (Ayacucho) donde se hallaba Andrea. Sabedora esta de que el general Carratalá iba a restar de allí fuerzas para exterminar el ejército patriota de Quirós, acampado en Paras, dictó una carta dirigida a su esposo —ella no sabía escribir— en la que lo ponía al corriente de la situación para que advirtiera a los libertadores.

Por desgracia, el chasquis o indio portador de esta carta se hizo sospechoso a unos peruanos reaccionarios a la entrada del pueblo de Paras, los que fingiendo pertenecer a su causa se apoderaron de la comunicación. Sin embargo, el indio pudo dar cuenta del mensaje verbalmente, lo que permitió a Quirós conocer el movimiento de los realistas y, en vista de su inferioridad numérica, se retiró hacia lea a unirse al general Tristán.

Cuando al general Carratalá le fue entregada la carta de Andrea, montó en cólera al ver frustrados sus planes por una mujer y mandó a un grupo de soldados a que rodearan la casa de la familia Bellido encareciéndoles que no podían dejar que se les escapara en modo alguno.

La carta intrigó al general realista por la diferencia de letras entre la firma, hecha por la mano de Andrea, y el texto del mensaje.

Una vez detenida la sometieron a toda clase de amenazas y violencias, siguiendo la tradición inquisitorial española, para que revelara quién le había escrito la carta, a lo que ella se negó diciendo que no podía traicionar al que le había prestado un servicio a su patria.

Entonces le leyeron su sentencia de muerte “para ejemplo y escarmiento de la posteridad”, “por haberse rebelado en contra del Rey y Señor de Perú”.

Ante la expectación del Tribunal recibió su sentencia con una serenidad y calma tales, que los jueces quedaron desconcertados, ya que ellos esperaban que el temor a la muerte haría vacilar a esa mujer.

La ejecución se rodeó del mayor aparato posible para tratar de impresionarla. La pasearon por las calles de la plaza mayor y en cada esquina un pregonero leía la sentencia en forma declamatoria, agregando que le perdonarían la vida si descubría a las personas que ayudaban a la revolución. Sabiendo que era muy devota le enviaron un sacerdote para que la confesara y tratara de convencerla para que declarara, ante lo cual ella permaneció inmutable, hecho digno de admiración en una mujer ignorante que había sido iniciada en la religión con todo el fanatismo imperante en aquella época.

Ante el pelotón de fusilamiento no quiso que le vendaran los ojos y, cuando los soldados le apuntaron, gritó un viva estentóreo al Perú libre e independiente, que fue interrumpido por el seco estallido de los tiros que desplomaron aquel débil cuerpo cuyo espíritu nada pudo doblegar.

Cuando después de la conferencia de Guayaquil San Martín se retira de la vida pública en la América, dejando en manos de Bolívar los problemas de Perú, el Libertador halla en las peruanas la misma acogida entusiasta y la estrecha cooperación que antes ofrecieron al Protector. Así fue que cuando el Congreso, una vez sellada la independencia en la victoria de Ayacucho, crea la medalla de honor de Bolívar para premiar los servicios patrióticos, tuvo que hacer extensiva esa distinción a la mujer y fueron muchas las peruanas que la merecieron por su valor y abnegación.

UNA GUERRERA DE LA INDEPENDENCIA DE BOLIVIA

La coronela Juana Azurduy de Padilla

Si hoy, con la emancipación de la mujer y su invasión a todas las esferas de la actividad humana, nos resultan novedosas las mujeres guerreras de esta segunda guerra mundial, muy difícil le será a la gran mayoría imaginar un caso de estos en el ambiente recoleto de la América colonial.

La vida de las criollas, por regla general, era lo menos favorable para desarrollar en ellas el espíritu de lucha. Criadas para limitar sus actividades al reducido círculo privado del hogar, la educación tendía a hacer de ellas seres apocados e irresolutos, destinadas a servir de adorno a los salones virreinales, por lo que su intervención en una u otra forma en los problemas de su país resultaba a todas luces impropia para el espíritu de su época.

Por eso resalta como un caso singularísimo la figura de la coronela Juana Azurduy de Padilla, la temible guerrillera cuyas hazañas en la guerra de independencia del Alto Perú la hicieron famosa en el primer cuarto del siglo XIX. Puede

considerársela, en verdad, una precursora de las guerrilleras actuales como las “partisans” que han peleado bajo las órdenes de Tito en Yugoslavia, defendiendo, como la mujer americana de entonces, el derecho de los pueblos y los individuos a gozar de los bienes sagrados de la libertad.

De Juana Azurduy se cuentan algunas anécdotas que muestran su afición a los ejercicios físicos y sus gustos “varoniles” desde los días de su niñez y de su adolescencia, lo que no fue capaz de doblegar ni siquiera un largo pupilaje en el convento de Santa Teresa de Chuquisaca (hoy capital legal de la República de Bolivia con el nombre de Sucre), ciudad donde nació y se crio nuestra heroína.

Aunque perteneciente a la clase criolla adinerada, Juana Azurduy tenía en sus venas sangre de los quechuas del altiplano mezclada con la española, resultando así una “chola” o mestiza enlazada a la raza valiente de las seguidoras de Túpac Amaru II, las cuales morían al ser sofocada esta revolución por el año en que Juana nació.

Salió del convento en 1802 para contraer matrimonio con Manuel Ascensio Padilla, hombre de carácter tan inquieto y decidido como ella. Tomando un partido francamente democrático vuelcan juntos su interés en la controversia de las minas del Potosí, poniéndose al lado del fiscal de la Audiencia, don Victoriano de Villava, que defendía los derechos de los trabajadores frente al intendente de las minas, Francisco de Paula Sanz, que ejercía la explotación más inicua.

Actitud de la que, lógicamente, podía esperarse que formarían parte de los primeros conspiradores cuando, a raíz de conocerse en el Alto Perú la noticia de la invasión de España por los franceses y la deposición del rey, se constituye una

junta de gobierno en Chuquisaca el 25 de mayo de 1809 y es reducido a prisión el gobernador García León Pizarro, de la que se derivó el primer gobierno libre de la América del Sur con el nombre de Junta Representativa y Tuitiva de los Derechos del Pueblo que declaraba: “¡Ya es tiempo, en fin, de levantar el estandarte de la libertad en estas desgraciadas colonias!”³⁴. El Virrey de Perú envía fuerzas para reducirlos a la obediencia a las órdenes de Goyeneche y los imprevistos patriotas se ven desalojados de sus posiciones, diezmados y obligados a refugiarse en las agrestes tierras de las “yungas”³⁵.



La coronela Juana Azurduy de Padilla.
Cortesía de la revista *Figuritas*, Buenos Aires.

34 Herminio Portell Vilá: *Vidas de la unidad americana*, p. 326.

35 Yungas: nombre indígena que se aplica a las regiones de los llanos de Bolivia situados al este de los Andes y que forman parte de la cuenca del Amazonas, estando regados por el río Mamoré y sus afluentes.

Allí se organizan en guerrillas, una de las cuales inicia sus campañas a las órdenes de Ascencio Padilla, al que acompaña su esposa.

Pero Juana no se resigna al papel pasivo de compañera errante. ¿Por qué, si es una experta jinete, sabe manejar armas de fuego y se siente capaz de blandir el sable?

Y como una patraña tutelar de los indios y peones que con ellos pelean Juana marcha al frente en los combates montada en su alazán, recogida la negrísima cabellera que corona el gorro frigio y blandiendo un largo sable (según nos la presenta Fortuny en su famoso retrato).

¡Qué contraste –pensamos nosotros– el de aquellos guerreros que con sus brillante atavíos hacían un blanco perfecto, con los soldados modernos que camuflan sus uniformes para confundirse con el terreno!

Juana fue herida en algunos encuentros, pero nunca los españoles lograron retenerla prisionera gracias a su presencia de ánimo y a su habilidad para escapar. Ella era siempre la última en flaquear cuando la retirada se imponía en virtud de la inferioridad numérica y cuando veía decaer a los guerrilleros se lanzaba a la carga gritando: “A mí, los leales”, sabiendo que estos, que la adoraban, no la dejarían exponerse sola. Así formó su propia partida, la de “los leales”, de la que fue nombrada comandante por el general argentino Belgrano que operaba de acuerdo con ellos en la región fronteriza del Alto Perú y la Argentina. El propio Belgrano había sido testigo de su valor en la batalla de Ayohuma, desgraciado revés de los patriotas, donde Juana se batió heroicamente protegiendo

el ala derecha del ejército de aquél, por lo que Belgrano le confirió un sable de honor.

Por entonces Ascencio Padilla, ascendido a teniente coronel de los ejércitos argentinos, contaba a su esposa como su auxiliar más valioso en quien podía delegar cualquier misión en la seguridad de que sería llevada a cabo por arriesgada que fuera. No por esto deja de tener en ella una esposa tierna y apasionada, que le da hijos en las breves treguas del rudo batallar.

Juana quería a sus hijos entrañablemente y velaba por su seguridad con el mayor cuidado. Pero en una ocasión, perseguidos de cerca en la cañada de Segura tiene que remontarse al páramo con ellos en brazos para huir del enemigo y allí, refugiados en una cueva, pasó por el trance de verlos morir por las privaciones sufridas.

Ahogando su dolor de madre vuelve al combate como una leona herida. Se bate fieramente en la primera línea de peligro, sin descanso, para no pensar...

En estado de su hija Luisa se hace cargo de dirigir la artillería y ella misma maneja un cañón para ayudar a su esposo, sitiado en el cerro de las Carretas, hasta que el enemigo se ve precisado a retirarse. Donde se cumplió la sentencia de la Biblia: "Jehová hará algo nuevo: hará que una mujer proteja a un hombre".

En la hacienda del Villar, cuya defensa le fue confiada por su esposo al ir este a reorganizar sus fuerzas al Chaco, obtiene un brillante triunfo sobre la columna del coronel Herrera con sus veinte rifleros y doscientos honderos. Este coronel, que había sido ya su contrincante en un frustrado

ataque a Chuquisaca donde él le mató el caballo y casi la hace prisionera, al enterarse de la ausencia de Padilla trató de sorprenderla. Pero Juana, siempre alerta, recibe al jefe realista con una terrible carga, le causa quince bajas y en una lucha cuerpo a cuerpo logra derribarlo, mientras uno de sus ayudantes pone fin a la vida del coronel.

Los españoles preparan la venganza y envían un aguerrido ejército a atacar de nuevo el puesto. Los patriotas tienen que retirarse y Padilla, viendo que la retaguardia en la que marcha su esposa ha sido cercada, corre casi solo en su auxilio. Es un acto suicida, pero logra su objetivo: Juana Azurduy, aunque herida, escapa milagrosamente. Esta vez es el hombre quien da su vida por proteger a la mujer.

Juana siente un gran vacío en su vida por la pérdida del compañero idolatrado, pero, sobreponiéndose, sigue peleando para rescatar sus despojos que son exhibidos con escarnio en el poblado de la Laguna. Frente a aquella cabeza valiente, que el tirano no logró doblegar, lanza su juramento: “Manuel, hay que continuar la lucha por la patria libre”.

Tales fueron sus hazañas que el Director Supremo de las Provincias del Río de la Plata, Puyrredón, por recomendación de Belgrano, le concedió despacho de Teniente Coronel “en recompensa a sus servicios” a la “virtuosa americana que se presta a las rudas fatigas de la guerra en obsequio a la libertad de la patria”.

Y las guerrillas mantuvieron en jaque al enemigo en lo abrupto de la Sierra y en la espesura de las Yungas hasta que los ejércitos de Bolívar llegaron a darle el golpe de gracia al poder español en la América del Sur. Justo es exaltar la

grandeza del Libertador y su Lugarteniente Sucre, el Gran Mariscal de Ayacucho, pero no por eso debemos olvidar la cooperación de otros más modestos que, como la coronela Azurduy, les prepararon el camino.

LA MUJER EN LA INDEPENDENCIA DE ARGENTINA

Antecedentes

Cuando en 1810 llega la hora propicia para la rebelión de las colonias españolas de América, ya la mujer de las provincias del Río de la Plata se hallaba preparada para secundarla por su participación en la serie de acontecimientos que condujeron a este fin.

El Virreinato del Río de la Plata había tenido que confrontar durante los años de 1808 y 1807 los ataques de los ingleses debido al estado de guerra existente entre España y la Gran Bretaña, ya que la primera estaba aliada en esos momentos a la Francia de Napoleón.

Al tener lugar la primera invasión inglesa, el Virrey Sobremonte en vez de organizar la resistencia huyó de Buenos Aires hacia el interior, refugiándose en la ciudad de Córdoba. Ante este rasgo de cobardía de sus gobernantes los criollos reaccionaron indignados. Y se cuenta que la moza de un café, encarándose con unos peninsulares que conversaban con unos

marinos británicos, les echó en cara la entrega de la ciudad diciéndoles: “De haber sabido esto, habríamos salido las mujeres a defenderla”. De no ser cierta –como la mayoría de las anécdotas–, tiene el valor de reflejar el estado de ánimo imperante en el pueblo de Buenos Aires en aquellos momentos.

Y no era boconada de aquellas mujeres. Ellas conspiraban, como todo el vecindario, para expulsar a los “herejes” –apodo con que designaban a los ingleses–. No solo trabajaban desde el hogar, incitando al esposo y a los hijos a la lucha, sino que, llegada la hora, cuando el Comandante Santiago Liniers arribó procedente de Montevideo con el ejército que allí organizara para la reconquista, ellas lo recibieron cooperando con las tropas criollas hasta alcanzar la rendición de las fuerzas de ocupación. Habiendo desembarcado el ejército de la reconquista en las inmediaciones de la capital, debía salvar un largo trayecto por los fangosos caminos de la pampa con el barro hasta las rodillas, pero vino en su ayuda una multitud compuesta de hombres, mujeres y niños, que los secundó en la difícil tarea de transportar los cañones.

El segundo ataque de las fuerzas inglesas encontró a la población de Buenos Aires preparada para la defensa bajo la dirección de Liniers, “el héroe de la reconquista”, francés que prestaba servicios a las órdenes de España.

Esta vez los ingleses lanzaron contra Buenos Aires un numeroso y aguerrido ejército para vengar la derrota anterior. No obstante, sus preparativos, la capital porteña hubiera sucumbido al ataque a no haber sido por el heroísmo con que se defendió la población en masa. Mientras los hombres luchaban en las filas por las calles, las mujeres establecieron sus cuarteles

en los balcones y en las azoteas, desde donde hostilizaron sin cesar a los invasores lanzándoles todos los proyectiles que tenían a su alcance: granadas de mano, ladrillos y piedras.

La tenaz resistencia presentada a los ingleses en el orden material contrasta con la influencia ideológica que estos ejercieron sobre el pueblo de la Colonia del Plata, abriendo ante el mismo los amplios horizontes de la libertad de comercio, la libertad religiosa y las libertades civiles y políticas.

Las Patricias de 1810

Al recibirse en Buenos Aires la noticia de la caída de la Junta Central de Sevilla en poder de las tropas napoleónicas, el pueblo exigió al Virrey Cisneros que convocara a un cabildo abierto. Reunidos en asamblea acordaron deponer al Virrey y disponer la formación de una junta de gobierno. Pero, por los manejos del partido reaccionario, cuando se celebra una nueva reunión el 24 de mayo se acuerda dejar sin efecto la deposición y se nombra Presidente de la Junta al Virrey. Las patriotas porteñas, viendo vacilar a los Patricios³⁶, dejan de lado los prejuicios y deciden actuar en la vida pública de su país.

El nombre de Casilda Igarzábal de Rodríguez Peña es ya bien conocido como alentadora de su esposo Nicolás Rodríguez Peña y por haber sido su casa la sede de las reuniones preparatorias del cabildo abierto. A la cabeza de una comisión de ilustres damas, entre las que también figuran

36 El regimiento de los Patricios estaba constituido por las milicias criollas; por extensión se aplicaba este nombre al partido de los patriotas.

Mercedes Lasala de Riglos y Ángela Castelli, va a visitar al jefe de los Patricios, don Cornelio Saavedra, y lo convence de que ha llegado la hora de la emancipación y es necesario que él ocupe su puesto al servicio de la patria.

“Conducidos dulcemente por manos femeninas”³⁷ Saavedra y Castelli se presentaron al Virrey y lo instaron a renunciar.

El 25 de mayo de 1810 asumió el poder en Buenos Aires la primera junta nacional con el nombre de Junta Provisional Gubernativa. Al frente de la misma figuraba, como Presidente, el jefe de los Patricios don Cornelio Saavedra...

Pero la Junta tienen necesidad de robustecer su posición, ya que los españoles nativos no van a consentir en abandonar sus privilegios sin resistencia. Se plantea la urgencia de reorganizar las fuerzas para emprender una expedición hacia el interior que evite los posibles contragolpes de la reacción.

Ya las patricias, que lo tienen todo previsto, se han puesto en movimiento. La caja militar encargada de sufragar los gastos de la expedición es obra de ellas. Doña Casilda Igarzábal de Rodríguez Peña encabeza la suscripción haciéndose cargo de costear el haber de dos hombres mientras dure la campaña; la siguen Francisca Silveira de Ibarrola, que ofrece a su hijo y entrega \$100, Bernardina Chavarría con \$50. Juana Puyrredón de Sáenz Valiente con seis onzas de oro y otras muchas que forman una larga lista, en la que puede advertirse que cada una trata de ayudar con lo que puede. Unas costean el haber de uno o más soldados, otras ofrecen especies como galletas,

37 Gerardo Schiaffino: “Las Patricias de 1810”. En revista argentina *Figuritas*, del 23 de mayo de 1941, No. 254, p. 5.

probablemente obra de sus manos, o confeccionan uniformes; también figuran algunas mujeres humildes, que se ganan duramente el sustento en los oficios de lavanderas, cocineras, etc., y sin embargo sacrifican una parte de sus haberes por contribuir a la revolución, como la parda Basilio Agüero que figura en la lista con dos reales...

Y no solo laboran por la causa revolucionaria las mujeres de la capital. Es un movimiento que se extiende hasta las provincias más apartadas. En cada región la mujer aporta “lo que la patria necesita y lo que ellas pueden brindar”: azúcar, ganado, fusiles y dinero van reforzando los ejércitos de la revolución procedentes de Córdoba, Mendoza, San Luis, Santiago del Estero, Tucumán y Salta.

Al pasar el ejército de Belgrano por Santa Fe, una acaudalada patriota, Gregoria Ruiz, pone a su disposición “sus haciendas, casas y criados, desde el río Feliciano hasta el puesto de Las Estacas”.

Remedios Escalada de San Martín

Cuando José de San Martín, el Teniente Coronel del ejército español que batiera a las tropas napoleónicas en Bailén, tras de abandonar una brillante carrera militar en la Península arriba a la tierra del Plata en que naciera, es recibido con recelos y sospechas por los criollos dirigentes de la revolución, que no pueden concebir los móviles que puedan haberlo impulsado a tal determinación y temen que pueda ser un espía al servicio de la reacción española.

Sin embargo, debido a la escasez de oficiales capacitados y en virtud de la recomendación de su joven compañero Carlos

de Alvear que tiene parientes influyentes en el gobierno, se le reconoce el grado con que militara en el ejército español, pero por el momento no se le confía misión de importancia hasta que se obtengan otras pruebas de su lealtad.

Nacido, según él, en un pueblecito de las Misiones llamado Yapeyú que en el momento de su llegada (marzo de 1812) ya ha desaparecido, desconocida su familia en Buenos Aires donde solo estuvieron de paso para la Península cuando él no tenía más que siete años, causa a todos profunda extrañeza que regrese a los treinta y cuatro a luchar por ideales patrióticos sacrificando por ellos la posición que se había conquistado exponiendo la vida por aquellos a los que va ahora a combatir.



Remedios Escalada de San Martín.
Cortesía de la revista *Figuritas*, Buenos Aires.

Viéndose considerado un extraño en su patria, San Martín trata de establecer relaciones con las familias porteñas en cuya sociedad está el punto focal de la vida pública de las provincias del Plata en aquellos momentos. Introducido por Carlos de

Alvear logra ser presentado en los principales salones, que se abren para sostener tertulias patrióticas o veladas en las que se recaudan fondos para la revolución.

En el salón de los Escalada conoce San Martín una linda jovencita en cuyo amable trato encuentra aquella comprensión que tanto ansía. María de los Remedios o Remeditos –como él la llamaría desde entonces– es casi una niña, puesto que apenas ha cumplido los quince años, pero su gracia soñadora cautiva al oficial curtido en las campañas militares.

Remedios Escalada, según puede observarse en los retratos que de ella se conservan, era una figurita ideal. En su cara, de óvalo fino y cutis sonrosado como un pétalo de flor, brillaban sus grandes ojos negros de mirada lánguida y soñadora; se su pelo recogía en largos bucles que caían hasta los hombros según la moda del Imperio y sobre la frente solía lucir una diadema de diamantes, que sustituyó luego por una corona de jazmines al ofrecer sus joyas para el tesoro de la patria.

Ella también se sintió atraída por el genio de aquel héroe “aun de todos ignorado” –como hace notar Ricardo Rojas³⁸ – descubriendo, con la certera intuición femenina, al hombre predestinado para cumplir una gran misión ante la Historia y, aunque comprendía claramente cuanto habría de sufrir la que fuera su compañera, no vaciló en ligar su destino al de aquel hombre “que por cierto no era un personaje de idilios”.

Desde entonces Remeditos se convierte en el hada madrina que le franquea todas las puertas al advenedizo en su patria y

38 Ricardo Rojas: *El santo de la espada*, p. 85.

él se siente confortado al calor de su hogar porteño, desde el que puede auscultar el sentir de toda una nación.

San Martín encuentra en sus suegros unos amigos leales dispuestos a prestarle todo su apoyo. Don Antonio José de Escalada goza de una sólida posición social y económica; aunque no ha militado activamente en los movimientos revolucionarios el respaldo moral que les brinda tiene gran significación. Su esposa, doña Tomasa de la Quintana, es una patriota más vehemente y decidida. En más de una ocasión ha presidido las reuniones de señoras para iniciar suscripciones con destino a la compra de armas y con gesto espartano envía a la lucha a sus hijos casi niños, Manuel y Mariano, despidiéndolos con estas palabras: “Secad las lágrimas, que la patria y la madre sean las que lloren por vosotros y no vosotros por ellas”.

Durante su noviazgo San Martín adiestró el cuerpo de los Granaderos a Caballo, el principal instrumento de sus futuras campañas; poco después de su enlace se le confía la defensa del litoral ante los amagos de invasión de la flota española y alcanza su primera victoria en San Lorenzo, su bautismo de sangre en suelo americano, donde estuvo a punto de perder la vida.

Remeditos refrena sus angustias calladamente y ya que no puede luchar a su lado, convoca a sus amigas para iniciar una donación de fusiles, actividad en la que encuentran un recurso que “siendo análogo a su constitución, desahoga de algún modo su patriotismo” —según reza la nota dirigida al gobierno—. “Destinadas por la naturaleza y las leyes a llevar una vida retirada y sedentaria, no pueden desplegar su patriotismo con el esplendor que los héroes en el campo de batalla”. En vista de ello quieren al menos contribuir armando el brazo

de los valientes, para llevar a cabo lo cual se sacrifican sustrayendo la suma necesaria de las pequeñas, pero sensibles, necesidades de su sexo.

En enero de 1814 San Martín es designado para sustituir a Belgrano en la dirección de los ejércitos del Norte, teniendo que despedirse de su joven esposa para adentrarse en la espesura de una región salvaje y apartada. El nuevo general reorganiza las fuerzas y consigue detener la invasión española que ha avanzado desde el Alto Perú al territorio argentino, dando pruebas de su capacidad militar y de su clara visión al utilizar el sistema de guerrillas, ya instaurado por los salteños conocedores de las posibilidades del terreno. Pero a los dos meses de su llegada a Tucumán ya San Martín está convencido de la inutilidad de sus esfuerzos en el Norte, como le escribe al triunviro Rodríguez Peña: “La patria no hará otro camino por este lado del Norte que no sea una guerra permanente defensiva y nada más; para eso bastan los valientes gauchos de Salta con dos escuadrones buenos de veteranos”.

Es que ya San Martín ha concebido su vasto plan continental: “Pasar a Chile y acabar allí con los godos; aliando las fuerzas pasaremos por el mar a tomar a Lima; ese es el camino y no este”. La libertad de Argentina no estará asegurada hasta que también sus vecinos estén libres del yugo español, es la grandiosa idea que San Martín quiere inculcarle al gobierno de Buenos Aires.

Como paso previo hacia este plan ha de obtener la gobernación de la provincia de Cuyo, para allí poder dedicarse a preparar el ejército de los Andes. En la consecución de este objetivo tiene San Martín el apoyo de su esposa y la familia de

esta, según puede colegirse de una carta que le dirige Posadas, el Director Supremo, en la que le refiere haber recibido la visita de los Escalada con la “gordita” —como apoda este cariñosamente a Remeditos—.

Al recibir su nuevo nombramiento San Martín envía un propio a Buenos Aires pidiéndole a su esposa que se ponga en camino. Mucho lamenta tener que arrancarla de las comodidades de la capital, pero la necesita para conquistarse la sociedad cuyana, elemento básico de su empresa.

La chiquilla mimada y aristocrática de la capital acomete la jomada de Buenos Aires a Mendoza, que era una verdadera hazaña en aquellos tiempos para una mujer, atravesando en una volanta los polvorientos caminos de la pampa, que se dilata en horizontes sin término como el mar, o los desiertos desolados cuya monotonía solo interrumpe en lontananza el paso furtivo de una manada de avestruces; expuestos en cualquier momento los viajeros al ataque de las partidas de los fieros araucanos, que procedentes de Chile o de la Patagonia realizaban a menudo incursiones por la pampa. Muchos fueron los cuidados de doña Tomasa al prepararle los avíos y las recomendaciones que le entrega el padre para los cambios de posta, pero Remeditos se siente llena de valor al pensar que va a reunirse con su esposo.

No se equivoca en sus predicciones el Viejo director, que la había conocido desde pequeña, cuando le escribe a San Martín: “Mucho partido puede ganarle con su trato el amable genio de Remedios”.

San Martín sabe aquilatar el valor de las armas femeninas y hace de su esposa su principal colaboradora, convencido

como está del lema de Belgrano: “La guerra no ha de hacerse solo con las armas, sino con la opinión”.

Para comprender la magnitud de la obra que llevó a cabo San Martín al levantar un ejército de 5.000 hombres, hay que tener en cuenta que la provincia de Cuyo era en aquella época una región pobre y casi despoblada, cuyo comercio por la cordillera prácticamente había desaparecido al volver la dominación española a Chile.

Sin embargo, la mayor parte de este contingente fue reclutado en Mendoza, donde los rancheros abandonaban sus menesteres y sus familias para ir a ponerse a las órdenes de su Gobernador. Al mismo tiempo que estas levas disminuían la mano de obra, el aprovisionamiento de la expedición exigía sacrificios cada vez mayores, ya que el gobierno de Buenos Aires también se debatía en grandes apuros por falta de recursos.

San Martín hace un llamamiento al pueblo de Cuyo, pues es “condición precisa de la empresa para salir con la victoria”, “la cooperación del pueblo precedida de un esfuerzo grande de desprendimiento y de unión íntima”.

Alrededor de Remedios, que a los dieciocho años se ha convertido en Mendoza en doña Remedios, la señora del gobernador, se agrupan las damas mendocinas para responder al esfuerzo que la patria reclama. Y a su feliz iniciativa deciden hacer el donativo de sus prendas, que entregan al Cabildo con la siguiente nota: “Los diamantes y las perlas sentarían mal en la angustiosa situación de la patria y antes de arrastrar las cadenas de un nuevo cautiverio, oblamos nuestras joyas en su altar”.

Sin distinción de sexos ni edades el pueblo de Mendoza trabajó febrilmente para equipar esta formidable expedición que tantos elementos requería. El Director Pueyrredón escribía

a San Martín diciéndole que le enviaba todo que había podido conseguir en Buenos Aires, pero esto no bastaba y los cuyanos tuvieron que aportar el resto, que por cierto fue muy considerable.

De las 10.000 muías de silla y carga que se utilizaron para el paso de los Andes, 7.000 fueron aportadas por Cuyo, a más de mil caballos de pelea. En los batanes instalados con este objeto se preparaban los paños en cantidad, que teñidos luego de azul servían para que las mujeres confeccionaran los uniformes militares.

Las mujeres de los rancheros conscriptos se ocupaban de organizar las faenas del avituallamiento fungiendo de patronos al frente de una abigarrada legión de peones entre los que figuraban muchachas y niños. Trabajando día y noche en los ranchos se preparaban inmensas cantidades de charqui o carne salada, harina de maíz tostado, galletas, queso, vino y aguardiente, y se almacenaba maíz y cebada para el forraje de los animales en las áridas cumbres andinas.

Comentan los historiadores con asombro que un gran genio militar como San Martín hubiera podido desarrollar una administración tan minuciosa y eficiente durante el peno en que ejerció la gobernación de la provincia de Cuyo. Pero, si mirada desde un punto de vista unilateral esta dualidad resulta sorprendente, el fenómeno se hace perfectamente comprensible si analizamos la vida histórica como convivencia.

El aliento organizador de la mujer, su espíritu de orden y previsión con vistas al lado práctico de las cosas, dejó impresa su huella indeleble en aquel formidable ejército de los Andes que saliera de Mendoza para libertad a Chile y al Perú. Por eso San Martín, cuando pensó en acometer la gran empresa

de su vida, le escribió a Remedios pidiéndole que viniera a prestarle su concurso...

Pocos días antes del paso de los Andes, en febrero de 1817, San Martín envió a Buenos Aires a su mujer y a su hijita Mercedes (nacida en Mendoza el año anterior). Al ponerlas al abrigo del hogar porteño de los Escalada, el paladín velaba por la seguridad de sus seres queridos en el momento de acometer el azaroso trance. Sin embargo, la chismografía de la historia, inspirada por los detractores y enemigos que nunca faltan a los grandes hombres, ha creído ver en esta separación el rompimiento de San Martín con su esposa, urdiendo amañadas calumnias cuya falsedad ha sido demostrada documentalmente por Ricardo Rojas.

La difícil travesía andina no era posible para Remedios, naturaleza delicada cuya salud ya empezaba a resentirse, y menos en compañía de una hijita de meses. De todos modos, aunque hubieran tenido manera de reunirse con San Martín en Chile por otro medio, ellas solo hubieran podido servir de impedimento al guerrero en campaña. Este trance no es sino una muestra de la abnegación y la carencia absoluta de egoísmo que animaban a la gran patriota que latía en el amor de Remedios Escalada. Ella estuvo dispuesta a acompañarlo siempre que su presencia no se interfiriese con los deberes patrióticos del esposo y lo ayudó a realizar la gloriosa misión histórica empleando la influencia de su familia frente a los suspicaces y envidiosos que lo obstaculizaban,

aun cuando el destino del héroe significara “el sacrificio de su vida doméstica”³⁹.

Después de Chacabuco y más tarde a raíz de Maipú —las dos batallas que decidieron la independencia de Chile— San Martín repasó los Andes para dirigirse a Buenos Aires. No lo impulsaban los clamores del triunfo, incompatibles con su carácter austero y reservado, ni tampoco se hacía imprescindible este viaje para rendir el informe de su misión al gobierno, porque ya sus victorias volaban en alas de la fama —como decía la copla popular—. Calladamente, rindiendo de noche la última jornada para llegar cuando todavía no lo esperaban, el vencedor quiso ir al hogar porteño a compartir sus alegrías con la única que siempre lo había comprendido: su dulce compañera y “amiga”. En abril de 1819 Remedios se despedía de nuevo de su esposo en la “chacra”⁴⁰ mendocina en vísperas de emprender esta campaña de Perú. Ella le dijo adiós como siempre, serena y animosa ante su destino que le imponía estas separaciones. Ignoraba entonces que lo veía por última vez.

Cuatro años más tarde San Martín volvía a Mendoza, donde recibió una carta de su mujer que lo llamaba para darle el último adiós. El venía ahora en su “jornada del renunciamento”, cediéndole su lugar a Bolívar para que este completara la liberación del continente. La anarquía que se entronizó en todas partes lo perseguía sin comprender los motivos de su retiro voluntario. Cuando se disponía a emprender el viaje a la capital fue advertido por un miembro de

39 Ricardo Rojas, *op. cit.*, p. 354.

40 Hacienda.

la propia administración, amigo leal, que se habían apostado partidas en el camino con orden de detenerlo pues se temía que la causa de su vuelta fuera la intención de dar un golpe militar para adueñarse del poder.

Así murió Remeditos el 12 de agosto de 1823, sin haber tenido siquiera el consuelo de ver a su espeso a su lado en los últimos momentos. El dolor callado de la ausencia había terminado por minar su delicada naturaleza.

Digna compañera del más desinteresado de los héroes americanos, todo lo sacrificó por él: la juventud y la vida.

Y la hija que ella le diera fue el único sostén espiritual para el pobre expatriado a quien rechazaron los mismos pueblos que le debían la libertad. “Si no fuera por los consuelos que me presta la compañía de Mercedes —escribía San Martín a su cuñado Manuel Escalada desde su retiro de Bruselas en 1826— mi vida sería insoportable”.

Mariquita Sánchez

En el círculo de las mujeres porteñas de la revolución Mariquita Sánchez brilló por su talento como animadora de los ideales de la libertad y la democracia.

Perteneciente a una familia rica y distinguida, se casó en 1805 con el Alférez Martín Jacobo Thompson y sus salones constituyeron el punto de reunión de todos los prohombres de la época, que se inclinaban reverentes ante esta mujer superior.

Mariquita no era un tipo de mujer bonita ni físicamente atractiva; todo su encanto emanaba de su espíritu delicado y original unido a una clara y cultivada inteligencia, que se traducía en un trato lleno de exquisita gentileza.

No por esto fue de las figuras aristocráticas que se encierran en su torre de marfil y gozaba de gran popularidad en Buenos Aires por estar siempre dispuesta a prestarle sus consejos y ayuda a cuantos a ella acudían.

Tenía gran ascendiente sobre su esposo, al que comunicó sus entusiasmos patrióticos haciéndolo abrazar la causa de los patricios y su casa se convirtió en centro de preparación de los movimientos revolucionarios.

Ella fue una de las primeras que admitió a San Martín en sus tertulias y a su sombra floreció el noviazgo de este con Remedios Escalada.

Mientras rogaba por el esposo en campaña Mariquita bordó una bandera que se enarboló triunfante en la toma de Montevideo. Gran parte de su fortuna fue donada generosamente a la patria sin que mostrara nunca una ambición personal.

Inquebrantable en sus principios democráticos, repudió la tiranía de Rosas y hasta su muerte, ocurrida en 1868, su figura fue el símbolo más puro de los ideales del pueblo argentino.

Macacha Güemes, la guerrillera de Salta

En el levantamiento en masa de la provincia de Salta, con que esta responde a la invasión de las tropas españolas procedentes del Alto Perú que vienen a sofocar la revolución de las provincias del Plata, se conjugan las voluntades de un pueblo entero incluyendo no solo a todos los hombres hábiles sino hasta las mujeres y los niños, que van a ocupar su puesto en la defensa de la frontera septentrional.

Consecuencia de este movimiento espontáneo son las milicias cívicas de Salta, creación original producto de las necesidades del momento, “que obraban aisladamente con inteligencia por inspiración propia y con una coherencia que los hacía buscar el concurso de la colectividad” –según el análisis que de ellas hace Mitre–. Actuando por instinto de acuerdo con el medio, los salteños se organizaron en partidas de jinetes, los célebres “gauchos” de la guerra de “Partidarios” o guerrillas, llevando a cabo una campaña de incursiones, escaramuzas y sorpresas, que mantenían en jaque constantemente al enemigo y obstaculizaban sus comunicaciones privándolo de los recursos que pudieran proporcionarle las regiones ocupadas.

Martín Güemes fue uno de los caudillos más notables de la guerra de partidarios de Salta, a quien San Martín confió la defensa de la línea avanzada del Pasaje ascendiéndolo a Teniente Coronel por sus grandes méritos e inestimables servicios en el desempeño de su misión.

Pero si grandes fueron los méritos de Güemes, justo es consignar que la fuerza de su personalidad dependió de la medida en que supo encarnar los ideales de las masas populares de su región. Y de estas masas formaban parte numerosas mujeres, que no queriendo aceptar por más tiempo el yugo español abandonaron las ciudades ocupadas y se establecieron entre los bosques y las sierras de los primeros contrafuertes andinos. Algunas de estas ingresaren en las partidas convirtiéndose en guerrilleras que se distinguieron por su excepcional empuje, como Macacha Güemes, la hermana del caudillo.

Magdalena Güemes, popularmente conocida por Macacha, es un tipo femenino muy complejo. Rubia y de ojos azules, que irradiaban una aureola de bondad, su trato se caracterizaba por una dulzura y suavidad exquisita, que se veía en cada desvalido un hermano y sabía acoger con una inagotable comprensión humana las confidencias de todos, particularmente de los humildes.

Desde 1810 Macacha se hizo notar entre las partidarias de la revolución en su provincia nativa de Salta, enviando su óbolo a la Junta Gubernativa de Buenos Aires. Pero al ver a la patria en peligro de ser invadida, ya no se conformó con ayudar pasivamente, sino que, siguiendo con el ejemplo a la palabra, emigró de la ciudad y se incorporó a las partidas de guerrilleros, defendiendo furiosamente con las armas las libertades de que intentaban despojarlos los antiguos dominadores.

Si las mujeres de la Capital, más apegadas a los prejuicios sociales, se consideraban “destinadas por la naturaleza y por las leyes a llevar una vida retirada y sedentaria”, que no les permitía “desplegar su patriotismo con el esplendor que los héroes en el campo de batalla”, la mujer de provincia, que se vio frente al invasor, rompiendo sus ligaduras se lanzó al combate.

Repesando las descripciones que hace un testigo presencial de aquellas guerrillas, recogidas por Mitre en su *Historia de San Martín y de la emancipación sudamericana*, podemos imaginar a la blonda Macacha agazapada entre los bosques en compañía de su partida y, al paso de una desprevenida columna española que atravesaba el camino, descargar sobre ella una

mortífera lluvia de balas que los diezma y pone en fuga, haciéndolos abandonar los pertrechos que conducían.

Escenas semejantes han tenido lugar en los países invadidos por Hitler en Europa en esta segunda guerra mundial. En Rusia tenemos el caso de la bella guerrillera Ludmila Pavlichenko, que por su valor ha sido condecorada con la orden de Lenin y figura con el grado de Teniente.

Oíros tiempos y otros lugares, pero la historia se repite: la mujer, símbolo de amor y de paz, apelando a las armas cuando de defender la libertad se trata, para que los eternos principios de la democracia no sean jamás hollados por la bota implacable del despotismo totalitario.

Otra colaboradora de la obra de Güemes, aunque sin los audaces arrestos de su hermana Macacha, fue su esposa Carmen Puch.

En la paz había sido para él la esposa amantísima y la eficiente dueña de casa que hace del hogar el sitio ideal del hombre casado.

Al lanzarse Güemes a la lucha iba a rescatar, precisamente, los derechos y las libertades de la colectividad de que formaba parte el recinto sagrado de su hogar, asegurándole un mundo mejor a sus hijos y a sus descendientes.

En la guerra de independencia Carmen Puch se portó como correspondía a la compañera del caudillo: su presencia era para él un acicate a su bravura, un refugio en

sus contrariedades y sus manos amorosas un bálsamo infalible para mitigar el dolor de sus heridas.

Después de ofrecerle una tenaz resistencia a los españoles en su intento de invadir el territorio argentino, Güemes cayó un día mortalmente herido en una sorpresa.

Carmen Puch no quiso sobrevivir a la pérdida del compañero. Las tradiciones salteñas cuentan que se cortó la cabellera –acción simbólica de la desesperación en aquella época– y se encerró en su cuarto, negándose a tomar alimentos hasta que murió de inanición.

La mujer en el espionaje: Juana Moro y María Loreto Sánchez

Es proverbial la habilidad femenina para desempeñar tareas de espionaje y su propia condición le brinda oportunidades que al hombre le estarían vedadas la mayor parte de las veces.

En la revolución argentina el espionaje estuvo casi siempre a cargo de la mujer, que se prestó espontáneamente a operar en ese riesgoso campo de actividades y por ello sufrió penalidades y castigos.

Durante la invasión española a Salta dos mujeres se distinguieron notablemente en el desempeño de estas misiones, contribuyendo a expulsarlos y consolidando así la obra de la revolución: Juana Moro y María Loreto Sánchez.

María Loreto Sánchez era una dama de la más alta aristocracia. Cuando las fuerzas invasoras penetran en Salta ella permanece en la ciudad, pero es con el propósito decidido de ayudar a los patriotas de esta manera. Para no ser reconocida se disfraza de pobre y, con la capacidad de artista que posee

la mujer en tan alto grado, logra hacerse pasar en todas partes como una vendedora de alfajores. De esta manera adquiere informes del enemigo en las calles y hasta en los cuarteles, donde se reúne con los soldados y entabla conversación con ellos, aceptando sus piropos y mezclándose en sus bromas del peor gusto.

Por las noticias que le enviaba María Loreto Sánchez podía Güemes saber el estado exacto de las fuerzas enemigas y de acuerdo con ello combinar sus operaciones.

Juana Moro operaba por su parte en el mismo sentido. Triunfador Belgrano en Tucumán, se preparaba para atacar a Salta y para ello le era necesario conocer los planes del enemigo.

Para comunicarse con los patriotas Juana Moro ideó colocar sus mensajes en el hueco de un árbol situado junto a un río donde podían llegar de noche las avanzadas de Belgrano y recogerlos. Pero un día fue sorprendida por los españoles y el general La Serna ordenó someterla a los más crueles tormentos para que declarara lo que ella sabía sobre los movimientos de Belgrano. Pero todos los métodos se estrellaron ante su firme determinación de no hablar.

La Serna, enfurecido, concibió como castigo una muerte lenta que prolongara sus sufrimientos: la mandó a emparedar y la sentencia fue cumplida.

Mas ya Belgrano se aproximaba y, gracias a los informes que Juana le había suministrado, su ataque a Salta concluyó con una gran victoria.

Libre ya de los dominadores, el pueblo de Salta acudió en auxilio de Juana y llegaron a tiempo para salvarla.

XAVIERA CARRERA Y LOS INICIOS DE LA REVOLUCIÓN CHILENA

El tiempo de la Patria Vieja

En la historia de Chile se conoce por “el tiempo de la Patria Vieja”⁴¹ el primer período de su revolución por la independencia, comprendido entre el 18 de septiembre de 1810, fecha de la constitución de la primera Junta Nacional elegida por un cabildo abierto, hasta la derrota de Rancagua en octubre de 1814 en que la expedición enviada por el Virrey de Perú vuelve a someterlo al yugo español.

La revolución chilena —y en particular este período inicial— es eminentemente aristocrática, surgida del seno de las casas señoriales del país, postergadas y humilladas por el arrogante absolutismo de las autoridades coloniales procedentes de la Metrópoli.

41 Bartolomé Mitre: *Historia de San Martín y de la emancipación sudamericana*, tomo I, p. 333.

Roto el vínculo tradicional de derecho divino, representado por un rey ahora cautivo y suplantado por otro impuesto por las armas francesas, las grandes familias criollas se lanzan al rescate de sus fueros y desplazando a los españoles europeos se ponen al frente de la administración del país.

El espíritu patriótico levanta sus altares en los salones señoriales y de las damasquerías de los estrados cuelgan por primera vez los colores nacionales, cuyo simbolismo creara una dama principal.

El tiempo de la Patria Vieja está lleno del espíritu de una Casa inspirada por una mujer: Xaviera Carrera.

Época de matiz eminentemente femenino, época de pasiones impetuosas, irreflexivas, turbulentas...

La casa de Carrera

La Casa de Carrera, que remontaba su ascendencia a los conquistadores del Arauco, ocupaba un lugar destacado en la aristocracia criolla de la Capitanía General de Chile.

Don Ignacio de la Carrera y Cuevas, el padre, vivía en el orgullo de la tradición militar de sus antepasados, ostentando el título de Teniente Coronel del regimiento de milicias “Caballería del Príncipe”. Por lo demás, en el hogar era un hombre apacible y bonachón, que dejaba a la esposa hacer y deshacer como reina de la casa, pecando quizá de demasiado blando con los hijos.

La madre, doña Paula Verdugo Fernández de Valdivieso, era una mujer de ilustración nada común ya que su padre, que había desempeñado una cátedra en la universidad de San Marcos en Lima, se encargó personalmente de iniciarla en la

Geografía y el Latín, haciéndola su secretaria en la vejez. La conciencia de su propio valer unida a un “geniecillo mandón” hacían de Misiá Paulita la verdadera dueña del hogar.

De este matrimonio nació el 10 de marzo de 1781 la niña sobre quien iba a descansar el mayorazgo de la casa, recibiendo los nombres de pila de Francisca Xavier.

Los otros tres hijos fueron varones: Juan José, un hércules de cortos alcances; José Miguel, revoltoso e insubordinado y Luis, el menor de los hermanos, carácter simpático, abierto y un poco demasiado impetuoso.

Xavier Carrera

Desde temprano demostró Xavier sus dotes para heredar el mayorazgo, ejerciendo una poderosa ascendencia sobre sus hermanos. En lugar de limitarse a los juegos propios de su sexo la niña gustaba de formar pandilla con ellos, distinguiéndose en urdir las maldades con que revolucionaban al vecindario. Misiá Paulita la regañaba por esto, pero para sus adentros se miraba en ella reconociendo su geniecillo mandón. Por otra parte, se portaba como toda una mujercita con las visitas en el estrado, excediéndose quizás en seriedad en las discusiones con los grandes a causa de su apasionamiento.

Xavier se casó muy temprano, como la mayoría de sus contemporáneas, y apenas cumplidos los quince años ya fue madre. Su hermano más pequeño, Luis, se crio con ella como otro hijo.

Al quedar viuda, por haberse ahogado su esposo en los torrentes de la cordillera cuando iba en viaje de negocios, contrajo segundas nupcias con el asesor don Pedro Díaz de

Valdés en 1800, amor romántico nacido en el viajero que, testigo de su desgracia, vino a traerle la nueva fatal.

Por este matrimonio la joven criolla tuvo un motivo de resentimiento con el régimen colonial a causa de su actitud hacia los naturales del país: el asesor, un distinguido caballero español, tuvo necesidad de obtener una licencia de la Real Audiencia para enlazarse a una criolla.



Xaviera Carrera.

Cortesía de Editorial Ercilla, Santiago de Chile.

Cuando Xaviera Carrera abrió sus salones a la sociedad chilena un aliento de juventud renovadora trascendió a todos los ámbitos de la capital. En sus saraos desaparecían las pelucas empolvadas y las reverencias palaciegas para abrirle cauce a una juventud arrolladora y progresista que prefería los alegres giros de los bailes americanos, contradanzas, danzones de Perú y hasta la popular “cueca”, al ceremonioso minué de las cortes europeas.

En 1810 era Presidente de la Capitanía General de Chile el coronel Francisco García Carrasco, militarote rudo y de limitada inteligencia que trataba a los criollos con altanero desdén.

Doña Xaviera se sentía humillada por él, que le había fijado al asesor horas de despacho en Palacio y lo obligaba a dictar sus resoluciones delante de escribano, separándolo luego de su cargo con manifiesta injusticia. Pudiera haber sido que el leal servidor se hiciera sospechoso de “carlotino” al recibir una encomiástica carta de Carlota Joaquina de Barbón, la esposa del Regente de Portugal, que fugitiva en el Brasil soñaba con hacer de su reino americano la sede de un gran imperio a cuya protección se acogieran las colonias españolas del Nuevo Mundo⁴².

Don Pedro Díaz de Valdés decidió trasladarse a España a pedir justicia y Xaviera tuvo que confrontar de nuevo las angustias de la separación.

Herida en su propia carne por el déspota, ya doña Xaviera no se contentó con las críticas más o menos veladas y expresar sus anhelos románticos de una patria ideal, sino que, allegando todo su influjo social reunió a su alrededor a los descontentos inculcándoles la necesidad imprescindible de derrocar al tirano.

Era Xaviera Carrera una figura de personalidad fascinadora. Tenía un hermoso tipo de criolla, tez blanquísima y pelo negro recogido en grandes ondas endrinosas, ojos dorados como las espigas maduras que crecían en su “valle” chileno de mirada

42 Véase el capítulo siguiente.

luminosa y profunda. Apasionada e impetuosa, todo su ser respiraba actividad y energía. Podía captar al vuelo las situaciones, siempre con la palabra y el ademán precisos, cualidad derivada de su poderosa intuición femenina, a lo que unía un maravilloso poder de persuasión. Todo concurría para hacer de ella una verdadera líder en el ambiente en que se desarrolló.

Muerta Misiá Paulita, doña Xaviera quedó como la matrona de la casa, confidente de su padre y de sus hermanos a la que consultaban todos sus problemas.

José Miguel se hallaba ahora en la Península luchando contra las tropas de Napoleón, donde fuera enviado años antes por su padre para ver si sentaba cabeza con la disciplina militar. Juan José era segundo en el mando del batallón de caballería Granaderos de Chile, pero para Xaviera seguía siendo un niño grande a quien con habilidad se podía conducir.

Luis, el menor, un segundo hijo para su hermana, tenía a su cargo el mando de una compañía de artillería en Santiago de Chile.

La conspiración se husmeaba en el ambiente, pero García Carrasco no llegaba a precisar nombres para empezar los escarmientos. Por fin, el 25 de mayo de 1810, mientras sus vecinos del Plata elegían su primer Junta en cabildo abierto, el Presidente de Chile mandó a detener a tres prohombres destacados como presuntos jefes de un levantamiento: Juan Antonio de Rojas, Bernardo Vera y Pintado y Juan Antonio Ovalle. Al día siguiente salían escoltados para Valparaíso con destino al Perú. Los vecinos exaltados salían a la calle y se veían numerosos corros de mujeres. Doña Xaviera, acompañada de la esposa de Rojas, dejaba oír su protesta desafiando al tirano.

El ambiente de la capital era cada vez más hostil a García Carrasco. Velando por los intereses coloniales la Real Audiencia se decidió a aconsejarle que renunciara. Un criollo viejo y aristócrata, don Mateo de Toro y Zambrano, Conde de la Conquista, lo sustituyó en la presidencia.

Pero este mero cambio de nombres no satisfacía a los patriotas. En las tertulias de Xaviera Carrera se pedía abiertamente la convocatoria de una junta. Su hermano don Luis, “llama apasionada del corazón de doña Xaviera”⁴³, militarizaba partidas de campesinos en las inmediaciones de Santiago.

El 18 de septiembre de 1810 un cabildo abierto de notables eligió la Junta que había de encargarse del gobierno de Chile. El Conde de la Conquista reasumía la Presidencia y entre los vocales se hallaba don Ignacio de la Carrera.

Mientras estos sucesos tenían lugar Xaviera mantenía una activa correspondencia con José Miguel, comunicándole ella la marcha de la revolución y poniéndola él al tanto de la lucha del pueblo español por una libertad que negaba a sus vasallos americanos. Xaviera reclamaba su presencia viendo a la revolución vacilar por la falta de un caudillo nacional.

A la llegada de José Miguel Carrera Chile se hallaba gobernado por un congreso débil e irresoluto, incapaz de acometer las reformas radicales que demandaba la revolución. Xaviera lo puso al corriente de la situación, decidiendo que había llegado el momento de actuar. Todo lo había preparado para el golpe: las carretas y pías de muías que antes venían

43 Sady Zañartu: *Xaviera Carrera Patria*.

con las cosechas de la hacienda familiar habían traído escondidas las cargas de armas.

El 4 de septiembre de 1811 fue un día de gloria para la matrona de la Casa de Carrera. La artillería fue tomada por Luis, que fue aclamado jefe del cuerpo; Juan José marchaba al frente de los granaderos hacia la plaza mayor acompañado de José Miguel. Al llegar este último al recinto del Congreso entregó un pliego de demandas populares exigiendo la formación de una junta ejecutiva de tendencias radicales.

El pueblo reunido en la plaza gritaba: “¡Abajo los godos! Queremos Congreso y no Sala Capitular. ¡Estamos cansados de sermones!”. Se oyeron vivas delirantes de entusiasmo: “¡Viva la Pancha Xaviera!”.

A la salida de la iglesia mucha gente se agolpaba para ver pasar a la hermana de los Carrera, “lo mismo que a la Virgen en el cano de plata”.

Pero el movimiento llevado a cabo por la Casa de Carrera, que debió haberles dado la hegemonía, se volvió contra ellos mismos por los mañosos manejos de sus aliados de partido, la Casa de Larraín o “familia de los ochocientos” –llamada así por lo numerosa, lo que la hacía comparable a la “Gens Fabia” romana–, que se apoderó de las mejores posiciones colocando en los puestos públicos a gran parte de sus miembros.

Esto trajo como secuela un segundo golpe apenas transcurridos dos meses. Bajo los apremios de la fuerza, representada por Luis y Juan José Carrera como jefes de la Artillería y los Granaderos, José Miguel intimó al Congreso y a la Junta Ejecutiva para que se reuniesen a oír las peticiones del pueblo. Un nuevo cabildo abierto proclamó a José Miguel Carrera

representante de la Junta por la capital. La Casa de Carrera había asumido el poder.

Este gobierno, pese a su constitución oligárquica, le dio un gran impulso a la revolución chilena “por cuanto representaba en el hecho la unidad de la naciente nación”⁴⁴.

La obra educativa por él llevada a cabo fue como un toque de clarín a la conciencia ciudadana, adormecida por el despótico oscurantismo mantenido por el régimen colonial. El Instituto Nacional, la primera biblioteca pública y el primer periódico, *La Aurora de Chile*, fueron los instrumentos esenciales de esta gran empresa, en la que latía el aliento femenino de un espíritu superior.

Doña Xaviera, consciente de que los símbolos son el lenguaje que impresiona más directamente el alma de los pueblos, creó la bandera nacional: azul, blanca y amarilla, combinando los colores de su cielo, de las nieves eternas de las cumbres andinas y el de las mieses doradas de sus valles, que tenían algo de la luz caliente de sus ojos.

Pero la revolución que comienza bajo los más risueños auspicios casi sin encontrar resistencia, celebrando sus conquistas en brillantes saraos en los que las mujeres exaltan los sentimientos patrióticos con trajes alusivos, tiene que hacerle frente de pronto a una seria amenaza: la expedición militar enviada a sus costas por el Virrey de Perú para reducir a la obediencia a la Capitanía General de Chile.

44 Mitre, *op. cit.*, vol. I, p. 293.

Doña Xaviera llama a su hermano José Miguel y le ofrece su ayuda. Pero él le contesta: “Es que ahora necesito un ejército. ¡Y eso no lo hacen las mujeres!”.

Pronto vería de lo que eran capaces las chilenas. Cerraron sus salones de fiesta, colgando en las damasquerías el tricolor nacional. Organizadas por Xaviera Carrera en los que hoy llamaríamos “cuerpos auxiliares del ejército” y “servicios femeninos de defensa civil”, desde la más niña hasta las ancianas ocuparon su puesto en la defensa de la patria. Abría la marcha doña Xaviera pasando con un carretín ante todas las puertas a implorar ayuda para la guerra: armas, efectos o joyas para fomentar los fondos de la caja militar. Una de las señoras enviaba los “guasos” o peones de su hacienda y otra prometía pagar de su peculio el sostenimiento de diez soldados en campaña. Una brigada femenina disponía sitios de curación para los heridos, mientras las dueñas de casa se reunían para hacer hilas y vendas. Madres, esposas y hermanas se enorgullecían de inspirar a sus seres queridos en la marcha a las filas. Por eso dice con razón Sady Zañartu⁴⁵ que para el guerrero ausente “mujer o patria eran una misma cosa”.

Desgraciadamente, la esforzada labor de las patriotas chilenas para ayudar a su bisoño ejército no pudo impedir que las poderosas fuerzas del Virrey de Perú le infligieran algunos reveses. Los grupos conservadores se aprestan a la conciliación. Y se firma el tratado de Lircay por el que una junta provisional,

45 Sady Zañartu, *op. cit.*, p. 144.

que debía ser aprobada per las Cortes, reconocía la soberanía española y volvía a instalarse la Real Audiencia.

Xaviera Carrera arde en santa indignación. Una mañana se levanta muy temprano y se dirige con su hijo mayor a la plaza de Santiago. Al llegar frente al Palacio de Gobierno le señala a su hijo la bandera española indicándole que se suba por la reja de la ventana para arriarla. El niño trepó ágilmente y en un segundo bajó con la odiada bandera y se la entregó a su madre. Xaviera lo contempla satisfecha y tomando la enseña del déspota la cuelga de la horca que se levantaba en medio de la plaza.

Refugiándose en las casas menos sospechosas Xaviera empezó a enviar emisarios para planear un nuevo movimiento revolucionario.

Pocos días después, con un golpe de audacia que había sido cuidadosamente previsto en los planes femeninos, José Miguel Carrera se evadía de su prisión y restauraba el gobierno nacional.

El enemigo se apresta de nuevo al ataque con refuerzos. O'Higgins y los hermanos Carrera corren al frente a contenerlo. Pero a pesar de su gloriosa resistencia la derrota de Rancagua parece definitiva.

Apenas llegan las primeras noticias del frente todos le aconsejan a doña Xaviera que debe huir. Y con los fugitivos que no quisieron quedarse en la patria oprimida Xaviera Carrera atravesó los pasos de los Andes en octubre de 1814, dejando atrás a la amada tierra donde había encendido las primeras llamaradas de libertad.

Una colaboradora de San Martín: Paula de Jaraquemada

Años después, cuando en 1818 los chilenos llevaban a cabo la conquista de su independencia, aliados a los argentinos bajo la dirección de San Martín, el vencedor de Chacabuco tuvo ocasión de comprobar el temple y el patriotismo de la mujer chilena.

Sorprendido en Cancha Rayada sus ejércitos fueron dispersados por el enemigo y el pánico cundió por el país, abultándose la importancia de un revés pasajero a la categoría de derrota definitiva. Camino de Santiago iba San Martín, a restablecer la confianza como paso previo a la reorganización de sus fuerzas, cuando al pasar por la hacienda de Paine le salió al encuentro la dueña del fundo, doña Paula de Jaraquemada. Enterada del desastre ardía en deseos de contribuir a repararlo, para lo cual se ponía a su disposición con sus bienes y su familia, ofreciéndole a sus hijos y a cincuenta servidores suyos para incorporarlos a sus fuerzas. San Martín utilizó esta hacienda como campamento para la concentración, saliendo de allí con su ejército rehecho para la capital.

Como es sabido, de Perú partían las expediciones destinadas a sofocar los levantamientos en las provincias vecinas. Por informes suministrados por la patriota peruana Brígida Silva⁴⁶ —que de este modo realizaba un acto de cooperación panamericana— supo San Martín del plan de campaña de las

46 Véase el capítulo “La mujer en la independencia de Perú”, especialmente el epígrafe “Propaganda y espionaje”.

fuerzas enviadas por el Virrey a combatirlo, lo que le permitió concertar el formidable plan estratégico que culminó con la aplastante derrota del enemigo en la batalla de Maypú. Como vemos, en el victorioso desenlace de la revolución chilena, timbre de gloria para el genio militar de San Martín, tuvo también su parte la labor silenciosa –casi siempre ignorada– de una mujer.

LA MUJER EN LA INDEPENDENCIA DE BRASIL

Antecedentes

En la historia de la nación brasileña, lo mismo que en la de los otros países americanos, abundan los nombres de mujeres ilustres que demuestran la capacidad histórica de la personalidad femenina y la importancia de su intervención en ese proceso crítico que preside el nacimiento de los pueblos.

Clara Camarao

El tipo de la mujer guerrera lo tenemos en Clara Camarao, que en ocasión del ataque holandés a Porto Calvo por el año de 1637 organizó un batallón femenino que se batió bravamente al lado de los hombres frente a las aguerridas tropas de Mauricio de Nassau.

Damiana, la Misionera

De los primeros tiempos de la colonización de las regiones interiores sobresale la figura de Damiana la Misionera, mujer

indígena perteneciente a la tribu de los “cayapoes”, que habiendo sido educada en los principios de la civilización occidental se dedicó a ayudar a sus hermanos de raza luchando por transformar los procedimientos brutales de los “bandeirantes” en una forma de colonización más humana y pacífica.

Carlota Joaquina de Borbón

Pero, antes de tratar sobre la figura que nos interesa directamente, mencionaremos un curioso intento de constituir un vasto imperio en la América del Sur agrupando los países latinos de este Continente, de cuya trama fue autora la infanta española Carlota Joaquina, esposa del Rey Juan VI de Portugal.

Cuando las tropas de Napoleón ocuparon a Portugal en 1807, la familia real se trasladó al Brasil mirando por su seguridad. El Príncipe regente don Juan tenía por consorte a la infanta Carlota Joaquina, hija del rey Carlos IV de España.

Al tener lugar la invasión de España por los franceses en 1808 y ser hecho prisionero Fernando VII, las colonias españolas de América se negaron a acatar la autoridad del rey impuesto por Napoleón y, aunque los rebeldes españoles constituyeron una Junta de Gobierno que pretendió representar la autoridad del rey cautivo, el lazo tradicional que Unía a las colonias con su Metrópoli se había disuelto en esas circunstancias.

Carlota Joaquina, princesa borbónica hermana de Fernando VII, era una mujer intrigante y ambiciosa y quiso aprovechar el desconcierto creado por esta situación anormal. Su plan consistía en erigirse la heredera legítima de los dominios españoles

de la América al quedar acéfala la autoridad del trono español suplantada por el usurpador José Bonaparte. No le faltaron partidarios, que fueron conocidos por los “carlotinos”, pero ya los pueblos americanos dirigían por otro rumbo la suerte de su destino y el ideal de la independencia habría de ser la única solución.

Desaparecidas las causas que motivaron su exilio y requerida su presencia en Portugal, Juan VI abandonó Brasil en abril de 1821 dejando de Regente al príncipe don Pedro.

María Leopoldina, esposa de Pedro I, y el Grito de Ipiranga

Don Pedro había contraído nupcias en 1817 con la archiduquesa austriaca María Leopoldina, hija del emperador Francisco I y hermana de María Luisa, la segunda esposa de Napoleón. Nunca se habían visto antes y el matrimonio fue arreglado por conveniencias de Estado, pero María Leopoldina, con el romanticismo de su juventud, desde un principio se entusiasmó con la idea de vivir en las tierras tropicales de la América.

María Leopoldina, digna biznieta de la gran emperatriz María Teresa de Austria, la que con su inteligencia y su energía salvó al Austria de las garras de Federico el Grande de Prusia, era una muchacha dotada de extraordinario talento y una mente alerta y cultivada.

Al instalarse en el palacio de Boa Vista llevó consigo sus amados libros, enriqueciendo la biblioteca del mismo con numerosos volúmenes de Política, Historia, Geografía, Botánica, Literatura, etc. Al mismo tiempo, dejó encargado a los libreros

europeos que le enviaran regularmente las últimas novedades literarias. Hizo traer del Viejo Continente muchas plantas y árboles desconocidos en el Brasil, experimentando su aclimatación en los propios parques de palacio, objeto para ella de gran interés por sus aficiones botánicas. Podemos decir con Mary W. Williams⁴⁷, que su llegada elevó el tono intelectual y cultural de la corte brasileña y le dio el toque de refinamiento que necesitaba.

En medio de su vastedad de intereses su verdadera pasión era la política. Y no solo como intelectual la política teórica, la que exponía un Malthus en sus *Principios de Política Económica*, sino la verdadera política humana, la que se basa en las relaciones de los gobernantes con los pueblos que dirigen y la mutua confianza que nace del trato directo con el alma popular.

María Leopoldina, princesa e intelectual, no gustaba sin embargo de encerrarse en torres de marfil. Aparecía frecuentemente en público y su figura llegó muy pronto a serle familiar al pueblo brasileño, al que se ganó con su simpatía y sus maneras cordiales y sencillas. Recibía afablemente a todos los que acudían a ella en busca de ayuda, prodigando sus generosos auxilios a los desamparados de la fortuna.

Vestida con el brillante uniforme de dragón y amazona en brioso caballo acompañaba a don Pedro en los desfiles y paradas militares, luciendo extraordinariamente por su porte gallardo y gentil.

47 Mary W. William: *Don Pedro, the Magnanimous*.

De este modo María Leopoldina llegó a compenetrarse con los anhelos del pueblo brasileño, haciendo suya la causa de la independencia, alentándola y prestándole su ayuda desde el poder. Don Pedro, que era enérgico pero indeciso, necesitó de la inspiración y el impulso de su esposa para actuar. En este sentido, el paladín de la independencia en el gabinete de la Regencia, José Bonifacio de Andrada y Silva, Ministro de Relaciones Interiores y Exteriores, tuvo en María Leopoldina una eficacísima aliada.

El famoso Grito de Ipiranga, proclamación formal de la independencia por don Pedro el 7 de septiembre de 1822, por el que el Brasil entró a formar parte del concierto de las naciones libres pacíficamente y él llegó a ser su primer emperador con el nombre de Pedro I, fue, en su verdadera entraña, el triunfo de la voluntad popular sostenida por un selecto y democrático espíritu de mujer.

LA MUJER EN LA INDEPENDENCIA DE CUBA

Las precursoras

Las primeras manifestaciones de rebeldía de la mujer cubana se remontan a la época de la conquista.

Las indocubanas que poblaban nuestra Isla a la llegada de los españoles lucharon por la libertad al lado de los hombres con el mismo heroísmo y espíritu de sacrificio que aquellos primeros mártires de nuestra independencia.

Pocos son los datos concretos que la historia conserva a este respecto, pero existe el testimonio indubitable de que los indios rebeldes no estuvieron solos en la lucha; al alzarse iban con ellos sus compañeras que los ayudaban y sostenían en su empeño.

En “La primera guerra de los diez años por la independencia de Cuba”⁴⁸ junto a su caudillo máximo el cacique

48 Trabajo presentado al Tercer Congreso Nacional de Historia por el Dr. Gustavo Gutiérrez.

Guama estuvo alzada varios años su valiente y leal compañera la india Marica, que con él compartió todos los peligros de aquella lucha desigual, alentándolo a mantener aquella irreducible actitud de rebeldía a la que solo la muerte pudo dar fin.

La mujer cubana descendiente de los colonizadores españoles dio tempranas muestras de su liberalismo en ese período preparatorio que se caracteriza por la aparición de las luchas constitucionales en nuestra vida colonial.

En Cuba, a diferencia de las colonias españolas del Continente, la invasión de la Península por los franceses y la prisión del Rey no determinaron de inmediato agitaciones políticas violentas encaminadas a la emancipación, limitándose principalmente sus repercusiones a la esfera constitucional.

La Constitución de 1812, dictada por la Junta Central de Cádiz, comenzó a regir en Cuba bajo el mando de Ruiz de Apodaca siendo acogida con general entusiasmo. Abolida en 1814 por el retomo del absolutismo al poder español, representado por Fernando VII, tiene que ser restaurada en 1820 en virtud de la revolución de Riego. Era entonces Cagigal el gobernador de Cuba, quien se negó a promulgarla y solo lo hizo al verse obligado a ello por las tropas.

Pero ya en este momento no todos los elementos de la Colonia están acordes en saludar la constitución. Los criollos, representados principalmente por su aristocracia rica e ilustrada, se acogen a ella jubilosamente, ya que les proporciona el medio de tomar parte activa en la administración del país, en tanto que los peninsulares, reaccionarios y absolutistas, le hacen una enconada oposición sintiendo que va a privarlos de muchas de sus prerrogativas.

En la provincia oriental muy especialmente, donde se manifiesta pujante el espíritu liberal influenciado por la corriente progresista de los inmigrantes franceses de Haití —como lo ha hecho notar J. A. Portuondo⁴⁹— esta pugna política adquiere un relieve singular, abonando el ánimo separatista de los cubanos para las protestas revolucionarias posteriores.

La lápida conmemorativa de la Constitución en Santiago de Cuba, símbolo sagrado de los constitucionalistas, era objeto de los más bajos ultrajes por el reaccionarismo peninsular. Ante la repetición de estos hechos, el Ayuntamiento de Santiago decidió celebrar en 1821 una fiesta solemne de desagravio a la Constitución, la que fue realizada por la presencia de los más distinguidos representantes del espíritu liberal. Y en la descripción que de la fiesta hace un cronista de la época señala que “entre las hermosas y seductoras cubanas que saben honrar la santa causa de los pueblos y elevar las almas hasta la más sublime exaltación patriótica, sobresalía la mujer más liberal que ha dado Cuba, la señora doña Juana María de las Cuevas, Marquesa de la Candelaria de Yarayabo”.

“Precursora del patriótico Marqués do Santa Lucía” considera Portuondo a esta liberal Marquesa de Yarayabo, cuya actitud marca una tradición democrática y revolucionaria a la aristocracia criolla en una época que proscribía la expresión pública de las opiniones femeninas referentes a los problemas del país.

49 Véase el curso *Introducción a la Historia de Cuba*, editado en La Habana en 1938, p. 184.

Ya a partir de la segunda década del siglo XIX comienza en Cuba la era de las conspiraciones, que aprovechan para sus propósitos el secreto de las logias masónicas y persiguen la superación del despotismo colonial por diversos medios.

A tono con los absurdos prejuicios imperantes en la época, en estas sociedades secretas no admitían afiliados femeninos, privándose por ello del valiosísimo concurso que la mujer hubiera podido prestarles. Pero, a pesar de que no las tomaron en consideración desdeñando sus cualidades a la hora de planear los movimientos, cuando, descubiertas las conspiraciones empieza el período de la persecución, fueron muchas las mujeres que expusieron su seguridad para encubrir y ocultar a los prófugos librándoles de la cárcel y el cadalso.

José María Heredia, nuestro gran poeta romántico, afiliado a los Caballeros Racionales y comprometido en la conspiración de los Rayos y Soles de Bolívar, fue mandado a detener el 5 de noviembre de 1823 al tener noticia las autoridades de sus actividades subversivas. Y “si la amistad más generosa y desinteresada” de la joven cubana Pepilla Arango “no me hubiese dado la mano para salir de esa sentina de maldades” —escribe el poeta a su madre un año después desde el extranjero— “se abrió para mí un calabozo que aun me encontraría, o ya habría visto salir mi cadáver”.

Pepilla Arango y Manzano, emparentada con el ilustre patricio Francisco de Arango y Parreño por su padre José de Arango y Castillo, le dio asilo al poeta en la residencia de sus padres, situada a corta distancia de la ciudad de Matanzas en el ingenio “Los Molinos de la Marquesa”. A esta bella y buena cubana, compendio de las virtudes de las mujeres de su tierra,

dedicó Heredia su inspirada *Oda patriótica a Emilia*, nombre que le da en sus composiciones poéticas. Allí muestra pujante su fervor patriótico recordándole las:

Horas indefinibles, inmortales
do angustia tuya y de peligro mío.

y como:

...bajo tu techo
la venganza burló do los tiranos.
Entonces, tu amistad celeste, pura,
mitigaba el horror a los insomnios
de tu amigo proscripto y sus dolores.

Un caso análogo es el de Isabel Rojo, la amante del patriota José Machado. Miembro este de la conspiración del Águila Negra, cuando fue perseguido al descubrirse la trama revolucionaria Isabel lo ayudó a escapar, salvándole la vida a costa de exponerse gravemente ella misma.

Ejemplo preclaro de la elevación moral de las madres cubanas que forjaron el alma de nuestros primeros mártires es Elena Echerri de Hernández, madre del insigne patriota trinitario Fernando Hernández Echerri.

Cubana apasionada, Elena Echerri educó a su hijo desde sus más tiernos años en el odio a la tiranía que subyugaba a su patria, confiándolo luego a la tutela de don Pepe en el colegio “El Salvador” para que hiciera de él un ciudadano preparado para reclamar sus derechos.

Hernández Echerri, en combinación con los agentes de Narciso López, planeó un levantamiento en Trinidad en junio de 1851, pensando así coadyuvar al éxito de la expedición de aquél y a extender la revolución por toda la isla. Aunque Isidoro Armenteros aparecía como jefe de esta sublevación por tener más edad y experiencia que el joven Fernando Hernández, este fue el verdadero autor y líder de la conspiración de Trinidad.

Sobrados de entusiasmo y decisión, pero faltos de recursos y experiencia, los bisoños soldados de la libertad fueron derrotados y hechos prisioneros y se les condenó a ser pasados por las armas.

La entrevista de despedida que Elena Echerri sostuvo con su hijo fue un verdadero acto de comunión espiritual en los ideales de libertad que constituían la razón de ser de aquellas vidas plenamente identificadas. Y la madre salió de la capilla del reo “esbelta, altiva y airosa, diciendo que se hallaba resignada porque su hijo sabría morir como mueren los héroes que sacrifican su vida en aras de la libertad de su patria”⁵⁰.

Con un sentido más amplio de la “conciencia de grupo” y aleccionados por las experiencias anteriores, los conspiradores de 1855 ya no se opusieron a que en sus filas militara la mujer.

Así fue que en la conspiración que tuviera por jefe al mártir catalán Ramón Pintó figuró la habanera Rita Balbín, casada con un español sobrino de Riego.

50 Vidal Morales: *Iniciadores y primeros mártires de la revolución cubana*, p. 319.

Denunciados por un traidor, la conspiración fue duramente reprimida por el tiránico gobernante, que era a la sazón el Capitán General José Gutiérrez de la Concha.

Pintó fue ajusticiado el 22 de marzo de 1855 y sus compañeros sufrieron diversas condenas en presidio.

Doña Rita Balbín con un grupo numerosos de conspiradores recobró la libertad el 14 de Julio del propio año. Pero, según se desprende de las palabras de Alfredo Zayas en su discurso sobre “La mujer y la revolución cubana”, parece que, no amedrentada por el feroz escarmiento de Pintó decidió continuar su obra y urdió la trama para fomentar un levantamiento, perdiendo la vida al tratar de escapar de una persecución.

La contribución de la mujer cubana a las luchas por la independencia

En la larga lucha de Cuba por alcanzar su independencia, la más penosa y cruenta de la América por haber tenido que hacerle frente sola al poder español cuando ya sus hermanas del continente habían sacudido su yugo, la mujer fue un factor indispensable en la consecución de la victoria que le valió la libertad.

Por la mera revisión de las condiciones en que nuestros mambises⁵¹ tenían que hacer la guerra puede comprenderse la importancia vital que para el Ejército Libertador revestía la ayuda que nuestras mujeres pudieron proporcionarle. Ejército irregular falto de toda clase de recursos, ya que dada nuestra

51 Mambises: nombre que se aplicaba a los insurrectos cubanos.

condición insular se dificultaba enormemente el auxilio exterior, su única fuente segura de abastecimiento durante los quince años que duraron aproximadamente en conjunto las tres guerras de independencia fueron los clubs femeninos establecidos en casi todas las ciudades cubanas con este fin. Y como bien puede comprenderse, esta labor que de una manera constante y tesonera las cubanas se impusieron espontáneamente, se realizó siempre a costa de los mayores riesgos y la valentía rivalizó con la ingeniosidad de las argucias femeninas para llenar cumplidamente esta función.

A las madres cubanas debe acreditarse, tanto como a educadores y filósofos de la talla de Varela, Saco y Luz Caballero, la formación del sentimiento nacional en la sociedad de la Colonia. Consagradas en cuerpo y alma a la crianza y educación de los hijos, las madres criollas infiltraban en ellos constantemente el amor a las cosas de la tierra y, verdaderas reinas del hogar, creaban en torno de ellas el ambiente de nuevas costumbres que iban rompiendo cada vez más con los lazos tradicionales de la Metrópoli. Lo cual reconocían los propios españoles al decir que en Cuba podían hacer todo lo que querían menos tener hijos españoles.

La instrucción femenina en la Cuba colonial era sumamente rudimentaria o casi nula, hecho corriente en aquellos tiempos en que las actividades de la mujer se limitaban a la esfera de lo doméstico. A pesar de ello, había cubanas autodidactas que ansiosas de ampliar sus horizontes intelectuales buscaban en la lectura un medio de suplir las deficiencias de su educación. Así fue como algunas llegaron a adquirir conocimientos de Historia de América, asignatura que, desde

luego, no figuraba en los planes de estudio de la Colonia. Me refiere mi padre, veterano de la Guerra de Independencia, que siendo él un niño oyó por primera vez el nombre de Bolívar en labios de una de sus tías, sorprendiéndose ante su opinión de que había sido el hombre más grande de América.

La mujer de la Colonia tenía todas las circunstancias en su contra para el desarrollo del carácter. Vida sedentaria y regalada en las clases ricas y más o menos sujeta a estrecheces en las clases modestas, pero siempre reducida a las faenas del círculo familiar, veían deslizarse ante sus balcones la vida del país como algo vedado que las excluía de toda participación. Raras veces salían a la calle y cuando lo hacían iban acompañadas, ya que estaba mal visto que una señora o señorita decente se aventurase sola por la vía pública.

Mas, a pesar de las circunstancias adversas, las cubanas, que sentían hondamente los dolores de la patria oprimida, respondían sin distinción de clases a la cruzada libertadora y no repararan en sacrificios hasta ver consumado el ideal de la independencia.

La mujer en los campos de Cuba Libre

Las guerras de independencia de Cuba fueron llevadas a cabo no solamente por el Ejército Libertador, sino por todo el pueblo de Cuba que contribuyó con su esfuerzo al triunfo de la libertad.

En los campos de Cuba Libre los “alzados” no se reducían a los grupos de combatientes que esgrimían las armas contra España; la mayor parte de la población campesina, considerablemente aumentada por familias enteras procedentes de las

ciudades, se negaba a acatar la legalidad española y vivía en íntimo contacto con los insurrectos ayudándolos por todos los medios a su alcance.

Las jóvenes campesinas, nuestras “guajiras”, se caracterizaban por su ardiente patriotismo. Salían jubilosas a recibir a los mambises que pasaban frente a sus bohíos y les ofrecían de todo lo que contaban en sus pobres viviendas: café, viandas, miel de abeja y velas de cera confeccionadas por ellas mismas. Si la columna pensaba detenerse por aquellos lugares, entonces les entregaban la ropa para que ellas se las lavaran y remendaran, prolongando así la duración de los raídos uniformes de aquellos valientes que tenían que hacer la guerra en medio de la mayor penuria.

Ocasionalmente, los bohíos más seguros por estar ocultos en el monte servían de hospitales de sangre o de sitio de curación y convalecencia para los mambises heridos o enfermos. Entonces, las gentiles guajiritas convertidas en improvisadas enfermeras luchaban solícitas y amorosas por conservar la vida de los servidores de la patria.

En la organización civil de la República en Armas la mujer desempeñó con la mayor eficiencia todos aquellos cargos y menesteres en que se le dio cabida, demostrando que nunca le faltó ni la capacidad ni el espíritu de trabajo constructivo y que la falsa imagen de la criolla siempre sentada en un sillón mientras sus esclavas la abanicaban era solo un producto de circunstancias temporales.

Las unidades más pequeñas de nuestra organización civil revolucionaria, las prefecturas y las subprefecturas, tuvieron muchas veces al frente funcionarios femeninos. Las

atribuciones de los Prefectos consistían, por una parte, en el ejercicio de la “autoridad sobre todos los vecinos y transeúntes” de su territorio y por otro, en la distribución de los alimentos, ropas, armas y municiones que se podían allegar. Tenían el grado de Capitán y contaban con una pequeña escolta.

Nuestras noticias sobre estas Prefectas se concretan principalmente al Departamento de las Villas, pero todo nos hace suponer que lo mismo ocurriría en los restantes departamentos. Un veterano de la Guerra de Independencia nos ha descrito su encuentro con una de ellas en el distrito de Sancti Spíritus. Estaba él de operaciones por esa región a mediados de 1897, cuando llegaron al anochecer a las inmediaciones de una ranchería oculta en aquellos montes. Al darle el alto quien vive la guardia que estaba de posta, vieron con asombro que entre los centinelas se hallaba una mujer. Aquella valerosa mambisa, que ostentaba estrellas de capitana, era la Prefecto del rancherío que estaba en aquellos momentos de recorrido con su escolta. La cordial acogida que la hermosa mambisa les dispensó tuvo la virtud de reconfortar inmediatamente a los cansados y hambrientos guerreros, que olvidaron sus fatigas ante aquel vibrante ejemplo de su compañera de lucha. Ella en seguida cursó órdenes para aprovisionar a la columna y bajo su dinámica dirección los rancheros sacaron algunas viandas, una res fue sacrificada y del trapiche⁵² les mandaron unas deliciosas raspaduras, que los soldados apreciaban mucho ya que siempre andaban escasos de dulce. Asimismo, les indicó el lugar más

52 Trapiche: fábrica primitiva de azúcar que elaboraba principalmente la raspadura con miel de caña espesada y batida.

apropiado para acampar, poniéndolos al tanto de los movimientos de las columnas españolas por aquellos contornos.

En una de las actividades más importantes de las Prefecturas, el servicio de talleres, la mujer cubana rindió un aporte considerable. Las mujeres que contribuyen a esta segunda guerra mundial trabajando en las fábricas de armamentos tienen en nuestra Historia el antecedente de las mambisas, que en la espesura de los montes y con los medios más primitivos fabricaban pólvora, machetes, sillas de montar y muchos otros efectos necesarios para el apertrechamiento del ejército.

En el Ejército Libertador figuraron mujeres guerreras, verdaderas combatientes que tomaron parte activa en nuestras contiendas emancipadoras haciendo derroche de fortaleza y de valor.

Alfredo Zayas se refiere en uno de sus discursos⁵³ a una capitana vueltabajera que, vistiendo traje de amazona, armada de machete y revólver, la cabellera recogida que ocultaba el amplio sombrero de yarey que se levantaba al frente para lucir la escarapela tricolor, militaba en las filas libertadoras; demostración evidente de la capacidad de la mujer cubana en todos los órdenes.

Otro de estos casos, que no fueron únicos ni mucho menos, aunque la historia no los consigne en muchas ocasiones, se encuentra citado por el general Piedra en sus *Memorias...*: Isabel, muchacha de color, soldado de la escolta del cuartel general de Antonio Maceo, que vistiendo traje masculino

53 Alfredo Zayas: *La mujer y la revolución cubana*.

participó en los combates de las lomas de Tapia donde fue herida, debiendo su salvación al entonces coronel Piedra, quien la recogió del suelo montándola en el arzón delantero de su silla. A ella se refiere Piedra como “combatiente arrojado” y dice que “gracias a su seriedad y compostura logró lo que ninguna otra mujer: militar en las filas del general Maceo”⁵⁴.

Grover Flint, el famoso corresponsal norteamericano que recorrió nuestros campos con las fuerzas insurrectas, nos habla de Paulina Ruiz de González, esposa de un ayudante del Brigadier de la División de Santa Clara. Dejando su hogar de Corral Falso, una noche se alzó en las afueras de la ciudad para unirse a las fuerzas en que militaba su marido. No queriendo formar parte de la impedimenta, le pidió al Brigadier que le permitiera ser la abanderada y por su valentía recibió el grado de teniente. En vista de sus condiciones, la proveyeron de un machete y llegó a distinguirse tanto en las cargas, como en la acción de Mango Largo, donde dio muerto a dos miembros de la guerrilla de Corral Falso, que fue ascendida a capitana.

En dos ocasiones estuvo Paulina Ruiz a punto de perder la vida, cuando le mataron el caballo: en la acción de Habaco y el día que las fuerzas de Manolo Méndez cayeron en una emboscada. No obstante ser capaz de realizar tales hazañas su aspecto no era nada imponente. Flint la describe como una linda y joven cubana, de rasgos regulares, dulces ojos castaños, brillante cabellera de color negro que le caía en rizados sobre la frente, voz armoniosa, “esbelta como un álamo y muy gentil”⁵⁵.

54 Manuel Piedra Martel: *Memorias. Mis primeros treinta años*.

55 Grover Flint: *Marching with Gómez*, p. 87.

Emilia Casanova de Villaverde

Emilia Casanova, a la que debemos también incluir entre las precursoras, es una de las figuras femeninas más notables de la revolución cubana.

En muchos aspectos se la puede comparar con la mexicana Leona Vicario. Ambas fueron intelectuales distinguidas a pesar de la hostilidad del ambiente, figuras excepcionales que sobresalían en medio del oscurantismo en que permanecía la mujer de la colonia. Otro de sus puntos de contacto es la espontaneidad del impulso revolucionario, ya que ninguna de ellas recibió ni el ejemplo ni el respaldo a estas ideas en su propio hogar; es más, hasta tuvieron que proceder en secreto arrojando hasta la posible censura familiar.

Emilia Casanova nació el 18 de enero de 1832 en la ciudad de Cárdenas, centro de una de las principales regiones azucareras de Cuba en aquella época. Sus padres, don Inocencio Casanova y doña Petrona Rodríguez, ricos hacendados de la jurisdicción, podían ofrecerle las perspectivas de una vida llena de lujos y comodidad. Encargaron del cuidado de la pequeña Emilia a una institutriz inglesa, la cual, a más de impartirle una educación refinada y modales exquisitos, la inició en el conocimiento de su lengua nativa, conocimiento que le sería sumamente útil a la joven en sus futuras actividades de propaganda por la libertad de Cuba.

El desembarco de la expedición de Narciso López en Cárdenas, que tan fríamente fue acogido en esta ciudad, tuvo sin embargo una profunda repercusión en un corazón femenino. Emilia Casanova, que por entonces era una jovencita de 18 años, se sintió conmovida en su fibra patriótica al ver desfilar frente a su ventana el batallón de la Louisiana

enarbolando la hermosa enseña tricolor, bandera que habían bordado las damas cubanas residentes en New Orleans.

Permítasenos ahora un breve paréntesis para referirnos al primer modelo de la bandera cubana. En una reunión celebrada el año anterior por Narciso López en casa del patriota Miguel Teurbe Tolón en New York, expuso las dificultades que confrontaba por no tener quien le hiciera la bandera que habían planeado. Emilia Teurbe Tolón, esposa y prima del dueño de la casa y patriota tan entusiasta como él, se le ofreció en seguida a Narciso López para confeccionar la bandera y este fue el primer ejemplar de la enseña nacional que hoy tenemos. Sobre este modelo las cubanas de New Orleans compusieron la insignia que trajo Narciso López al desembarcar en Cárdenas en 1850⁵⁶.

Cuando al año siguiente fracasa la segunda expedición de Narciso López terminando con la ejecución de su líder y la prisión de sus compañeros, Emilia Casanova decide hacer algo por estos valientes a los que tanto admira y se dedica a recolectar fondos para ayudar a la evasión de los prisioneros de Ceuta, gestión que tuvo éxito como en el caso de Francisco Laínez.

Era ya tal su ardor patriótico que, en ocasión de celebrarse un banquete al que asistían varios oficiales españoles, a la hora de los brindis Emilia dedicó el suyo a la libertad del mundo y a la independencia de Cuba. Tras el escándalo consiguiente al atrevido pronunciamiento, don Inocencio la lleva a los EE. UU. para que ingrese en un colegio, pero una carta de

56 Herminio Portell Vilá: *Vidas de la unidad americana*, y véase *Narciso López y su época*.

la madre, en la que pinta patéticamente el vacío que deja su ausencia del hogar, los impresiona tanto que el padre regresa con ella para Cuba.

Durante su estancia en New York, Emilia trabajó relaciones con algunos miembros de la Junta Cubana y estos, admirados de la firmeza de sus convicciones revolucionarias, le confiaron importantes documentos, folletos y hojas de propaganda que debía introducir clandestinamente en Cuba, a escondidas hasta de su propio padre quien, prudente y timorato, seguramente no se lo habría permitido.

De nuevo en Cárdenas, Emilia no puede permanecer cruzada de brazos ante el espectáculo de la patria esclava. Joven e inexperta, elabora fantásticos proyectos con los que trata de convencer a su hermano. Entre ambos fraguan una conspiración contando con atraerse a los miembros de la guarnición de la ciudad para que se subleven. No dejan de mostrarle su adhesión algunos militares simpatizadores de la causa cubana, pero, al cabo, sus actividades trascienden a la esfera gubernamental y su familia tiene que huir precipitadamente a los EE. UU. en 1854.

Los emigrados cubanos le tributan un gran recibimiento. Y uno de ellos, Cirilo Villaverde, nuestro gran novelista de costumbres, se enamora de Emilia y la pide a sus padres por esposa.

Esta feliz unión tuvo los más fecundos resultados para la revolución cubana.

Emilia, liberada de la tutela paternal, se enroló abiertamente en los trabajos de la conspiración. Juzgando que “la mayor parte no sirve porque no sabe cómo, o porque no

se le ha presentado la ocasión⁵⁷, decidió fundar “La liga de las hijas de Cuba” –primer club femenino fundado por una cubana– para reunir en un solo esfuerzo las actividades de las emigradas cubanas. Su principal propósito era levantar fondos para la revolución, los que se dedicaban a la compra de armas y de ropas y medicinas para auxiliar a los heridos y enfermos. Los medios de que se valían eran muy variados; en primer lugar, era necesario desarrollar una intensa propaganda para predisponer los ánimos favorablemente. Así preparado el terreno, se recogían donativos voluntarios, se rifaban prendas, se daban veladas y funciones a beneficio de la causa cubana.

En la campaña para obtener el reconocimiento de la beligerancia cubana por los EE. UU. Emilia Casanova laboró intensamente.

Los salones donde se reunían los senadores y representantes de la Unión Norteamericana fueron teatro a menudo de sus fogosos “meetings” de propaganda, que no solo atraían adeptos para la causa demostrando la justicia de las aspiraciones cubanas, sino también llenando de admiración a sus oyentes al ver a aquella mujer “joven todavía, de estatura mediana, esbelta, elegante, tipo el más pronunciado de la hija de los trópicos, en sitio extraño y en medio de los legisladores y estadistas de una gran nación, haciendo uso de expresiones, de frases, de giros y aun de ideas en idioma extraño, con cuya índole no andan quizás de entero acuerdo, pero que llevan bien marcado el sello de la imaginación fogosa y decididamente meridional

57 *Apuntes biográficos de Emilia Casanova de Villaverde*. Con parte de su larga correspondencia. Escritos por un contemporáneo, p. 95.

de la elocuencia extranjera”. Y “si alguno de los presentes le observaba que la Isla de Cuba tarde o temprano formaría parte de los EE. UU., su voz vibraba como cuerda rudamente herida. La oradora entonces se convertía en tribuno, en sus labios se atropellaban las palabras más mordaces, se le ocurrían los rasgos más brillantes, las frases más felices, las más oportunas, de modo que, los que poco antes habían celebrado la facilidad con que se expresaba en un idioma que no era el suyo nativo, ahora no podían negarle su admiración y reconocer que el país que produce mujeres como Emilia, no es fácil que trueque el derecho a su independencia por un plato de lentejas”⁵⁸.

Cuando los sucesos de los estudiantes de Medicina en 1871, Emilia Casanova se entrevistó con el Secretario de Relaciones Exteriores de los EE. UU., Hamilton Fish, para que esta nación hiciera valer su influencia para obtener la libertad de los que permanecían en prisión.

Y no limita su propaganda a los E. U. solamente; con amplia visión americanista dirige un manifiesto a todos los pueblos de la América haciéndoles comprender que la libertad de cada uno de ellos debe interesar a todos los demás, el cual salió publicado en *La América Latina*.

Proclamando la universalidad de los principios democráticos que animan a la revolución cubana le escribe una inspirada epístola a Garibaldi solicitando su apoyo moral para la misma: “Nosotros principiamos la revolución dando la libertad a nuestros esclavos, animándolos e incorporándolos

58 *Apuntes biográficos de Emilia Casanova de Villaverde*, pp. 18-19.

en las filas patriotas, y por esto poco, comprenderá Ud. que nuestro propósito es de libertad universal, digno de la consideración de todos los hombres libres”.

En ocasiones se la tachó de intransigente en sus ideas, y en cierto modo lo fue, si por transigencia se entiende el allanarse a admitir componendas y arreglos parciales que pugnan con la integridad esencial de los ideales revolucionarios. Ella fue uno de los primeros en dar la voz de alerta cuando Nicolás Azcárate llegó de la Península con la promesa de grandes reformas políticas para Cuba de parte del gobierno provisional de Prim y Serrano y quizás, si la hubieran tomado más en consideración, se habría evitado la infortunada misión de Zenea al campo revolucionario y su trágico desenlace.

Aunque perteneciente a la revolución del 68, al estallar la revolución del 95, ya viuda, todavía conservaba los arrestos y el entusiasmo de su juventud para trabajar por la libertad de su patria. En agosto de 1895 le escribió a Estrada Palma enviándole una bandera, carabinas y cápsulas para que formara la guerrilla “Villaverde”, prometiéndole nuevas remesas, como lo hizo periódicamente cada vez que pudo reunir los fondos necesarios.

Y firme en aquella posición que le valió el calificativo de intransigente, al dictarse el decreto de Autonomía protestó indignada, declarando que aquello era una farsa y que ningún cubano que se estimara debía aceptarla.

Poco después, el 4 de marzo de 1897, terminó la vida de esta mujer excepcional, sin haber tenido la dicha de alcanzar a ver realizado el ideal de la independencia por el que ella tanto trabajó.

Mariana Grajales

Mariana Grajales, la madre de los Maceo, representa en la revolución cubana el prototipo de la madre abnegada y heroica.

Mujer humilde de la raza de color, por su temple» moral se eleva hasta emular aquellas matronas espartanas que escribieron un capítulo sublime en la historia de la Grecia inmortal.

Sus padres, Teresa Coello y José Grajales, según algunas fuentes eran inmigrantes dominicanos, pero en la partida de nacimiento de Mariana figuran como naturales de Santiago de Cuba, ciudad donde tuvo lugar el nacimiento de esta en el año de 1808.

Apenas existen datos de su vida, luminosa vida interior que se vuelca en el espíritu de sus hijos, a los que se dio por entero en ese mismo generoso gesto de desprendimiento que siempre tuvo hacia la patria.

De su primer esposo, Fructuoso Regüeyferos, queda viuda a los treinta y dos años con cuatro hijos. Con ánimo fuerte se sobrepone a la desgracia y lucha por sacarlos adelante, forjándoles un carácter decidido y viril.

En 1843 contrae de nuevo matrimonio con el comerciante venezolano Marcos Maceo, que al unirse a ella “sintió que Cuba se le metía en el alma” —como ha expresado bellamente Rafael Marquina⁵⁹—. Así, el hogar en que crecen los Maceo está animado del más genuino espíritu de cubanidad.

Estalla la revolución y sus hijos corren entre los primeros a luchar por la liberación de Cuba. Ella no se aflige al despedirlos,

59 Rafael Marquina: *Maceo, héroe epónimo*.

sino que serena y animosa, los incita al combate y bendice la noble causa que han abrazado. Su marido es reducido a prisión por sospechas de infidencia, pero apenas recobra la libertad se une a las filas insurrectas.

Mariana arde en santo patriotismo. Cuando las huestes en que militan Antonio y José Maceo toman el poblado de Piloto donde ella se halla, aprovecha la coyuntura para incorporarse a las fuerzas cubanas.

En la manigua se siente feliz al lado de los suyos y dispuesta a consagrarse al servicio de la patria. Ellos sienten crecer el coraje ante el aliento materno y no es de extrañar que los Maceo se cuenten entre los más valientes, porque vienen de “león y de leona” –como escribió Martí en *Patria* después de conocerla.

Cuando la lucha termina ella está allí para curarles las heridas y mitigar sus sufrimientos con esa tierna solicitud en la que nadie puede superar a una madre.

Ninguna desgracia logra abatir su patriotismo. Su templo heroico se refleja en la siguiente anécdota que de ella cuenta Loynaz del Castillo: “Un día que tenía en su rancho a José y a Rafael y recién enterrado a Miguel, le trajeron, sangrando de once heridas a Antonio, el mayor, el que, en la más tremenda lucha de toda la guerra, disputaba a Martínez Campos el suelo patrio. Ante la camilla fatídica Mariana Gregales le gritó al más pequeño de sus hijos, a Marcos, que no tenía quince años: Y tú, muchacho, empínate, a pelear como tus hermanos, a defender la patria”.

Muchas veces se hallaba presente en los combates y al ver caer herido a uno de sus hijos corría a su lado a rescatarlo de la muerte, “mientras a su alrededor se cruzaban por el

pomo sables y machetes”⁶⁰ como en la memorable acción de Barajagua donde estuvo a punto de perder la vida Antonio en la Guerra Grande.

Vio caer, unos tras otros, a casi todos los suyos sin perder el fervor por la causa de la independencia. Ya viejecita, cuando Martí la visita en Kingston en 1893, poco antes de su muerte, “todavía le centellean los ojos al oír contar un lance bueno de sus hijos”. Y “a la cabecera de su nieto enfermo habla la anciana ardiente de las peleas de sus hijos, de sus alborozos, de cuando vuelva a ser”⁶¹.

María Cabrales

De María Cabrales, la ejemplar esposa y compañera en la revolución de Antonio Maceo, apenas existen datos de su vida anteriores a su enlace.

Aparece en el umbral de la historia “en el momento preciso”⁶² al unir a él sus destinos “seis meses antes de estallar el movimiento revolucionario” —como consigna el propio Maceo en sus “Datos Biográficos”.

Así como Mariana Grajales templó su carácter en el hogar haciendo de él un buen cubano e infiltrándole la altiva dignidad del hombre libre, María, la esposa, fue para Maceo la inspiración y el objeto de su vida que animaba su espíritu confundido con el ideal patriótico.

60 Véase José Martí: *Antonio Maceo. Obras completas*.

61 Véase José Martí: *Antonio Maceo. Obras completas*.

62 Rafael Marquina, *op. cit.*, p. 31.

Cuando Maceo se alza en armas ella quiere seguirlo desde el primer momento, pero convencida por él de que debe esperar la ocasión propicia, se aviene solo con la condición de realizarlo en cuanto se presente la primera oportunidad. Esta llega con la toma de Piloto y acompañada de Mariana, la madre, se presenta en el campamento mambí donde son vitoreadas con el mayor entusiasmo. Porque, era tal su halo de patriotismo que, no importa las vestiduras que llevara, “siempre parecía como si la bandera la vistiese” (Martí).

Los dos tiernos hijos de María y de Maceo, no pudiendo resistir los rigores de la vida en la manigua, fallecieron a los pocos meses de nacidos. Así pagaba la madre su primera deuda de dolor para con la patria.

Y es tal la abnegación de estas mujeres que, lejos de contener a sus seres queridos celosamente para conservarlos para sí con una actitud humanamente disculpable, son un acicate para su bravura. Por eso Martí, que sabía penetrar muy hondo en las conciencias, escribía a propósito de ella: “¡Que su esposo vea otra sangre en la pelea y no dé la suya!” y “¡Fáciles son los héroes con tales mujeres!”.

María Cóbrales, como muchas otras esposas de los insurrectos que se hallaban en el monte, asistía a los combates para estar atenta a auxiliar a los heridos apenas caían, exponiendo su vida en los sitios de mayor peligro si era preciso. En la época jornada de Barajagua, al ver a su esposo en el suelo tinto en sangre, corrió hacia él en medio de las balas acompañada de doña Mariana y entre ambas mujeres y un puñado de hombres lo rescataron en una camilla mientras José Maceo cubría la retirada peleando limosamente.

Después de la Guerra Grande acompaña a su esposo en su peregrinaje por las tierras del Caribe: Jamaica, Honduras, Panamá, hasta que se establecen en Cesta Rica. Donde quiera que van no cesa de hacer propaganda por la causa cubana y, cuando el rebelde de Baraguá atravesaba sus horas de desaliento, María siempre se hallaba a su lado para devolverle la calma con su dulce comprensión.

“La Mansión”, nombre simbólico con que bautizan su colonia en Costa Rica, es un hogar abierto a todos los emigrados cubanos, donde por virtud del cálido aliento de su matrona se respira el ambiente acogedor de la patria lejana.

María Cabrales, igual que su esposo, tiene el sentido asociador de una verdadera líder. Organizadas por ella, las cubanas de Costa Rica forman una junta cuyo objeto principal es reunir fondos para la nueva revolución que se prepara, levantando el entusiasmo por la causa. Es aclamada presidenta de la junta por unanimidad y, reflejando el espíritu fraternal que inspira a su fundadora, el grupo se nombra a sí mismo “Hermanas de María Maceo”.

Comenzada la guerra del 95, Antonio Maceo se dispone a embarcar para las costas de Cuba. María quiere acompañarlo como siempre lo ha hecho, pero él juzga más conveniente que ella se quede en Costa Rica. Para convencerla esgrime un argumento supremo: “La primera vez luchamos juntos por la libertad; ahora es preciso que luche solo per los dos. Si venzo, la gloria será para ti”. María insiste: “¿Y si ahora no van mujeres, quién cuidará de los heridos?”. Mas, al fin, obediente, se somete a las decisiones del bien amado. Antes de abandonar el territorio costarricense, desde Puerto Limón,

le escribe Maceo a su “negra” —como llamaba cariñosamente a María—: “La patria ante todo: tu vida entera es el mejor ejemplo”⁶³. No le faltarán caminos para trabajar por Cuba.

La correspondencia de Antonio Maceo a su esposa⁶⁴ refleja la compenetración tan grande que entre ambos cónyuges existía. Cuando las cartas de ella demoran, bien por extravío o por falta de emisarios, Antonio se muestra impaciente y preocupado y se refiere a sus “tan deseadas cartas”. Le describo minuciosamente sus operaciones sabiendo cuanto le interesan y en una de ellas le cuenta con orgullo de dos heridas que ha recibido, que lo emparejan con el soldado que más tiene en su ejército.

Lejos de él, ahora que no puede verla, llora a veces en silencio temiendo por su vida, pero en seguida logra rehacerse y vuelve a sus labores revolucionarias con el ánimo renovado y dispuesto.

La tragedia de Punta Brava, que enluta el corazón de María Cabrales, fue también el duelo de la patria cubana. En la desolación de su dolor María puede llegar a percibir que no es solo su propia pérdida, sino una pérdida irreparable de la revolución. Y, a solas en su cuarto de La Mansión, mientras recibe las cartas de pésame de cubanos eminentes, irguiéndose frente al destino se diría la frase de Martí: “Para Cuba, que sufre, la primera palabra...”.

Todos los objetos y documentos de Antonio Maceo son conservados por ella como reliquias preciosas que trae

63 Gonzalo Cabrales: *Epistolario de héroes*.

64 *Idem*.

consigo al volver a Cuba una vez consumada la independencia. Llevando una vida apartada y modesta en casa de unos familiares, sus últimos años se deslizan con la única satisfacción de asistir a la inauguración de la República, hasta que muere en La Habana el 28 de julio de 1905.

Bernarda Toro de Gómez

Como tantas otras familias cubanas que prefirieron sacrificar su comodidad y bienestar a seguir viviendo bajo la tiranía del poder colonial, al estallar la revolución de Yara los Toro de Jiguaní incendiaron la casa de vivienda de su finca y se fueron al monte: los varones a luchar y las hembras a laborar en los ranchos para ayudar a los mambises.

El padre, don Francisco del Toro y Molina, había muerto ya, pero su mujer, Margarita Pelegrín y Acosta, atesoraba el valor y los arrestos de una verdadera mambisa. Estoicamente pasó por el dolor de perder a casi todos sus hijos en la Revolución y, por último, cayó ella prisionera de los españoles, muriendo en los reductos enemigos.

Bernarda, nacida el 20 de agosto de 1852, era la undécima de los hijos de este matrimonio. Patriota entusiasta, se había ido con los suyos a la manigua estableciéndose en la ranchería de Charco Redondo, lugar agreste y apartado situado entre los pliegues de la Sierra Maestra. Era una dulce y bella criolla, blanca y de ojos y cabellos negros en marcado contraste, con todo el encanto natural de su lozana juventud.

Por el año de 1870, siendo el general Máximo Gómez el segundo de Donato Mármol en el ejército de Oriente y teniendo a su cargo la división de Jiguaní, conoció a Bernarda

Toro en ocasión de visitar la ranchería donde esta se hallaba. Aunque seco y adusto en el exterior, el General era un hombre sensible y con sus vetas de romanticismo —como muy bien ha destacado Gerardo Castellanos⁶⁵— y al conocer a la hermosa criolla quedó prendado de sus encantos, tejiéndose entre ambos un idilio guajiro que culminó en matrimonio ante un prefecto de la República en Armas.

Y al conjuro de la presencia de la esposa mambisa se realizó el milagro: el General en campaña tuvo su hogar. Hogar transhumante, como las partidas insurrectas, pero no por eso menos acogedor y lleno de ilusiones, remanso de serenidad tras las duras labores de una guerra en que todo había de improvisarse... hasta los soldados; donde a veces un extraviado concepto de la democracia suscitaba la indisciplina si no se andaba con mano fuerte. Mas, cuando después de una escena difícil y penosa llegaba el General a su rancho y allí encontraba a su Manana —como la llamaba cariñosamente— tierna, afable y sonriente, todas las nubes se disipaban y el guerrero se sentía reconfortado sintiendo que un nuevo lazo venía a unirlo más fuertemente a la causa de Cuba, “que desde entonces consideré como mía” —según sus propias palabras en las páginas dedicadas a mi hija Clemencia—⁶⁶.

Las angustias y los sobresaltos no faltan, ya que la persecución enemiga es encarnizada, pero Manana sigue a su esposo a todas partes, criando a sus hijos “al paso de los combates en

65 Gerardo Castellanos: *Francisco Gómez Toro*.

66 Bernardo Gómez Toro: *Máximo Gómez Resoluciones. Cuba y hogar*.

la cuna de sus brazos”⁶⁷. Aun en estas condiciones la esposa mambisa cumple sus deberes domésticos dando muestras de una exquisita feminidad. Careciendo a veces hasta de lo más necesario empuña la aguja para transformar los pedacitos de tela que consigue en la canastilla de sus bebés, que adorna con bordaditos y festones con encantadora fruición maternal, según puede verse en un gorrito bordado por ella que conserva su hijo Máximo.

Pero las privaciones y el régimen de vida en la manigua son fatales para los niños pequeños. Sus dos primeros hijos, Margarita y Andrés, murieron a los pocos meses de nacidos. La tercera, Clemencia, vivió por un verdadero milagro.

El mismo Gómez nos cuenta la odisea de una madre mambisa. Había dejado a Manana con Clemencita de apenas un mes de nacida en un bohío emboscado en medio del espeso monte de la región oriental, encargadas al cuidado de su cuñado Sixto Toro. Este se había ausentado unos momentos en busca de algo que comer, cuando una guerrilla acertó a localizar el escondite de la familia del General. Por fortuna, poco antes habían llegado al rancho el oficial insurrecto Lorenzo Carmel y dos soldados y mientras estos tres hombres se batían a tiros con la guerrilla manteniéndola a raya, Manana, “ligera como una gacela huyó hacia el lado opuesto descalza y cubriendo con su cuerpo a Clemencita, para que el plomo enemigo que silbaba a su alrededor cortase primero su vida que la de su hija”⁶⁸. Manana continuó su carrera hasta que cayó desplomada entre

67 Véase José Martí: *El General Gómez. Obras completas*.

68 Borneado Gómez Toro: *op. cit.*, p. 289.

las malezas —se considera su estado, aun no bien repuesta de su alumbramiento—. Al recobrar los sentidos ya no oyó eco alguno de tiros, pero presa del temor de que pudieran encontrarla, siguió andando a la ventura internándose cada vez más en el monte.

Poco después de tener lugar estos sucesos, llegó Sixto Toro al rancho, donde encontró muerto al oficial que había sacrificado su vida por salvarlas. Desesperado, pensó primero que las habrían hecho prisioneras, pero con una débil esperanza de que hubieran escapado se puso a buscar algún rastro que le indicara su paradero. Ya había encontrado unos girones de la bata de Manana entre las malezas y un botincito de la niña, cuando el encuentro con los dos soldados supervivientes le confirmó la huida de su hermana.

Durante dos días anduvo Manana errante con su hija en brazos sin hallar alimento alguno, aumentados sus sufrimientos al verla llorar por no tener ya ella nada que ofrecerle. Al cabo de tal agonía, “que a no ser ella dotada de un espíritu fuerte debió haber sucumbido”, su hermano, guiado por el instinto a través del monte, al fin las encontró.

En la misma época de la Guerra Grande les nacieron otros dos hijos: Francisco, en el campamento de La Reforma, tras el cruce de la Trocha y la invasión de Las Villas, y Máximo, nacido en diciembre de 1877 en hora crítica de la revolución, prisionero el Presidente y casi dispersadas las fuerzas cubanas por la tenaz persecución enemiga.

Viendo próximo el fin de la guerra, el General Gómez decidió enviar a su familia fuera de Cuba y Mañana embarca con sus hijos rumbo a Jamaica. De acuerdo con la nueva

disposición conciliadora del gobierno de Martínez Campos, el brigadier Acosta y Albear hace que le entreguen veinticuatro onzas para afrontar los primeros gastos en una tierra extraña, pero ella, llena de dignidad, le devuelve el dinero negándose a aceptar auxilio alguno. Escena que repite su esposo con el propio Martínez Campos cuando él, a su vez, se dispone a abandonar a Cuba al firmarse el Pacto del Zanjón.

A pesar de su situación angustiosa, “sin patria, sin amigos”, ya que los emigrados cubanos recibían hostilmente a los capitulados, con sus hijos pidiéndoles pan y ellos sin pan que darles, el matrimonio Gómez-Toro jamás quiso aceptar ayuda alguna del gobierno español, por delicada que fuera la forma en que esta se les ofreciese.

En esos momentos de prueba Máximo Gómez se sostiene teniendo a su lado a su leal compañera, que sabe comprenderlo y soportar. No importa que su situación económica sea desesperada; estando unidos y plenamente identificados en su integridad moral sabrán hacerle frente a todo y esperar.

Las peripecias de la familia Gómez-Toro en esta etapa de tregua son análogas a las de otros jefes de la revolución: un peregrinar por los países del Caribe buscando la manera de ir “tirando” en espera de que llegue la hora propicia para reanudar la guerra. Jamaica, Honduras, el sur de los EE. UU. y, por último, Santo Domingo, donde se establecen definitivamente, son jalados por el advenimiento de nuevos retoños que forman como un haz panamericano: Urbano, Bernardo, Andrés y Margarita.

En su tierra nativa el General se dedica a cultivar una hacienda, a la que llama La Reforma en recuerdo de su campamento mambí favorito, siempre con el estímulo y la ayuda de su esposa y de sus hijos.

Allí va Martí a comprometerlo para la revolución que prepara en agosto de 1893. “Manana, generosa, la compañera de la guerra, saluda, como a un hermano” al que “va tal vez a hablar del modo de dejar pronto sin su sostén a la mujer y sin padre a los hijos” (Martí).

Y cuando su esposo abandona el hogar para incorporarse al Ejército Libertador en 1895 y el presidente de la Junta Revolucionaria de New York quiere asignarle una pensión para ayudaba en sus más apremiantes necesidades, Manana le responde: “No debe gastarse en pan lo que hace falta para pólvora”. “Las que lo hemos dado todo a la patria, madre, esposo, hijos... apenas si tenemos tiempo para ocuparnos de las necesidades materiales de la existencia”.

Panchito, el hijo cariñoso que al ver “tantas mujeres marchando en la columna con sus hijos muriéndose” recordaba “los trabajos que pasó mamá cuando nosotros vinimos al mundo” y compadeciéndola exclamaba: “¡Oh! para las pobres madres la guerra es tremenda”, cayó bajo las armas enemigas mientras iba en ayuda del Titán de Bronce en Punta Brava.

Con el corazón sangrante por la pérdida de su hijo, Manana sigue trabajando para la revolución; en Montecristi preside el club “Panchito Gómez Toro”.

Vive lo suficiente para asistir a los primeros años de Cuba republicana.

Su llegada a Cuba, una vez terminada la guerra, fue una verdadera apoteosis. Las masas populares se congregaron en el puerto de La Habana para recibirla y, desunciendo los caballos de su coche, tiraron de él hasta el lugar de su residencia.

Endulzó con sus cuidados los últimos años de Máximo Gómez y durante los meses que duró su enfermedad se mantuvo siempre, solícita, a su lado.

Modestamente, como había vivido, murió en La Habana el 29 de noviembre de 1911.

Amalia Simoni de Agramonte

Habituada al refinamiento de la aristocracia criolla, hija de familia rica y principal de Puerto Príncipe en cuyos salones más exclusivos toda una corte de jóvenes le rendían homenaje a su hermosura y a sus virtudes, Amalia Simoni cambió gustosamente toda esta brillante pompa de bienes materiales uniendo su suerte a un joven abogado revolucionario en vísperas de la guerra de Yara, para después seguirlo a la manigua a compartir una vida de sacrificios y privaciones, en los campos de Cuba Libre.

En un principio, don Ramón Simoni parecía no encontrar pretendiente digno de su hija. Ella no quería aceptarlo contra la voluntad paterna, pero le había manifestado firmemente: “Si no es con Ignacio, padre, con ninguno me casaré”.

Ignacio Agramonte y Loynaz, el joven pretendiente aun no graduado en la carrera de Leyes, invitó a almorzar a don Ramón Simoni para hablar formalmente con él. En el curso de la entrevista le planteó su situación; declarándole el compromiso solemne que había contraído con la patria, le pintó

la vida futura de la que hubiera de ser su esposa. Para sorpresa suya, Simoni se levantó y le dio un abrazo. Se habían entendido como cubanos. Un nuevo lazo iba a sellar el pacto de Agramonte con la revolución.

El 2 de agosto de 1868 se celebraron los esponsales en la iglesia de la Soledad de Puerto Príncipe. La novia unía a su gran belleza una extraordinaria cultura; había viajado extensamente visitando todas las capitales europeas excepto San Petersburgo y Lisboa, a través del Canadá y los EE. UU. Estaba dotada de una armoniosa voz que habían cultivado notables maestros europeos y podía interpretar numerosas óperas y música selecta.



Amalia Simoni de Agramonte

La lima de miel fue breve, interrumpida por las reuniones preparatorias del levantamiento, algunas de las cuales tienen lugar en casa de doña Dolores Boza viuda de Miranda cuando ya no ofrece seguridad suficiente la Sociedad Filarmónica. Esta patriótica dama se prestó a convertir su residencia en centro de

la conspiración desafiando las iras del gobernador militar Julián de Mena, quien en el bando publicado a raíz del 10 de octubre amenazaba con la pena de muerte también a los que auxiliaran y encubrieran a los que fueran a unirse al movimiento.

El 11 de noviembre se despedía Ignacio Agramonte de Amalia en la puerta de la casa de vivienda de la finca de los Simoni, llamada “La Matilde” en honor de su hermana casada con el también revolucionario Eduardo Agramonte, primo de Ignacio. Consciente de las responsabilidades que este paso entrañaba, él le declaró a la esposa adorada, a la que nunca hubiera querido tener que ocasionar un disgusto: “Ojalá nunca se encuentren mi deber y tu felicidad”. Pero ella, reduciendo a una igualdad el dilema que ponía frente a frente a la familia y la patria, le contestó: “Tu deber, antes que mi felicidad, es mi gusto”.

Poco después, acompañada de sus padres y de su hermana, Amalia abandona la ciudad y se traslada al campo revolucionario, instalándose en La Matilde desde donde puede comunicarse con Ignacio. Los imperativos de la campaña lo privan de visitarla a menudo, pero cuando llega no encuentra reconvenciones, sino palabras de inspiración y de aliento. Más tarde, como ya La Matilde no ofrece seguridad, don Ramón Simoni se traslada con su familia al lugar llamado Arroyo Hondo, cerca de la Sierra de Cubitos, donde nace el primer hijo de Amalia e Ignacio.

En terrenos de su finca Angostura construye el Dr. Simoni un rancho, “El Idilio”, donde a veces se reúne Agramonte con su esposa en fugaces horas de dicha conyugal. El Boyardo cubano siente la grandeza de su obra contemplando a su

hijo Ernesto, que “es hijo de la revolución, nunca respiró el aire emponzoñado de la opresión; vino a gozar de la libertad desde los primeros días de lucir esta: no sabrá nunca ser esclavo y cuando sea grande y hable de la independencia de Cuba referirá con satisfacción nuestros esfuerzos y nuestra perseverancia en la lucha” —escribe Agramonte a su madre—, Y agrega, inflamado por la paternidad: “Parece que cuando uno tiene hijos ama más la libertad; y es que esta y el bienestar son herencia mejor que la opresión y la necesidad de la revolución para conquistar los derechos violados”⁶⁹.

En la misma carta arriba citada pinta la vida de Amalia en la manigua y puede apreciarse su satisfacción al ver cómo la joven rica y mimada se adapta a todo pasando por alto las mil necesidades que en otro tiempo hubiera juzgado imprescindibles: “Amalia goza de salud y se conserva gordita; pasa algunos sustos a veces, incomodidades y privaciones, pero está contenta; las más de las veces vive en algún rancho en el bosque con Simoni y con Manuelita, mientras yo estoy fuera en campaña: allí les faltan una infinidad de pequeñeces que en las poblaciones por su abundancia no se aprecian: remiendan sus vestidos porque no hay facilidad de reponerlos; sin embargo ella piensa que nada de eso importa con tal de que Cuba sea libre y lleva con gusto esa vida soñando con nuestros triunfos y procurando siempre con anhelo las noticias de guerra. Nuestro Ernesto ocupa todo su tiempo: ella misma y sola lo cría, lo carga y lo atiende: delira con él”. Actitud

69 Eugenio Betancourt Agramonte: *Ignacio Agramonte y la revolución cubana*, p. 397.

netamente femenina en tiempos de guerra: olvidarse de sí misma para no ser un obstáculo y centrar sus preocupaciones en la marcha de la revolución.

Al mismo tiempo, a pesar de la absoluta carencia de medios, Amalia se las ingeniaba para presentarse siempre ante su esposo bella y gentil conservando una ilusión que sabía lo inspiraba en la lucha. Cierta vez que volvía Agramonte jubiloso a traerle la buena nueva de una victoria, Amalia lo sorprendió al recibirlo ataviada con una linda bata blanca irreprochablemente entallada que realzaba su airoso figura. ¿Un milagro en la manigua? Solo habilidad e inventiva. Ella misma se la había cortado de una sábana que conservaba y sus manos de hada la habían transfigurado en una elegante “toilette”.

Pero aun esta felicidad íntima que lo resarcía de los disgustos nacidos de los choques de opiniones en las tribunas de la República en Armas, fue bruscamente interrumpida el 26 de mayo de 1870, primer cumpleaños de su primogénito. Se hallaba aquel día Agramonte en el rancho con su familia celebrando tan señalado aniversario, cuando fue avisado de la presencia de fuerzas enemigas. Le recomendó al Dr. Simoni que se internara con las mujeres en la manigua y él fue a reunirse con sus ayudantes para hacer un recorrido por los alrededores. Pero el enemigo se acerca tan rápidamente que no da tiempo a huir. El Dr. Simoni no quiere abandonar a sus hijas, pero estas le suplican que se esconda pues saben la suerte que le aguarda por ser médico de los mambises. Doña Manuelita Argilagos, la madre, responde al interrogatorio serenamente, sin ocultar su personalidad. El jefe de la partida resulta ser el capitán Arenas, que debe su vida a la

magnanimidad de Agramonte, el que asegura a Amalia que nada tienen que temer.

En San Juan de Dios las prisioneras son presentadas ante el general Fajardo, quien insta a Amalia a que escriba a su esposo convenciéndolo de la inutilidad de sus esfuerzos pues la revolución está casi sofocada. Irguiéndose altivamente, Amalia le responde: “General, primero me cortará Ud. la mano antes de que yo escriba a mi marido que sea un traidor”. Y como él no pareciera entenderla y preguntara, “¿traidor?”, la compañera del héroe le ripostó: “Sí, traidor a su patria”.

En Puerto Príncipe las esperaba una traba de soldados y voluntarios que al ver a Amalia con su hijo en brazos quisieron arrebatárselo al grito de “¡A matar al mambisito!”; bochornosa y cobarde conducta que evitó con su intervención el general Sabas Marín al tomar al niño y subir con él las escaleras del palacio de gobierno.

De Camagüey salió Amalia para La Habana, donde tomó un barco que la condujo a New York. Allí nació Herminia, la hija que Agramonte no llegaría a conocer.

La noticia de la muerte del héroe le llegó a su esposa estando en Yucatán, adonde se había trasladado con sus padres. Poco antes ella le había escrito encareciéndole que cuidara su preciosa vida, no solo por ella, sino por Cuba...

El Boyardo cubano murió peleando con desesperación, creyendo que así podría acortar el término de aquella separación tan doloroso. En una de sus últimas cartas le confesaba a Amalia que “ya la resignación en lo tocante a nuestra ausencia se agota y hace aumentar mi odio a los españoles. ¡Cuánto nos ha hecho sufrir siempre la separación! Cuba exige grandes

sacrificios; pero Cuba será libre a toda costa. Las contrariedades más nos exaltan, y más indomables nos hacen”.

Canducha Figueredo, la Abanderada de 1868

La revolución hervía en Oriente. Desde que Carlos Manuel de Céspedes, con un magnífico gesto de audacia, lanzara el grito de independencia al frente de un puñado de valientes, los entusiasmos contenidos se habían desbordado y los buenos cubanos solo pensaban en organizarse para secundar el movimiento.

Al ingenio “Las Mangas” de Perucho Figueredo, autor de la música del himno mambí, llega una partida capitaneada por Joaquín Agüero a la cual ha de unirse el inspirado patriota con sus servidores y partidarios para engrosar las fuerzas de Céspedes que ya se preparan a marchar sobre Bayamo.

Doña Isabel Vázquez, la esposa de Perucho, agasaja a los mambises con un suculento almuerzo criollo, durante el cual fluye la alegría y los ánimos patriotas se enardecen ante la perspectiva de heroicas campañas. En uno de esos raptos de entusiasmo Joaquín Agüero exclama dirigiéndose a su anfitrión: “Para que nuestro triunfo fuera completo no nos hace falta más que una valiente cubana que fuera nuestra abanderada”⁷⁰. A lo que Perucho, contemplando la cara radiante de su primogénita, contestó: “Mi hija Candelaria se atreve”.

Candelaria Figueredo –“Canducha” para sus íntimos– era entonces una graciosa jovencita de dieciséis años, cuya

70 “La abanderada de 1868”. Folleto editado por la Comunión pro Himno Nacional.

cara redondeada y la expresión ingenua de sus grandes ojos castaños la hacían lucir aún menor. El anuncio de que iba a ser la abanderada de los mambises la colmó de “orgullo y de alegría” y –como ella misma nos cuenta en su Autobiografía con delicioso candor– “nunca una joven que por primera vez va a una fiesta estaba tan alegre y satisfecha como yo en aquellos momentos”.

Su primer vestido largo iba a ser, pues, el traje de abanderada. Consistía este en una falda blanca de amazona, una banda tricolor, el gorro frigio y la bandera de Céspedes, que Cambula Acosta ejecutara cuando aquél inició el levantamiento en La Demajagua.

Y nada faltó para que la entrada en Bayamo de aquel improvisado ejército de libertadores, que suplían con el patriotismo y el coraje la falta de recursos materiales, fuera el primer gran triunfo de la revolución. “Allí, en medio del fragor de aquel combate, envuelta por el humo de las descargas y enardeciendo a los soldados de la libertad con su presencia y con su ejemplo, se mantuvo Canducha, la heroína del día, haciendo flotar al aire, arrebatada por la brisa, la enseña tricolor que la Divinidad le había confiado” –según la descripción que de la escena hace Fernando Figueredo Socarrás–. Quién termina haciendo resaltar el valor de la muchacha y cómo expuso su vida: “No hay para qué decir que los tiros se dirigían al estandarte y a la bella y gentil abanderada”⁷¹.

71 Fernando Figueredo Socarrás: *Pedro Figueredo*.

Una voz femenina en la Asamblea de Guáimaro:

Ana Betancourt de Mora

Como buena mambisa, cuando su esposo Ignacio Mora se lanzó a la revolución, Ana Betancourt lo siguió a la manigua, al igual que hicieron otras muchas cubanas.

Su vida en el campo revolucionario, las privaciones y peligros por los que pasó hasta caer prisionera en San José del Chorrillo en Julio de 1871 y su deportación, poco la diferenciarían de otras grandes mambisas cuyas vidas ya hemos relatado.

Lo que presta singular relieve a su figura, haciéndola destacarse con caracteres propios, es su ilustración nados común y sus avanzados conceptos sobre los derechos de la mujer, por lo que debe ser considerada nuestra primera líder femenina.

Verdadera autodidacta, puesto que la instrucción que recibió era muy deficiente como se acostumbraba entonces, al casarse se puso a estudiar el inglés y el francés en los libros de su marido, procurando elevarse al nivel intelectual de este para poder compartir con él los goces reservados a los espíritus que se cultivan.

Así, cuando su casa se convierte en uno de los centros de la conspiración en el Camagüey, muchas proclamas de la Junta Revolucionaria podrán salir redactadas por su mano.

Al tener conocimiento de los planes “apaciguadores” del “quintacolumnista” Napoleón Arango –como diríamos en el lenguaje de hoy– en connivencia con el Conde de Valmaseda, le escribe a su esposo una vibrante carta demandando una actuación decidida de los patriotas en la que refleja una clara visión del futuro político del mundo: “Espero recibas como se

merecen a esos pacificadores. Decidles como decía El Lugareño que sois “perros viejos y cujeados” y que no caeréis en la trampa. Decidles que el mundo camina hacia la democracia. Espero y tengo fe en que os portaréis como dignos discípulos del Lugareño”. Palabras que, como muy bien ha hecho notar Santovenia, “fueron prelude de las que, coronadas por las de Ignacio Agramonte según las cuales había de proceder solo por medio de las armas y sin admitir dilaciones, propulsaron la adhesión irrevocable del Camagüey a la revolución”⁷².

El momento culminante de su vida cívica se le presenta al poder concurrir a la Asamblea de Guáimaro, donde los patriotas más notables van a trazar las bases constitucionales de la República en Armas. Allí pronuncia un breve discurso, en el que con las razones más claras y convincentes reclama la emancipación de la mujer y el reconocimiento de los derechos femeninos como complemento indispensable de la democracia por que luchan los cubanos teniendo a su lado a sus compañeras.

Sus palabras fueron:

“Ciudadanos:

La mujer cubana en el rincón oscuro y tranquilo del hogar esperaba paciente y resignada esta hora sublime, en que una revolución justa rompe su yugo, le desata las alas.

Todo era esclavo en Cuba: la cuna, el color, el sexo.

72 Emeterio Santovenia: *Huellas de gloria*.

Vosotros queréis destruir la esclavitud de la cuna, peleando hasta morir si es necesario.

La esclavitud del color no existe ya, habéis emancipado al siervo.

Cuando llegue el momento de libertar a la mujer, el cubano que ha echado abajo la esclavitud de la cuna y la esclavitud del color, consagrará también su alma generosa a la conquista de los derechos de la que es hoy en la guerra su hermana de caridad, abnegada, que mañana será, como fue ayer, su compañera ejemplar”.

A lo que Carlos Manuel de Céspedes contestó, felicitándola, mientras el pueblo de Guáimaro la aclamaba con grandes vítores: “El historiador cubano, al escribir sobre este día decisivo de nuestra vida política, dirá como Ud., adelantándose a sus tiempos, pidió la emancipación de la mujer”.

Isabel Rubio, la Mártir vueltabajera

Entre las mambisas del 95, Isabel Rubio representa la heroína abnegada que con su sacrificio quiso abonar el camino hacia una Cuba independiente y más humana, donde el respeto a la mujer, al niño y al desvalido fueran la primera norma del comportamiento ciudadano.

Cuando Martí aún no había comenzado su obra evangelizadora de unir a los patriotas dispersos y los espíritus decepcionados juzgaban impracticable toda nueva tentativa de lucha, Isabel Rubio desde su rincón pinareño se dedica a conspirar llena de fe en que Cuba habría de ser algún día libre e independiente por el esfuerzo tesonero de sus hijos.

Su casa de Paso Real de Guane fue “en tiempo, en importancia y en consecuencias faustas, el primer centro revolucionario de Vueltabajo”⁷³. Sus prédicas revolucionarias se extendieron por toda la provincia de Pinar del Río, donde hizo numerosos adeptos, los cuales llegaron a ser, a su vez, nuevos agentes de la revolución.

El matrimonio de su hija Isabel con el coronel Enrique Canals, veterano de la Guerra de los Diez Años, seguido del establecimiento de estos en Cayo Hueso, le facilitó el contacto con los emigrados allí residentes y pudo entablar con ellos una activa correspondencia.

Trabajadora infatigable, convencida de la necesidad del trato directo realizó distintos viajes a La Habana y a Cayo Hueso para concertar el movimiento que se preparaba y se

73 Emeterio Santovenia: *Una heroína cubana*.

puso de acuerdo con Martí para secundar en Vueltabajo los planes del Apóstol.

Siendo muy femenina por sus virtudes domésticas, Isabel Rubio tenía también la energía y el temple de las antiguas es pantanas. Al estallar la revolución el 24 de febrero de 1895 su hijo Modesto Gómez Rubio se hizo sospechoso a las autoridades, que lo aprehendieron en compañía de Antonio Ríos, un canario simpatizante de la causa cubana. Cuando los pusieron en libertad, en cuyas gestiones ella no tomó parte, los increpó de este modo al llegar a su presencia: Muéranse antes que volver a dejarse aprisionar”.

A la llegada de las tropas invasoras a Paso Real de Guane el 20 de enero de 1896, Antonio Maceo va a saludar a su finca a la esforzada conspiradora vueltabajera. Y ella, viendo que Pinar del Río se pone en pie de guerra, cree llegada la hora de entrar en servicio activo. Sus familiares y amigos tratan de disuadirla objetándole que por sus años (próxima a cumplir los sesenta) estaba relevada de este deber. Pero a todos contestó inflexiblemente: “Necesito practicar lo que propagué”.

Con un grupo de señoras pinareñas que se prestaron a colaborar con ella Isabel Rubio fundó hospitales de sangre en los que, con los medios a su alcance, recibían esmerada atención los mambises heridos y enfermos. En ellos la Florence Nightingale cubana mitigaba los dolores con su dulzura y bondad inagotables; era cosa de maravilla ver como se multiplicaba para atender a todos los heridos en particular poniendo en cada uno el mismo interés que si se tratara de un familiar suyo muy querido.

El 12 de febrero de 1898 se hallaba Isabel Rubio al frente de un improvisado hospital en el lugar conocido por El Seborucal del término de los Palacios cuando este fue sorprendido por la guerrilla de San Diego. Es un hecho bien conocido la saña con que las tropas coloniales se dedicaban a perseguir los hospitales mambises, pagando así la generosidad con que estos curaban los heridos enemigos y luego devolvían sus prisioneros. Conocedora de sus procedimientos, Isabel Rubio, con un sublime gesto de heroísmo, decidió jugarse la vida antes que permitir cruzada de brazos que aquellos bárbaros inhumanos rematasen los heridos bajo su custodia y saliendo a la puerta del rancho les gritó, mientras escudaba la entrada con su cuerpo, “No tiren, que somos mujeres, niños y enfermos”.

Por toda contestación sonaron unos balazos e Isabel Rubio cayó al suelo desplomada. Los feroces guerrilleros quisieron ultimarla, lo que evitó la intervención de su compañera Petra Ríos.

Presas de agudos sufrimientos fue trasladada a San Diego de los Baños, llegando la crueldad de sus verdugos a negarle un vaso de agua en medio de su agonía. De allí fue conducida al hospital militar de Pinar del Río en calidad de prisionera, sin que sus familiares lograran el permiso para trasladarla a su casa, muriendo el 15 de febrero en el referido hospital.

Su vida, como el trágico episodio de su muerte, contienen un significado ejemplar que no debe olvidarse: el sacrificio por una causa de humanidad.

Luz Noriega

Luz Noriega, esposa de Francisco González el cirujano del Estado mayor de Antonio Maceo, fue también una valiente y abnegada enfermera de los mambises. Cabalgaba con el Estado Mayor y por recoger a los soldados heridos no reparaba nunca en peligros. Así asistió a numerosos combates: Paso Real, Río Hondo, Moralitas, Jesús Nazareno, etc.

Se cuenta⁷⁴ que en una ocasión Maceo, al verla atender a un soldado herido en medio de las balas, gritó entusiasmado: “¡Viva la reina de Cuba!”, apelativo con que llegó a ser conocida.

Estando en un rancho al cuidado de su esposo enfermo fueron sorprendidos por las fuerzas españolas, las que le dieron muerte a aquél y a ella la llevaron prisionera a Sancti Spíritus, encerrándola en la cárcel común junto con los peores criminales. De allí salió para el penal de Isla de Pinos condenada por Weyler a confinamiento perpetuo.

Rosa, La bayamesa

Rosa Castellanos, conocida por La bayamesa, se distinguió en nuestras guerras de independencia como organizadora de hospitales ambulantes. Era una negra humilde y sin instrucción, pero llegó a convertirse en curandera lamosa por su gran conocimiento empírico de las yerbas medicinales de nuestros campos.

74 Grover Flint: *Marching with Gómez*.

Su habilidad y astucia en evadir la persecución enemiga corrían parejas con su valor, prestando inestimables servicios a la patria durante las guerras de independencia. En sus enfermerías a veces atendió hasta setenta heridos.

Cierta vez que realizaba sus nobles tareas percibió un ruido de caballos a lo lejos y, dándose cuenta de que eran tropas españolas, con la ayuda de sus contados auxiliares escondió a los diecisiete heridos en la manigua salvándolos de una muerte segura.

Evangelina Cossío

Evangelina Cossío y Cisneros, que aún hoy vive olvidada en la República, fue el eje de una trama para secuestrar al Comandante militar de Isla de Pinos y fomentar allí una sublevación durante la Guerra de Independencia.

Oriunda de distinguida familia camagüeyana, parienta por su madre, doña Caridad Cisneros, del Marqués de Santa Lucía; cuando su padre Agustín Cossío fue aprehendido en Santa Clara por conspirador y deportado a la Isla de Pinos, ello lo acompañó con su hermana menor Carmen para hacerle más llevadera su condena.

Desesperada al ver cómo su padre enfermo era obligado a realizar rudos trabajos, un día –contaba a la sazón dieciséis años –se presenta ante el Coronel Bérrez a pedirle clemencia para el autor de sus días. El jefe militar de la Isla queda prendado de su belleza y quiere cortejarla, lo que da pábulo al plan que conciben los presos políticos que allí se hallan.

Evagéllica le da una cita al enamorado coronel y cuando este comparece en su cuarto, a una señal de ella aparecen

hombres armados que tratan de secuestrarlo para promover la rebelión. Pero a los gritos del coronel llegan tropas y los cubanos, faltos de dirección porque el presunto jefe nombrado Arias Sagrera los abandona, tienen que retirarse en vista del fracaso.

Evangélica se esconde en una casa vecina, pero al ser descubierta el coronel Bérrez la quiere fusilar junto con el joven revolucionario Emilio Vargas, debiéndole su salvación al cura párroco que intercede por ella y le aconseja al jefe que por delicadeza debe inhibirse de juzgarla y enviarla a La Habana para el proceso.

Efectuado el juicio, en el que el traidor Arias Sagrera declaró atribuyéndole toda la responsabilidad a Evangelina, fue condenada a veinte años de prisión que guarda primero en la Casa de Recogidas para ser enviada más tarde a España.

Los corresponsales norteamericanos mandaron a sus diarios impresionantes relatos de la hazaña de la joven cubana y una ola de simpatía pública se levantó en los Estados Unidos a favor de Evangelina Cossío y de la causa cubana.

La esposa del Cónsul Mr. Lee la visitó llevándole ropas y los periodistas americanos Decker y Mac Donald, de acuerdo con los cubanos Paco de Beche y Carlos Carbonell, planearon su fuga.

Lograron hacer llegar a ella una lima con la que día tras día fue taladrando los barrotes de su celda y el día convenido, pasando por una escalera que habían tendido entre su ventana y una accesoria contigua alquilada expresamente, huyó de su prisión.

La escondieron en casa de Carbonell y a los pocos días, vestida de hombre, embarcó para los EE. UU. en el vapor Séneca.

Su llegada a New York despierta una gran expectación, que puede ser capitalizada en provecho de la causa cubana. Es exhibida en el Madison Square Garden, imprimen discos de plata con su efigie, de los que llegan a venderse más de cien mil pesos que engrasan los fondos de la revolución y por ella llegan a comprender los norteamericanos los sufrimientos de un pueblo que lucha por su libertad, tarea en que se empeñan todos, sin distinción de sexos, desafiando la muerte y las prisiones.

El club “Remedios”

Para ilustrar las actividades de los clubs revolucionarios que funcionaban en casi todas las ciudades cubanas, hemos escogido el de Remedios, antigua ciudad de la provincia de las Villas que fue una de las primeras poblaciones fundadas por los colonizadores, por contar con datos e informaciones de primera mano sobre el mismo, satisfaciendo a un tiempo razones sentimentales que nos impulsan a rendirle este homenaje a la ciudad donde nacimos y nos criamos en la veneración de nuestras tradiciones libertadoras.

El club “Remedios”, que funcionó durante la Guerra de Independencia, como todos los de esta índole tenía por norma primordial el secreto en que se desenvolvían sus actividades. Sus miembros eran conocidos por medio de pseudónimos, según puede verse en sus listas, comunicaciones, etc., así como en la correspondencia que sostenían con el campo insurrecto.

Pseudónimos a veces muy pintorescos y no exentos del matiz romántico de la época: “La Torcaza”, “Águila”, “La Solitaria”, “La Coronela”. Algunos de estos documentos pueden verse en el Museo de Remedios cedidos por los familiares de doña Antonia Romero, la presidenta de este Club.

Aunque la composición de estas sociedades era mixta, las mujeres constituían una gran mayoría y ocupaban los cargos de mayor responsabilidad.

Doña Antonia Romero (La Torcaza), a la que tuvimos la dicha de conocer en sus últimos años, era una mujer de gran entereza y energía, para la que no existían obstáculos cuando de servir a la patria se trataba. Estuvo presa en la cárcel de Remedios y apenas recobrada la libertad reanudó sus actividades revolucionarias con el mismo entusiasmo que antes, aunque redoblando sus precauciones. En el año de 1897 volvió a ser detenida y la enviaron a la Casa de Recogidas de La Habana donde guardó prisión por varios meses.

Fue una de las más eficaces auxiliares de la revolución en la región de las Villas. Análogo papel desempeñaron María Escobar en Caibarién, Trinidad Lagomasino en Sancti Spíritus y Rita Suárez del Villar (La Cubanita, viva aun y a quien la República acaba de rendirle un gran homenaje) en Cienfuegos.

En primer lugar, estos clubs realizaban una activa propaganda con el fin de hacer adeptos y recaudar donativos, bien en dinero o en especies. Además, cada socio contribuía con una cantidad mensual según sus medios. Con estos fondos adquirían telas, alimentos, medicinas, municiones, etc.

Las telas eran cortadas y cosidas por entusiastas patriotas, como las hermanas Pérez (Concha, Paulina y Rosa), Conchita

y Beatriz Balmaseda Carrillo y Soledad y Consuelo Vigil. encargadas de confeccionar los uniformes. A veces resultaba expuesta su adquisición, ya que había que tratar con comerciantes españoles, pero las cubanas no se arredraban por eso y con audacia y habilidad llegaban a plantearles francamente la situación y hasta lograban ganárselos, como hizo Lola Ruiz al conseguir que el acaudalado comerciante Indalecio Pertierra le vendiera crecidas cantidades de género y lo apuntó como miembro contribuyente del Club.

La adquisición de municiones era la tarea más expuesta, ya que había que comprárselas o robárselas a ¡los propios soldados españoles! Cuando una columna pernoctaba en un pueblo, los soldados tenían que dormir en la plaza y en los portales de las casas colindantes y como se quitaban las cartucheras para acostarse, había muchachas que se les acercaban con gran sigilo y se las quitaban. También entraban en conversación con ellos y con esa habilidad especial de la mujer para insinuar las cosas —aunque exponiéndose mucho en ello, desde luego— les ofrecían metódico o cigarrillos obteniendo las municiones en cambio.

Las amplias faldas de nuestras abuelas, instrumento ideal para el caso, servían para esconder bajo ellas toda clase de objetos con la mayor seguridad. Las muchachas se amarraban estos de las piernas o simplemente se los colgaban de la misma saya, y todo consistía en que las damiselas tuvieran mucho cuidado de no caerse, ya que un ruido metálico hubiera denunciado el forro sedicioso de su vestimenta.

Para guardar las armas y municiones en las casas particulares se practicaban escondrijos levantando algunas tablas del

piso y cuando una casa se sabía vigilada entonces se trasladaba a otra despistando a las autoridades con estos cambios.

Clara Barton

Al tratar de la mujer en la independencia de Cuba no puede dejar de mencionarse a Clara Barton, glorioso exponente del espíritu humanitario de la mujer norteamericana por su generosa ayuda al pueblo cubano en la época terrible de la Reconcentración.

Después de iniciar su noble apostolado en la Guerra de Secesión de los Estados Unidos, habiendo conseguido que su país entrara a formar parte de la Cruz Roja Internacional, donde quiera que haya desastres o guerras allí se la encuentra prestando su ayuda a la humanidad doliente.

Las noticias de los horrores de Weyler en Cuba, cuya causa siempre halló eco simpático en la prensa y en la opinión pública norteamericana, conmovieron profundamente a Clara Barton, que en seguida formó un comité de damas para recabar auxilios con que aliviar los sufrimientos de la población campesina que, reconcentrada sin preparación previa alguna en las ciudades, moría por millares de hambre y epidemias.

Su gestión, empero, encuentra obstáculos que parecen insuperables en la actitud del gobierno español, al mismo tiempo que por la tirantez de relaciones existentes entre este y los Estados Unidos, el Presidente Mc Kinley quiere buscar una fórmula que le permita intervenir sin provocar la ruptura.

Clara Barton no cesa en su empeño. Visita al embajador español Dupuy de Lome y obtiene de este una carta de recomendación para el Capitán General de Cuba (que a la sazón

era Weyler), quedando establecido que ejercería su misión como un asunto convenido privadamente entre España y los EE. UU. y sin mucha publicidad.

A fines del año 1897 llega Clara Barton a Cuba para confrontar el cuadro más desolador que podía haber imaginado: centenares de niños famélicos y harapientos hacinados en los portales, familias enteras ambulando por las calles sin encontrar refugio y una mortalidad espantosa, que en La Habana subió de 6.730 personas fallecidas en 1894 a 18.123 en 1897. Ella, que había presenciado las atrocidades de los turcos con los armenios, escribió ante la situación creada por “El Carnicero”: “Las matanzas de Armenia parecen actos de misericordia en comparación con lo que veo en Cuba”.

Trabajó febrilmente en el escaso tiempo de que dispuso para ejercer su misión, procurando llevarle ayuda a todos los necesitados que habían sobrevivido y su nombre era pronunciado en Cuba con veneración, a la que se había hecho acreedora aquella verdadera santa humana.

Y no se contentó con organizar los auxilios y disponer las misiones desde la capital, sino que, despreciando el peligro de las epidemias visitó Matanzas, Cárdenas, Jovellanos, Sagua la Grande y otras muchas poblaciones del interior para prodigar personalmente la ayuda y el consuelo con su magnética personalidad.

Cuando se declaró la guerra “hispano-cubanoamericana”⁷⁵ ella fue una de las últimas en dejar a Cuba, para volver en

75 Según la nueva denominación propuesta por Emilio Roig de Leuchsenring en *Dos guerras cubanas*.

seguida con los “rough riders” a continuar su labor en el campo de batalla.

BIBLIOGRAFÍA

- Agramonte, Eugenio Betancourt: *Ignacio Agramonte y la revolución cubana*. Dorrbecker, 1928.
- Arciniegas, Germán: *Los Comuneros*. Ediciones ABC, Bogotá: 1939.
- Armas y Cárdenas, Susini: “Rosa, La bayamesa”. *Revista de la Federación de Doctores en Filosofía y Letras*. La Habana: febrero, 1944.
- Boletín de la Academia de la Historia de Venezuela*. Tomo XVI, abril-julio, 1933. Edición consagrada al Libertador en el 150 aniversario de su nacimiento. Caracas. Venezuela.
- Bustamante, Carlos María: *Resumen histórico de la Revolución de los Estados Unidos Mexicanos*. Ackermann, Londres: 1892.
- Cabralas, Gonzalo: *Epistolario de héroes*. Imprenta El Siglo XX, La Habana: 1922.
- Cabot Lodge, Henry: *George Washington*. Houghton Mifflin, Boston and New York: 1909.
- Castellanos, Gerardo: *Francisco Gómez Toro*. Imp. Seoane y Fernández: La Habana, 1932.

- Castillo de González, Aurelia: "Ignacio Agramonte en la vida privada". Véase *Escritos de Aurelia Castillo de González*. Vol. II, La Habana: 1913.
- Cuevas, P. Mariano: *Historia de la Nación Mexicana*. Talleres Tipográficos Modelo, S.A. México: 1940.
- Dictionary of American Biography*: Charles, Scribner's and Sons. New York: 1928.
- Dictionary of American History*: Charles, Scribner's and Sons. New York: 1940.
- Escala, V. H.: "En defensa de Manuelita". Revista *Elite*. Caracas: julio, 1933.
- Esténger, Rafael: *Los amores de cubanos famosos*. Editorial Alfa, La Habana: 1939.
- Figueredo, Candelaria: *La abanderada de 1868. Autobiografía*. Cultural. S. A., La Habana: 1929.
- Figueredo Socarrás, Fernando: *Pedro Figueredo*. Academia de la Historia de Cuba. La Habana: 1924.
- Flint, Grover: *Marching with Gómez*. Lanson, Wolffe and Co. Boston, New York and London: 1898
- García, Elvira: *La mujer peruana a través de los siglos*. Imprenta Americana, Lima: 1924.
- García, Genaro: *Leona Vicario, heroína insurgente*. Librería de la viuda de Ch. Bouret, México: 1910.
- García Cubas, Antonio: *Diccionario geográfico, histórico y biográfico de los Estados Unidos Mexicanos*. México: 1899.

- García de Coronado, Domitila: *Álbum poético-fotográfico de escritores y poetisas cubanas*. Imprenta El Fígaro, La Habana: 1926.
- Gómez, Matilde: *Biografías de madres célebres*. Ediciones de la Secretaría de Educación Pública, México: 1942.
- Gómez Toro, Bernardo: *Máximo Gómez Resoluciones. Cuba y hogar*. Imprenta y Papelería de Rambla, Bouza y Cía. La Habana: 1927.
- Henao y Arrubla: *Historia de Colombia*. Escuela Tipográfica Salesiana. Bogotá: 1912.
- Herrera Frimont, Celestino: *La Línea del Fuego. Narraciones Revolucionarias*. Talleres Gráficos del Gobierno del Estado, Xalapa: 1930.
- Hughes, Rupert: *George Washington. The Human Being and the Heroe*. William Morrow and Co. New York: 1926.
- Ibáñez, Pedro M.: *Crónicas de Bogotá*. Imprenta Nacional, Bogotá: 1917.
- Infiesta, Ramón: *Máximo Gómez*. Imprenta El Siglo XX. La Habana: 1937.
- Le Bon, Gustave: *La Revolución francesa y la psicología de las revoluciones*. Imprenta de Fortanet, Madrid: 1914.
- Lecuna, Vicente: *Cartas del Libertador*. Litografía y Tipografía del Comercio. Caracas: 1929.
- Ludwig, Emil: *Bolívar. El caballero do la gloria y de la Libertad*. Editorial Losada, Buenos Aires, 1942.
- Márquez Sterling, Carlos: *Ignacio Agramonte, el Boyardo de la revolución cubana*. Editorial Trópico, La Habana: 1936.

- Marquina, Rafael: *Maceo, héroe epónimo*. Editorial Lex, La Habana: 1943.
- Mc Laughlin, Andrew: *A History of the American Nation*. Appleton, 1919.
- Mitre, Bartolomé: *Historia de San Martín y de la emancipación sudamericana*. Talleres gráficos argentinos de J. L. Rosso, Buenos Aires: 1937-38.
- Morales, Vidal: *Iniciadores y primeros mártires de la revolución cubana*. Imprenta Avisador Comercial, La Habana: 1901.
- Morse, John T.: *John Adams*. Houghton Mifflin and Co, Boston and New York: 1898.
- Memorias del General O'Leary*. Imprenta El Monitor: Caracas, 1884.
- Ortega y Gasset, José: *El tema de nuestro tiempo*. Espasa-Calpe, Argentina: 1939
- Palma, Ricardo: *Tradiciones peruanas*. Montaner y Simón, Editores. Barcelona: 1893.
- Piedra, Manuel: *Memorias. Mis primeros treinta años*. Editorial Minerva. La Habana: 1943.
- Portal, Herminia del: "Ana Betancourt de Mora" (Revista *Ellas*, octubre de 1943). Y "Amalia Simoni" (Revista *Bohemia*, mayo, 1943).
- Portell Vilá, Herminio: *Vidas de la unidad americana*. Editorial Minerva. La Habana: 1944.
- Quesada, Gonzalo: *Mi primera ofrenda*. Imprenta El Porvenir: New York. 1892.
- Restrepo, José Manuel: *Historia de la Revolución do Colombia*. Librería Americana, París: 1827.

- Rodríguez García, José A.: *De la revolución y de las cubanas en la época revolucionaria*. Academia de la Historia de Cuba. La Habana: 1930.
- Rojas, Ricardo: *El santo de la espada*. Ediciones Rosso. Buenos Aires: 1933.
- Rourke, Thomas: *Bolívar, el hombre de la gloria*. Editorial Claridad. Buenos Aires: 1942.
- Rumazo González, Alfonso: “Manuelita Sáenz, la Libertadora del Libertador”. *Revista de América*, abril, 1945.
- Rupert, Hughes: *George Washington. The Human Being and the Heroe*. William Morrow and Co. New York: 1926.
- Santovenia, Emeterio: *Huellas de gloria*. Imprenta El Siglo XX. Habana: 1928.
- Santovenia, Emeterio: *Una heroína cubana*. Imprenta y Librería Seoane y Fernández. La Habana: 1928.
- Schiaffino, Gerardo: “Juana Azurduy de Padilla” (*Revista Figuritas*, Buenos Aires, 15 de mayo, 1942). “Las Patricias do 1810” (*Revista Figuritas*, 23 de mayo, 1941). “Remedios Escalada, la esposa del héroe” (*Revista Figuritas*, 8 de agosto, 1941), y “María Sánchez de Thompson” (*Revista Figuritas*, 25 de julio, 1941).
- Sickels, Eleonor: *In Calico and Crinoline*. The Viking Press, New York: 1944.
- Sparks, Jared, *The Writings of George Washington with a Life of the Author*. Brown and Company, Boston: 1858.
- Truslow Adamas, James: *The Adams Family*. The Litory Guild, New York: 1930.

- Villaverde, Cirilo, *Apuntes biográficos de Emilia Casanova de Villaverde*. New York: 1874.
- Witt, Cornelio de: *Historia de Washington y de la fundación de la República de los Estados Unidos do América*. La España Moderna. Madrid, 1912.
- Williams, Mary M.: *Don Pedro, The Magnanimous*. Chapel Hill. The University of North Carolina Press: 1937.
- Zañartu, Sady: *Xaviera Carrera Patria*. Ediciones Ercilla, Santiago de Chile: 1940.
- Zayas, Alfredo: *Discursos y Conferencias*. Molina y Compañía. La Habana: 1940.

ÍNDICE

Prólogo, por Hermino Portell Vilá / 7

Introducción, por Victoria de Caturla / 15

Las precursoras de la independencia de Suramérica / 19

La mujer en la revolución de los comuneros / 19

Micaela Bastidas, la compañera de

Túpac Amaru / 24

Repeticiones de estos movimientos / 26

La mujer en la revolución norteamericana / 29

Mary Ball Washington / 29

Martha Washington / 31

Abigail Adams / 37

Lydia Darragh / 42

Dicey Langston / 46

Betsy Ross / 48

La mujer en la independencia de México / 50

Las “guachas” / 50

Josefa Ortiz de Domínguez y
el Grito de Dolores / 42

Leona Vicario / 56

Gertrudis Bocanegra / 66

Rafaela López Aguado / 69

La mujer en la independencia de Colombia / 70

La tradición comunera / 70

La Pola Salavarría / 70

Antonia Santos / 76

La mujer en la vida del Libertador / 79

María Antonia Bolívar, hermana y consejera / 77

Teresa del Toro, la esposa malograda / 83

Fanny du Villars, la musa romántica / 86

Manuelita Sáenz, la Libertadora / 87

La mujer en la independencia de Perú / 94

Antecedentes: motín de limeñas / 94

Joyas para la libertad / 95

Los obrajes como centro de conspiración / 96

Propaganda y espionaje / 97

Brígida Silva de Ochoa / 98

Melchora Balandra y Juana Manrique de Luna / 100

Rosita Campusano, la Protectora / 102

Juana y Candelaria García,
las hermanas heroicas / 13

Manuela Estacio / 104	
La mártir Andrea Parado de Bellido / 104	
Una guerrera de la independencia de Bolivia / 108	
La coronela Juana Azurduy de Padilla / 108	
La mujer en la independencia de Argentina / 115	
Antecedentes / 115	
Las Patricias de 1810 / 117	
Remedios Escalada de San Martín / 119	
Mariquita Sánchez / 129	
Macacha Güemes, la guerrillera de Salta / 130	
La mujer en el espionaje: Juana Moro y María Loreto Sánchez / 134	
Xaviera Carrera y los inicios de la revolución chilena / 137	
El tiempo do la Patria Vieja / 137	
La casa de Carrera / 138	
Xaviera Carrera / 139	
Una colaboradora de San Martín: Paula de Jaraquemada / 148	
La mujer en la independencia de Brasil / 150	
Antecedentes / 150	
Clara Camarao / 150	
Damiana, la Misionera / 150	
Carlota Joaquina de Borbón / 141	

María Leopoldina, esposa de Pedro I,
y el Grito de Ipiranga / 152

La mujer en la independencia de Cuba / 155

Las precursoras / 155

La contribución de la mujer cubana a las
luchas por la independencia / 161

La mujer en los campos de Cuba Libre / 163

Emilia Casanova de Villaverde / 168

Mariana Grajales / 174

María Cabrales / 176

Bernarda Toro de Gómez / 180

Amalia Simoni de Agramonte / 186

Canducha Figueredo, la Abanderada de 1868 / 192

Una voz femenina en la Asamblea de
Guáimaro: Ana Betancourt de Mora / 184

Isabel Rubio, la Mártir vueltabajera / 197

Luz Noriega / 200

Rosa, La bayamesa / 200

Evangelina Cossío / 201

El Club “Remedios” / 203

Clara Barton / 206

Bibliografía / 209

Fundación Editorial El perro y la rana
Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 21, El Silencio,
Caracas - Venezuela, 1010.
Teléfonos: (0212) 768.8300 / 768.8399

www.elperroylarana.gob.ve
www.mincultura.gob.ve

Facebook: El perro y la rana
Twitter: @elperroylarana

LA MUJER EN LA INDEPENDENCIA EN AMÉRICA

Digital

Fundación Editorial El perro y la rana

Caracas, Venezuela



La mujer en la independencia de América hace un recorrido histórico por la geografía del continente americano, desde EUA a toda Latinoamérica, agrupando más de cuarenta semblanzas biográficas de mujeres que, con sus hazañas e ingenios, incluso a costa de la persecución, la tortura, el martirio o la muerte, contribuyeron con el proceso de emancipación de sus países. De este modo, la autora relata la historia esencial de aquellas precursoras peruanas, mexicanas, colombianas, argentinas, brasileñas, fueran mestizas o aristócratas, que lideraron o tuvieron un rol específico en los movimientos sociales y revolucionarios, en las sociedades secretas, de propaganda y de espionaje, durante el largo periodo de coloniaje español hasta el siglo XVIII previo a la Independencia; pero también de las heroínas principales, militares, estrategias de guerra o enfermeras, en la propia gesta independentista latinoamericana del siglo XIX. Destacan, entre otras figuras históricas, Josefa Ortiz en México, La Pola Salvatierra en Colombia, la coronela Juana Azurduy de Bolivia, Xaviera Carrera de Chile, Remedios Escalada de San Martín en Argentina, Las cubanas Isabel Rubio y Rosa, La bayamesa, y las mujeres que protagonizaron junto a Simón Bolívar su proeza libertaria; en especial, Manuela Sáenz.

VICTORIA DE CATURLA BRÚ (Las Villas, Cuba)

Doctora en Filosofía y Letras por la Universidad de la Habana (1940).

Profesora en esta universidad durante 1951 y 1953, y autora de:

Observaciones sobre los paisajes geográficos de Cuba vistos desde el aire (1941), *Apuntes geográficos sobre la región de Baracoa* (1943), *La mujer en la independencia de América* (1945), *Los conceptos vitales en la filosofía cubana* (1956), *Comentario bibliográfico sobre el redescubrimiento de Dios* (1957), *En tomo a la nueva teoría de la historia de Guillermo Francovich* (1957), y *El tema de la tierra en la filosofía latinoamericana* (1957).

